

1947

REVISTA NACIONAL DE

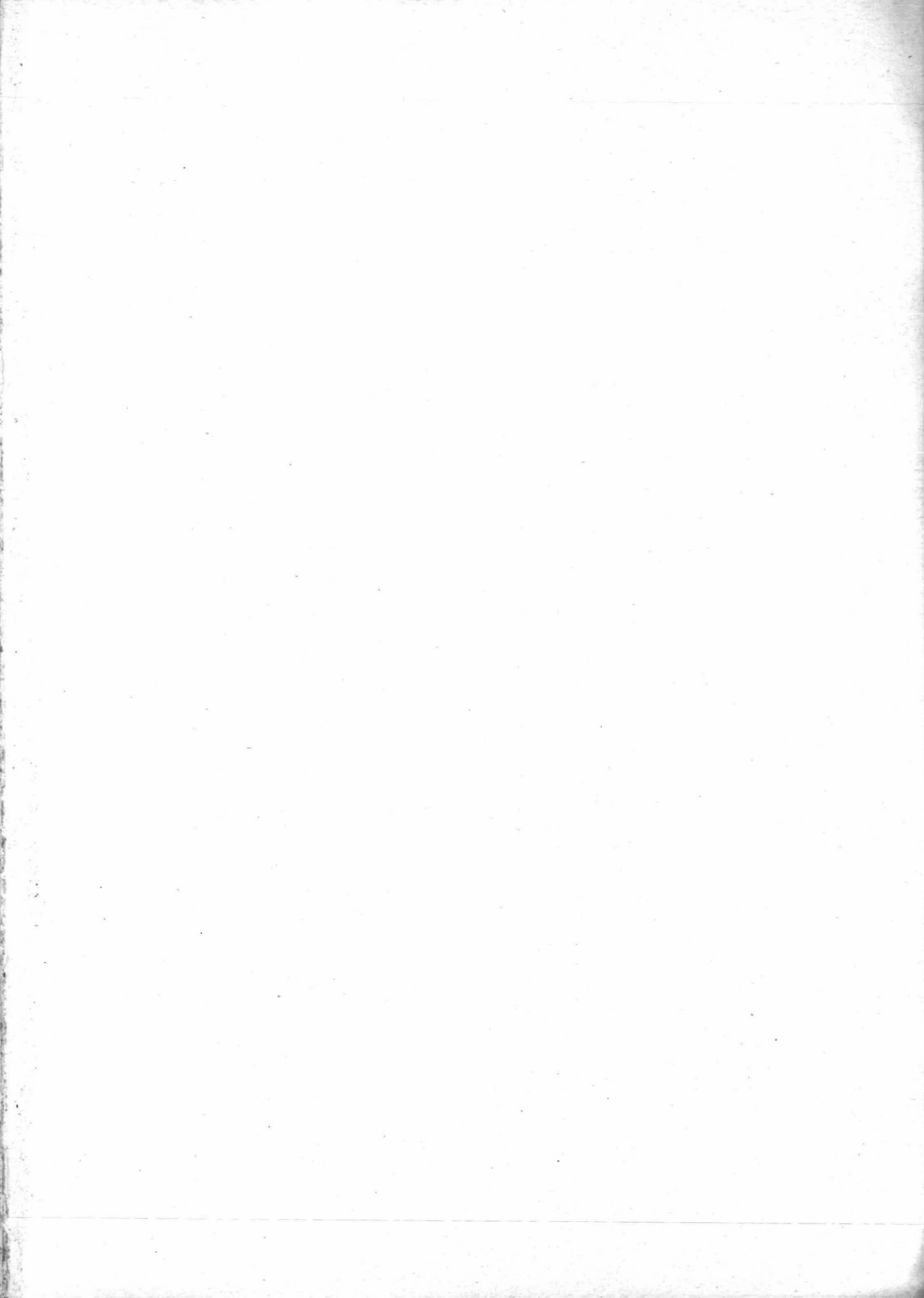
# EDUCACIÓN

D



Nº

72



REVISTA NACIONAL  
DE  
EDUCACION

NUMERO

72

AÑO VII  
SEGUNDA EPOCA

1947

*Director: PEDRO ROCAMORA*

---

**REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:**

**ALCALÁ, 34**

**TELÉFONO 21 96 08**

**MADRID**



# SUMARIO



## EDITORIAL

*Román Escohotado:* LOS DOS CORAZONES DEL PARAGUAY

*Pedro Rocamora:* RETORNO AL TEMA DEL HOMBRE

*Roy Campbell:* LA POESIA DE DYLAN THOMAS

## LA OBRA DEL ESPIRITU

---

EL DOCTOR CORDEIRO RAMOS, EN EL C. S. DE INVESTI-  
GACIONES CIENTIFICAS

LA EXPOSICION NACIONAL DE ARTES DECORATIVAS

EIZAGUIRRE, PICO Y ANZOATEGUI, COMENDADORES  
DE ISABEL LA CATOLICA

PRIMERA ASAMBLEA NACIONAL DE FORMACION PROFE-  
SIONAL OBRERA

GLOSA A LA FERIA DEL LIBRO

## VENTANA AL MUNDO

---

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA EN LA ARGENTINA,  
por *Alfonso Iniesta.*

**LA EDAD ESCOLAR EN GRAN BRETAÑA**, por *Herbert Tracey*.

**LOS CENTROS DOCENTES ESPAÑOLES Y LOS ESTUDIANTES AMERICANOS**, por *Angel Cortés*.

### **NOTAS DE LIBROS**

---

*Jueces y Equidad*, por Manuel de la Plaza.—Un folleto en 4.º de 72 págs., Madrid, 1947.

*Unos y otros*, por Miguel Pérez Ferrero.—Editora Nacional, Madrid, 1947.

*Voces en el Desierto*, por Ernesto Psichari.—Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A., Madrid, 1946.

*Descubrimientos en California*, por Alvaro del Portillo.—540 páginas y 24 ilustraciones, Madrid, 1947.

### **DOCUMENTACION LEGISLATIVA**



# EDITORIAL

**A** CABA de celebrarse, por vez primera en nuestro país, una Asamblea de Formación Profesional Obrera, organizada por la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica del Ministerio de Educación Nacional. Con ella ha proseguido el Departamento docente la política que iniciara con la convocatoria de la Primera Asamblea de Profesores de Enseñanza Técnica, celebrada hace unos meses. En aquella reunión, plétórica de entusiasmos y de iniciativas, se expusieron acertadísimos criterios y sugerencias, que se concretaron después en las conclusiones elevadas a la Superioridad. Hacía falta que el Departamento docente pulsase la opinión y conociese el criterio de todos los profesores oficiales dedicados a la enseñanza profesional y técnica, a fin de tener suficientes elementos de juicio al abordar la reforma de los planes de enseñanza que se juzgase necesario.

Ha recabado el Ministerio en esta Asamblea la colaboración activa, con carácter especial, de todos los organismos y entidades oficiales y privadas interesadas en la formación profesional obrera, particularmente con la finalidad de cooperar a la dirección de la Asamblea de la Obra Sindical de Formación Profesional y del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Técnica. Porque de poco tiempo a esta parte se ha intensificado considerablemente en

nuestra Patria la atención de la sociedad privada hacia la formación profesional obrera; atención que ha cuajado en la creación y sostenimiento por parte de entidades particulares de establecimientos de enseñanza dedicados a la capacitación profesional de sus trabajadores, o a la aportación con donativos y subvenciones a la obra que realiza el Estado. Y es tanto más de destacar este interés, cuanto que durante largo tiempo ha vivido la sociedad privada a espaldas del problema. En ningún otro orden de enseñanzas se ha dado una separación mayor entre la previsión del Estado, estableciendo centros donde los estudios profesionales pudieran cursarse, y la inhibición de la sociedad, que apenas si se servía de aquéllos para la formación profesional adecuada de aquellos de sus miembros que habían de dedicarse a las tareas múltiples que la producción económica exige de la actividad humana.

Por otra parte, los centros oficiales de esta índole no alcanzaron la difusión que era lógico esperar en el ambiente social de nuestra Patria, tan necesitada de especialistas y técnicos en toda suerte de empresas productoras.

Este interés de ahora de la sociedad por la formación profesional obrera ha quedado evidenciado por la asistencia a las reuniones de la Asamblea de 600 congresistas y la presentación de interesantísimas ponencias, cuyo estudio se llevó a cabo con entusiasmo y asiduidad, enmarcadas todas ellas en una ponencia general, que abarcaba la formación integral del obrero español. Primero, en el aspecto religioso, enalteciendo el sentido de la dignidad humana, que es lo que urge salvar frente a la invasión materialista, de conformidad con la doctrina de los Pontífices, que tanto se han preocupado de ello en estos últimos tiempos. Después, la formación patriótica. Porque el obrero debe ser educado en un sentido de amor hacia su Patria, y ésta exaltada en su doble y cabal sentido: de tradición y de esperanza. Como acertadamente dijo en su conferencia el ponente general de la Asamblea, "no hay que hablar sólo al obrero de las viejas grandezas de la Patria, sino de que ésta va también a hacer realidades los ideales de justicia que el trabajador lleva en su alma". Por último, la formación profesional, propiamente dicha,



con el establecimiento de los necesarios centros de enseñanza, bien organizados, bien montados, sin regatear esfuerzo ni aportación ninguna, por parte del Estado o de la sociedad, que tanto a uno como a otra interesa el problema, llegando incluso a la creación de la Universidad obrera si falta hiciera.

El despertar alegre de la sociedad española refléjase también en los numerosos centros privados de esta índole que se están estableciendo en España, y en los que se llevan a cabo importantes mejoras para que puedan cumplir con eficiencia su misión. Por su parte, el Estado no ha desatendido tampoco el problema, al que ha prestado su máxima ayuda. A ello estaba obligado, desde un punto de vista nacional, como importante factor para la potencia económica y la fuerza militar del país, y desde un punto de vista moral, como medio de redimir gran número de españoles del gregurismo proletario y de mejorar el nivel de su vida individual. La ayuda del Ministerio se ha extendido a todos los sectores. Fundación de centros nuevos, así como supresión de algunos cuya justificación podría encontrarse en las presiones que la política electoral y de partido imponían en otro tiempo; reforma de planes de estudios y acoplamiento con los de naturaleza diversa para dar más fácil cauce a las vocaciones y aptitudes de los escolares; estudio por organismos técnicos autorizados de las experiencias propias y extrañas en este grupo de enseñanzas y de las especiales condiciones de la realidad española, como tarea previa para la realización de reformas proyectadas; mejoras al personal docente en todas sus clases; establecimiento de sistemas objetivos y rigurosos para el ingreso en las diversas clases del profesorado, desterrando el simple concurso de ascenso, que a tantas corruptelas se prestaba, sustituido por la oposición o el concurso-oposición, según los casos; aumento de plazas en la mayor parte de los distintos tipos de profesorado, para incrementar el funcionamiento de estos servicios docentes; provisión estrictamente reglamentaria de gran número de vacantes, con el fin de suprimir el ancestral sistema de interinidades, realizando la autoridad de los Claustros al integrarse por profesores en propiedad; reorganización interna del gobierno y administración de estos

*centros; incremento de las cantidades destinadas a becas, premios, bibliotecas y expansión de la labor docente; aumento de los créditos para gastos de sostenimiento normal de estas instituciones; aumento también, en proporciones muy considerables, de las subvenciones extraordinarias para material de clases, talleres y laboratorios, maquinaria y demás elementos necesarios en estos centros; construcción de gran número de edificios de nueva planta para los mismos, muchos de los cuales constituyen ejemplo entre los de su clase; obras de ampliación, reforma y consolidación en edificios ya destinados a estos fines, y establecimiento en los mismos de campos de experimentación y deportes.*

*Toda esta ingente labor, real y eficaz, quiere ahora verse completada con las conclusiones aprobadas en la Asamblea, de la que saldrá, sin duda, el anhelado resurgimiento de la formación profesional del obrero español.*

# LOS DOS CORAZONES DEL PARAGUAY<sup>(1)</sup>

**A**GRADEZCO con sincera emoción vuestra generosa asistencia, por más que sepa que no os congreso yo, sino el tema americano de esta tarde de abril, puesto que es esta evidente circunstancia la que más me complace. Agradezco especialmente la presencia del señor Cónsul general del Paraguay, a quien suponía en Barcelona, el cual tanto me honra con su compañía. Agradezco a la Presidencia y dirección del Ateneo la ocasión que me ha dado de levantar mi casi inútil voz a favor de América en esta vieja casa, llena de resonancias españolas, unas veces leales, como el eco, a su origen; otras veces infieles. Y agradezco, por último, a Xavier de Echarri, mi amigo y director, casi mi director espiritual, esa soberbia especie de algarabía de generosidades con que me ha presentado. Su fina y admirable inteligencia, y también su poesía, le permiten mentir, en bien de los amigos, sin que se note, como habréis podido comprobar.

De esas cien generosidades quiero aceptar una. No tengo fuer-

---

(1) Texto de la conferencia pronunciada por Román Escotado en el Ateneo de Madrid el día 9 de abril de 1947.

zas para renunciarla. Aquella por virtud de la cual nuestro querido Echarri me ha llamado «americano-español». Acepto el estupendo calificativo como una condecoración honrosa, emocionante, como una milagrosa condecoración—en realidad, la frase de Echarri es un descubrimiento—, y la prendo, feliz, al lado izquierdo de mi pecho. En el fondo sospecho que no lo hago por mí. Lo hago recordando—imaginando su alegría si a él le condecorasen de tal suerte—a un leve personaje, humildísimo, protagonista de una novela corta, de un cuento pueril, que escribí de joven.

Era tan chiquitín si se le medía el cuerpo, tan silencioso y tímido, que todo el mundo le llamaba Don Paquito en lugar de llamarle Don Francisco. Vivía con sus padres en Oviedo, en la trastienda, con paredes de frascos de cristal de colores guardadores de cosas misteriosas que un día fueron selvas, de una vieja farmacia, en la que humildemente se ganaba su pan de boticario. Por los días, de inocencia perdida, de 1865 y 1870, era ya un hombre maduro, y hasta se iba a casar con una triste prima suya, también fea, también hija de un honesto farmacéutico. Fué entonces cuando el milagro se produjo. Uno de esos milagros que en los tiempos modernos tan sólo América nos manda, como un eco de los milagros que nosotros llevamos en otros días allá. El hecho es que un tío suyo se murió en La Habana y le dejó su herencia. Imaginad kilómetros, como desde aquí a Burgos, de cafetales y tabaco...

Don Paquito se tuvo que embarcar, suspendiendo la boda. Llegó a La Habana en el 75. En el 76 se casaba con una cubanita como un caramelo, la hija más joven de su administrador. No tuvieron hijos; pero Don Paquito fué feliz como nadie. Ni pensaba siquiera en los dos viejos, padre y madre, que se quedaron en Oviedo, ya sin botica, ya rentistas, llorando. Cuando los dos, el uno tras del otro, casi juntos, murieron, Don Paquito, tan lejos, tenía que hacer un gran esfuerzo para darse cuenta de que nunca volvería a verlos. Tenía que hacer un gran esfuerzo para recordarlos.

En el 95, porque nunca dura la felicidad todo lo que el hombre necesita, la cubanita, parecía mentira, enfermó y murió. Durante tres años incesantes, Don Paquito, fielmente, se pasó las tardes en

el camposanto de La Habana llorando a su muerte. Y fué la tierra aquella donde ella reposaba, contemplada mil veces amorosamente, la que le trajo la memoria, el corazón, a la otra, la que envolvía en Oviedo los cuerpos de sus padres. La nostalgia, ya clásica entre los españoles que se van a América, con todos sus dulces quebrantos. En 1898, cuando, por añadidura, pasó todo aquello que ustedes recuerdan, nuestro hombre no pudo resistir a la llamada. Vendió todo lo que tenía en Cuba, hizo grandes maletas, llenas de recuerdos de su media vida de La Habana, y volvió. Tendría entonces ya cerca de sesenta años.

Es difícil contar de prisa la entrañable y dolorosa historia de esa vuelta de nuestro hombre a su España. Es difícil, y además no importa al tema de hoy, en el que únicamente el recuerdo que Echarri ha provocado ha podido, inesperadamente, hacer un hueco a Don Paquito. Baste decir que durante diez años aquel «español-americano», o aquel «americano-español», fué enterándose en su propia tierra, tan querida, de que no podía vivir sólo de aquel amor. Asomado al balcón de su casa de Salinas, frente al mar, cuando se terminaban cada noche las corteses tertulias del párroco, el alcalde, el médico, el maestro, con el «indiano», y se quedaba solo, le invadía el corazón, ya antiguo, un ansia de América tan grande, que no a él, que ya he dicho que era un hombre pequeñito, sino a un gigante, le hubiera matado. Para no ahogarse en ella tuvo que retornar. Necesitaba ver de nuevo La Habana. Respirarla. Sentirla. Ir otra vez todas las tardes, por los caminos conocidos, vividos, al camposanto para pasar las horas muertas al lado de su esposa. Necesitaba, sobre todo, morir allí y que le enterrasen junto a ella.

Se embarcó en Cádiz una tarde de agosto, casi en el dintel del dulce septiembre. Al anoecer. Cuesta poco trabajo imaginarlo: cubierta del *Stella*—ya los barcos de España navegan poco—, llena de despedidas. Alegrías y lágrimas de ópera italiana. Pasaje a Panamá, Perú, Chile, Argentina, el Uruguay y Río de Janeiro: toda la vuelta entera al Continente Sur. El barco hace su primera escala en las Antillas. Tres días para en Cuba. Ya no estarán allí las antiguas banderas sobre el Morro, ni los seis cañonazos al «correo ma-

rítmico», ni la banda de música de viento con la marcha española y la habanera aquella... Don Paquito soñaba, acodado en la popa : primero, su mujer : aquella luminosa risa húmeda, aquellos ojos hondos, aquella piel tostada ; y después, el lánguido hablar de la gente de Cuba ; la terraza con toldos del «Círculo Español» ; los olorosos campos de tabaco y café y la verde caña de azúcar ; la sonora bahía ; el paseo, de noche, bajo estrellas diferentes ; la oficina que tuvo, cuando llegó, en la calle de Colón, delante de una estatua ; aquellos azulados atardeceres, veloces como un grito ; la luna de la isla entrando silenciosa y tumbándose a los pies de su cama... Mientras soñaba así zarpaba el barco.

Y nada más partir, al mirar alejarse las costas españolas, que nunca volvería a contemplar, comprendió Don Paquito todo cuanto necesitaba comprender. Comprendió que no sería feliz ni en América ni en España, sencillamente porque a España y América pertenecía por igual su pobre corazón, porque a unas u otras tierras, mientras viviese, y acaso después, se le iría siempre el alma enamorada. Nunca estaría tranquilo en un sitio u otro, prendido a la nostalgia del sitio en que no estaba. La angustia le venció al pobre viejo en la cubierta del *Stella*, mirando hacia Cádiz, mirando hacia Cuba.

Enfermó de tristeza, y de nada sirvieron los cuidados del médico del barco, porque la melancolía no la curan los hombres. Murió Don Paquito en el viaje, en medio del mar. Una clara mañana de septiembre, a mitad, más o menos, del camino entre España y América, arrojaron su cuerpo al Océano Atlántico. El mar se abrió un instante, en ese solo punto, para que él pasara, y luego se cerró, poderoso e inmenso, llevándole hasta el fondo dulcemente.

Allí seguirá aún, reposando en la profunda arena ondulante y antigua, entre las dos orillas de sus tierras queridas, fiel a sus dos amores de siempre. El lento y soberano juego eterno del mar no le tendrá clavado en un hueco preciso, en una tumba clásica, sino que moverá dentro del agua su cuerpo pequeñito de manera que pueda volver sus pobres ojos, su pobre corazón, unas veces a Oriente y otras a Occidente, unas veces a España y otras veces a Amé-

rica... Acaso la presión tremenda de las aguas le ha tornado ya polvo, fina arena, incesante, fielmente repartida, que ahora busca reposo en unas playas y las otras...

\* \* \*

Ha ocupado indebidamente unos minutos de vuestra generosa amabilidad esta ingenua memoria de aquel Don Paquito porque Xavier de Echarrri me le ha recordado al condecorarme llamándome «americano-español». Ahora, cuando otros recuerdos vienen a mí tras él, tras Don Paquito—recuerdos de miles de «españoles-americanos», cuya historia podría ser la misma, ya que es igual el ansia—, ataré la emoción, disciplinando las angustias propias para poder hablar, diríamos sin llanto, sobre la carne viva todavía, el dulce fuego aún encendido, la fragancia fresca, de mi largo viaje por las tierras suramericanas. Las nostalgias de la charla de hoy son las más entrañables, y son, por ello, las primeras que ofrezco. Vamos, pues, con el tema: «Los dos corazones del Paraguay», que os ha traído, temerariamente, a oírme.

Es difícil comprender la razón por virtud de la cual, cuando éramos chiquillos y comenzábamos a estudiar Historia española—«Nociones de Historia de España» las llamaban sus ingenuos eruditos—en unos manuales pequeños, casi temblorosos, florecidos de láminas por las que el patriotismo goteaba, a veces con variable irresponsabilidad—manuales para manos de niño, ya perdidas—, el antiguo, brioso, sonoro, apasionado y en ocasiones inocente transcurso de los días de nuestra Patria, que allí se relataba, acababa siempre, hacía punto final, un siglo antes de que lo leyéramos: en el pálido albor del XIX, una clara y dramática mañana del mundo, iluminada, valga el fácil símil, por el sol fabuloso que viene a ser el Dos de Mayo de Madrid.

Desde ese punto del camino, acaso cumbre, acaso encrucijada, pero nunca meta, se acababa el viaje. Se acababa la Historia. La vieja diligencia se quedaba parada. La mudaban el tiro, cambiaban los caballos—iban allí el del Cid, y *Rocinante*, y el del Emperador,

y la yegua blanca de la Reina Católica, o al menos eso es lo que veían los confiados ojos de nuestra infancia entusiasmada—, cambiaban los caballos los mozos de cuadra. Mejor sería decir: quitaban los caballos, pues no ponían otros. Apenas ver con la imaginación, en el patio de la casa de postas, el ancho armatoste, casa andariega de madera, hierros, cristales, nostalgias y esperanzas, en el que viajábamos de niños por los caminos de la Historia. Apenas ver aquella catedral alzada sobre sus cuatro ruedas caminantes, mucho más inclinada que la torre de Pisa, inclinada hacia el frente, como si hiciera su saludo, como si rindiera su pleitesía a la nada, al polvo, a los guijarros y al estiércol del patio; con las varas del tiro clavadas en el suelo, envejecida y triste, llena de telarañas; las gallinas astrosas subidas al pescante, picoteando la polvorienta paja del asiento; un perro sucio dormido a la sombra de su vientre, y millones de hormigas comiéndola por dentro muy despacio, sin cesar, con la insaciable mordedura, el invencible y despiadado método hormiguero del ahorro, la previsión, la prudencia, el buen sentido práctico y, por lo tanto, la desesperanza.

Puede ser que el honesto, pero triste, deseo de conseguir que ignoráramos durante el mayor tiempo posible un centenar de años de nuestra zarandeada existencia nacional, tuviera algún sentido. Acaso se quería correr una cortina de ensueños y promesas, una cortina de esperanzas, sobre tanto tiempo desolado. Algo así como si nos encerráramos en casa, silenciosos y solos, durante el invierno; como si únicamente gustáramos de vivir, andar, cantar, amar en primavera, a la manera que parece suelen hacer otros seres de la Creación, menos orgullosos que nosotros. Hemos de pensar, sin embargo, que por mucha que fuera la ternura conmovedora que pudiera esconderse detrás de aquel deseo, la pretensión era, además de inútil, del todo equivocada. Dando, sencillamente, con el secreto de las causas, podían explicarse con dignidad y hasta con alegría muchos acontecimientos. En todo caso, la cortina cerada no servía de mucho, puesto que no ocultaba las sospechas, los temores y las desilusiones del espectador. Y, por añadidura, daba a la vida nacional, fatalmente, calidad de entreacto.



Sea cual sea la razón, o la sinrazón, de ello, la infancia española de entonces perdió los caballos de la alegre diligencia que la llevaba al largo de los cien últimos años de nuestra Historia. Los niños de 1900, de 1910, de 1920, a quienes se dejó sin glorias que aprender desde aquel albor del 1808, a quienes se obligó a creer que el último capítulo heroico de nuestra Historia era el Dos de Mayo, supimos luego, con sorpresa, con asombro excesivo y con desilusión exagerada, las verdades, dulces y amargas, de todos los capítulos siguientes. Lo único que no pudimos hacer aquellos niños, que hoy somos estos hombres, fué seguir viajando la Historia nacional en la hermosa diligencia aquélla, tan desdichadamente licenciada, al galope de aquellos caballos. Se fueron aquellos alazanes, acaso por las nubes, a pastar estrellas, y no volvieron nunca. No eran los mismos, ni mucho menos, aquellos simpáticos y alegres caballitos de verbena, castizo tiro de berlina, que, poéticamente hablando, llevaron a América, por encima del agua, a la Infanta Isabel.

Sin aquel inesperado, prematuro y falso acabamiento de nuestras infantiles *Nociones de Historia de España*, sin aquel corte absurdo, aquel punto final, hubiéramos sabido desde niños numerosas verdades. Por citar, entre todas, una fundamental, citemos la de América. Hubiéramos sabido su verdad: la naturalidad, la consecuencia lógica, la armonía del fenómeno de la independencia de los pueblos hispánicos. Obligados a explicar el lógico suceso, los historiadores le habrían privado, con la explicación, de toda su ciega virulencia, a la manera como el buen médico comienza seriamente a sanar al enfermo en cuanto, con toda sencillez, le diagnostica el mal. Tanto más cuanto que el presunto mal de América de nuestros abuelos, hereditario ya en nuestros padres, no era mal ninguno. A nadie se le ocurre que sea enfermedad parir hijos hermosos tras el período normal de gestación. La enfermedad sería no parirlos: andar toda la vida «embarazadamente». Lo que sucede es que al acto más vital, más sano y más alegre de la vida, se le llama «parto». Y partir, fatalmente, es igual que romper e igual que alejarse.

Aquel hurto pueril, aquel silencio sobre el español tiempo pos-

trero, fué, desde luego, una torpeza. En lo interior nos privaba de conocer los días, tan aleccionadores, de un siglo dado con exceso al tiroteo, de fusilería o de oratoria; un siglo de francotiradores singulares que casi siempre daban en el blanco—y el blanco era España—. En lo exterior nos robaba desde la infancia una noble contemplación, casi poética; nos privaba de conocer, de comprender hasta después de mucho tiempo, y nunca ya con ojos infantiles, un entrañable cuadro hogareño: el feliz paisaje familiar de Hispanoamérica, uniforme y variada, semejante y distinta, reunida en semicírculo, tras las oraciones y la cena, alrededor de la sagrada chimenea común. No estuvimos nunca, cuando éramos niños, ante esa chimenea. Si hubiéramos estado, amigos míos, habríamos hecho lo mismo que ellos. Sabias, nobles, heroicas, casi santas, esas veladas familiares de la América que España fundó, en las que, por supuesto, también se sintieron, se sentían entonces y se sienten, los orgullos y las melancolías de aquellos formidables alazanes del Cid y Don Quijote, cuya andadura no ha igualado nadie.

Dentro de la estampa familiar hispanoamericana, en lo más hondo, allá en el centro misterioso de la querida Suramérica, tan lejos del Atlántico como del Pacífico, guardado por montañas y praderas que no van y vienen, como las olas, sino que permanecen inmutables, iguales a como las vieron los Martínez de Irala y Cabeza de Vaca—aquel jinete sobrehumano que desde el Río de la Plata galopó selvas, arenales, ciénagas y rocas hasta California, donde hoy están Los Angeles—, dentro de la estampa familiar hispanoamericana habríamos visto, con alegres ojos de niño que nunca volveremos a poseer, habríamos visto—si no fuera por el silencio inútil de los pueriles manuales aquellos—el inesperado y único paisaje del Paraguay, tierra, hombres y días de excepción en esa singular melodía de juventud y gracia del nuevo Continente. Del Paraguay querido, para nosotros ya inolvidable, que en verdad se encuentra a menos de dos dedos del Edén primitivo. A mucho menos de dos dedos. A la distancia, nada más, de una sílaba: Para-iso, Para-guay.

Ha tenido que ser mucho tiempo después, casi ya viejos, cuando hemos podido conocerle. Se sabe poco de él entre nosotros. Y él es,

sin embargo, sin dejar de ser la América más pura en el centro de toda la pureza, de toda la niñez americana, la España más fiel. Si los otros son la alegría nuestra, él es nuestro espejo. Su misma Independencia es singular, y no dispara un tiro. Puede decirse casi que no ha sido escrita todavía. O, por mejor decir, que se ha escrito al revés. Andando felizmente, emocionadamente, por las hermosas tierras suramericanas, un día cualquiera hicimos un soneto, muy malo, como siempre, que comenzaba así:

*Esta América clara, que hará al mundo más bueno,  
con la que España alegra su viejo corazón...*

Pero en otro soneto, tan malo como aquél, mas también tan sincero, que escribimos en el Paraguay, al dejar Asunción, pedíamos al viento paraguayo—

*Aire del Paraguay, tan niño en la ribera,  
tan viejo de heroísmos en el Chaco y la Historia...—*

que viniera a Madrid y abrazara la casa de nuestros viejos padres y contara una pena, una pena gozosa, a los árboles madrileños:

*¡Y dile a las acacias de Madrid que estoy triste  
porque los paraguayos me dejan sin España!*

Es así exactamente como sucede. Las gentes paraguayas nos roban los paisajes más íntimos y auténticos de nuestro propio ser. Pero para entender del todo esta hermosa verdad hemos necesitado muchos años y un largo y grato viaje. Concretamente—y también felizmente—, hemos necesitado visitar en la dulce Asunción la llamada plaza del Oratorio, a la que se llega—y es mejor al anochecer que al pleno día, y mejor paseando despacito—, a la que se llega por la calle Palma.

La calle Palma, que es la ingenua calle comercial de Asunción, se parece mucho, en el nombre como en el paisaje, a una cualquie-

ra de Sevilla. Hemos contado a su tiempo, pero vale la pena de repetirlo ahora, que por la calle Palma, no hará más de medio año, una hermosa tarde de primavera suramericana, o sea de nuestro otoño, desfiló en son de paz, detrás de la noble figura de don Jerónimo Zubizarreta, actual Presidente del partido liberal paraguayo, una inmensa y alegre muchedumbre. Ochenta mil *azules* celebraban así—en una ciudad de menos de doscientos mil habitantes—el retorno a Asunción de sus viejos jefes, amnistiados por Moriñigo. Aquella multitud, en un instante determinado del desfile por la calle Palma, descubrió en un balcón a nuestro encargado de Negocios en el Paraguay, el gran Joaquín Castillo y Caballero, al que en aquellas tierras quiere todo el mundo—y sospechamos que le quieren hasta en la China—, y rompió, espontánea y unánime, en vítores y aplausos. Con toda exactitud, las ochenta mil voces liberales de Asunción gritaron satisfechas muchas veces: «¡Viva Franco, el de España!» Había y hay todavía, no sé si por desgracia o por fortuna, y si lo sé me guardo el juicio, otro Franco en el Paraguay, del que luego hablaremos, y los manifestantes tenían interés en que las cosas no quedaran turbias. «¡Viva Franco, el de España!», decían claramente aquella tarde los *azules* paraguayos. Que es, al fin, conviene repetirlo, lo que generalmente dicen también los liberales de verdad, los buenos liberales de todos los demás países de América y del mundo.

No es ésta la única lección que generosamente le enseña al viajero español la sevillana calle Palma. Las verdades presentes de los pueblos ocultan casi siempre sus raíces en las realidades pasadas—y a veces permanentes—de la Historia. La dulce calle Palma, con su comercio claro, provinciano y alegre y aquella librería en cuyo escaparate la bandera española languidece y se empolva en las clásicas portadas de los *Episodios Nacionales*, de don Benito Pérez Galdós, nace o muere, empieza o acaba, según como se mire, en la plaza de la Independencia. Sería mejor decir de los Héroes de la Independencia. Pero todo el mundo la llama plaza del Oratorio. Porque en el oratorio que se alza en su centro se junta todo lo que el Paraguay ama: su religiosidad y su patriotismo.

A los pies de la Virgen Patrona de Asunción se abre en el suelo de mármol sonrosado del oratorio una cripta redonda, no mayor que la copa de un castaño de Indias, con las paredes y el suelo revestidos de sobria piedra oscura. Es el panteón de los Héroes de la Independencia. Desearíamos, para describirle y explicar su secreto, más claras y hermosas palabras que las nuestras.

En los severos nichos de esa cripta tan sólo se cobijan tres arcones de bronce, enfrente del altar, mirando, se diría, a Nuestra Señora, y por detrás de ella, el ancho y florido Paraguay que dejan ver los árboles gigantes al otro lado de las vidrieras de colores. Los tres arcones guardan los restos del Mariscal López; de su padre, Carlos Antonio López, y del General Díaz, su lugarteniente de bravuras. Están colocados por el orden siguiente: en el centro, el más grande, el más famoso, el formidable y trágico Francisco Solano López, Mariscal-Presidente del Paraguay, sangriento caudillo de la guerra increíble de la Triple Alianza; a la derecha de Francisco, su padre, Carlos Antonio López, el que sustituyó a don Gaspar Rodríguez Francia, creador del Paraguay y llamado «el Supremo»; a la izquierda, el General Díaz. El visitante, emocionado, se los imagina muertos allá por la mitad del siglo XIX, casi va a hacer cien años. Se los imagina: Carlos Antonio, con su civil levita liberal y romántica, obeso, casi apoplético, campechano, sencillo y sonriente hasta en el ataúd, ante el que desfilara el pueblo paraguayo; el General Díaz, con su uniforme de Caballería, el más bello uniforme, el más vistoso de toda la América, de comandante de los «Colas Negras»: la chaquetilla roja, los pantalones blancos, las altas botas de charol, el casco de cuero recubierto de bronce, de cuya cimera pendía un penacho negro de plumas de ururú, que cuando el General estaba vivo y montaba a caballo le caía por la espalda y golpeaba la silla; las manos sobre la empuñadura del sable siempre victorioso, y en el pecho, mitad indio y mitad español, las cruces de los días y las noches de cinco largos años de heroísmo fantástico; y el Mariscal López, el caudillo fiero del bravo Paraguay, el iluso y terrible Bismarck de la que fué llamada Prusia de Suramérica, con su casaca blanca y oro de gran gala, su pantalón rojo, su

banda azul, blanca y colorada, su fajín dorado, la mano derecha en el puño del espadín con guarda de brillantes—mano en la que debería estar aún el anillo que le regaló en París madama Linch, su amada Elisa, rubia y fuerte, nacida en Irlanda, diciéndole que había pertenecido a Napoleón, pero que jamás fué de Bonaparte, aunque él nunca lo supo—; cerrados los ojos de alcotán, que acaso lucieron cuando miraban una extraña chispa de demencia heroica, y bajo la guerrera y el fajín, mal cosidas y horrendas, las tremendas heridas de las lanzas de los dos soldados negros del Emperador del Brasil, que no pudieron cogerle vivo en Cerro Corá el día que terminó con él la terrible tragedia de su pueblo, al borde del agua cenagosa de un pantano en el que chapoteaban con el vientre verde al sol los cocodrilos. Un pantano donde aún por la noche se ensucian los zapatos las estrellas del cielo del Paraguay, las más luminosas y bellas de la astronomía.

Mas no sólo descansan esos tres arcones en el panteón del Oratorio. Hay también allí dos ataúdes de madera rosada, colocados, con una emocionante especie de provisionalidad, sobre mesas de piedra en el centro de la oscura cripta y cubiertos con la clara y alegre bandera paraguaya. Duermen en ellos los cuerpos del Mariscal Estigarribia, el héroe del Chaco, y de su esposa, muertos juntos en un accidente de aviación, ayer mismo, en 1940... Y esos cinco cadáveres del panteón son todo. No hay otros héroes de la independencia paraguaya que éstos. No hay más. El noble Paraguay no ha parido todavía ni un solo soldado, ni un solo patriota, que haya necesitado batirse contra España.

Acaso convendría hacer brevemente un poco de historia. El Paraguay, casi como un milagro, continúa, diríamos, en la égloga, en su Para-iso, no obstante aquellas guerras, muchas revoluciones recientes y esta lucha civil que ahora le envuelve, a la que hemos llamado, sin desdén ninguno y con todo cariño, guerra civil de estío, de verano, porque deseamos que termine pronto, como las tormentas de agosto, y que termine bien. Pero esta égloga tiene sus paisajes. En los días iniciales de la civilización del Plata, Asunción, cuya hermosa catedral ha debido cumplir los cuatrocientos años, es

la primera ciudad del Virreinato, la raíz de la verdadera Suramérica. Los descubridores y colonizadores subieron río de la Plata arriba, Paraná arriba, hasta el hermoso río Paraguay, que da nombre a esta tierra, y allí donde se ensancha poderosamente el río y se encuentra con otro, el verde Pilcomayo, plantaron sus tiendas a la orilla del agua. Hoy llaman los paraguayos «la bahía» a aquel ensanche inmenso, en el que se miran las torres de Asunción y los muellecitos de su pequeño puerto, a los que atracan los barcos argentinos, dueños y señores del comercio fluvial del Paraguay, y algún cañonero de la escasa Marina paraguaya. La lejanía del mar trae ese nombre ambicioso, como traería un verso, a los labios de los paraguayos. También llaman «la costa» a las orillas del río. Emociona escucharles cuando dicen: «Tengo la «estancia» al Norte, a treinta leguas—pues siempre dicen leguas—de la «costa».

Los días de la aurora americana, con aguas bautismales españolas, que envolvieron en un aroma milagroso el ya cansado mundo del Renacimiento, dejan aún percibir un temblor de su brisa en Asunción: frente a la catedral, en el palacio del Arzobispado; en las casas coloniales con porches de piedra, casas levantadas casi un metro sobre el nivel de las calles, como fortalezas, como malecones; en el Mercado antiguo, en algún rincón de la Recoleta y en la vieja portada, con el escudo de los Irala en lo alto, del Hospital y Asilo de Ancianos español, en el que el doctor Roy, compatriota de cordialidad inolvidable, me regaló el gozo y el honor de poder poner las pecadoras manos, como feliz compadre de nuestra Ministra, aunque las tuyas, tan hermosas, no sean pecadoras, en la colocación de la primera piedra de una nueva ala, que se estará edificando sobre un montecillo, siempre fresco de césped y de brisa, con el dinero de la beneficencia española y el que pagan las gentes satisfechas para ver las zarzuelas (*El puñado de rosas, Doña Francisquita, El rey que rabió...*) que dirigen y alientan dos leones de nuestro casticismo que todavía no han visto España: Echeveste y Torcida, dos instituciones del Continente Sur contemporáneo. En el Asilo, aquella dulce tarde conocí a mucha gente: una monja habladora, corretona, sonriente, enamorada de las emisiones para América de

nuestra Radio Nacional—con lo que me ganó de golpe el corazón, que aún se recuerda de cuando las fundamos—; tres viejecitas madrileñas, un ex guardia civil malagueño, o tal vez de Jaén, asilado igualmente, que andaba por el patio, tieso y garboso, con un junco en la mano, contando anécdotas; dos matrimonios muy ancianos, arrugaditos como garbanzos, y un escueto y alegre campesino, o por mejor decir, ex campesino, licenciado, jubilado ya del noble oficio de labrador, nacido en Galicia hace miles de años, que cuenta la friolera de ciento dos primaveras, sonrío siempre, aunque no tiene dentadura, canta bajito «airiños» de su aldea, se alegra aún de ser soltero y libre y se permite de vez en cuando cavar la tirera fresca, oscura y olorosa del jardín. Sí, todavía—la Catedral, el Arzobispado, las casas coloniales, el Mercado viejo, la Recoleta, la hermosa portada del Asilo español—, todavía se percibe en Asunción como un susurro de los días aquellos del Descubrimiento. Pero, de todos modos, el Paraguay no es eso. Es, en realidad, algo mucho más próximo a nosotros.

Se diría que Lima es el Imperio, sigue siendo el Imperio. Méjico, que no conozco aún, tal vez es el Imperio y la Revolución. Buenos Aires es Europa—como Montevideo o Santiago de Chile—, Europa rejuvenecida, renovada. El Brasil no se sabe lo que es, salvo que sea el cosmos. Pero un cosmos todavía informe, con los oscuros, turbios espejos antagónicos de Portoalegre, que es casi pampero, es decir, argentino, es decir, español, y de Bahía, que es del todo africana; de Manaos, ciudad de cocodrilos, y San Pablo, metrópoli de industrias, que levanta en los barrios comerciales los más altos rascacielos —«arañacielos», dicen los brasileños— de toda la América del Sur; de Río de Janeiro, y Belem de Pará. A los finos jardines de Petrópolis, cuyas suntuosas frondas envuelven los palacios color de rosa con persianas blancas de la nobleza del Imperio, como al planeta del Bosque de Tijuca, que es el Buen Retiro de Río, bajan todavía de vez en cuando las panteras. En la moderna, neoyorquina, avenida de Río Branco, o exactamente junto a ella, en una amplia vía lateral, entre el concurrido y oloroso «Palacio del Café», el Jockey Club, el Palace, la Opera, el Museo de Bellas



Artes y el «arañacielos» de la Asociación de la Prensa, está abierta a diario, en el imponente edificio del Ministerio de Educación y Salud Pública, que haría gritar de gozo a Lecorvusier, la «Exposición del Indio», con los arcos, las flechas, los collares de huesos y madera, los horrendos arreos de fiesta o de batalla de los jefes «tupís». Uno ve los tambores primitivos y piensa en los «chavantes» atacando viajeros, colgando cabelleras a la puerta de sus chozas de palma levantadas en los claros del bosque, a las orillas del inmenso Xingú. Las cuevas de Altamira del Brasil están aún detrás de la civilizada arena de Copacabana, codo con codo con los cinematógrafos sonoros, los aeródromos, las peluquerías, donde el cabello se «alisa» en lugar de ondularse; las potentes emisoras de radio... Como única excepción en el variable y misterioso espejo del paisaje de los pueblos de América del Sur, yo veo al Paraguay. Hoy mismo, en nuestros días, ahora, en este instante—serán allí las tres de la tarde—, el Paraguay es esta cosa emocionante y entrañable: la España de ayer, la España del comienzo del siglo. Tal vez la misma España del 98. Acaso no es nada bueno para los paraguayos que así sea; pero es. Patriotismo santísimo, orgullo de raza, espiritualidad—y por ello, pobreza de dineros—, nostalgia de otros días, dolor de una derrota—que no fué derrota—, guerras civiles... Decid si no es lo mismo. Y decid si el español que lo comprueba, que lo ve, puede dejar de amar al Paraguay lo mismo que a su España.

Pisando los talones a los conquistadores llegaron al Paraguay los jesuitas y los franciscanos de España. Esa es la época del Estado paraguayo «comunista», de que habla Barrett con algún error, porque ni aquello era comunismo, sino cristiana formación del indio, cristiana creación de pueblos y colonias en la selva salvaje, ni el Estado paraguayo existía entonces, en un tiempo en que aquella tierra virgen, sin fronteras, era sólo un territorio más del Virreinato del Río de la Plata. El Paraguay de las «Misiones»—un dulce e ideal Paraguay sin impuestos, en el que todo el mundo trabajaba en la creación común y recibía por ello lo necesario para vivir sencillamente, y donde no existían las presiones y las luchas de la competencia—y el de los franciscanos, tan fundamentales acaso para

la formación del Paraguay como los jesuitas—nosotros hemos visto, con asombro, en Yaguarón, una inmensa iglesia construída con gigantescos troncos de árboles, un emocionante Escorial de madera, de una belleza portentosa, edificado por los indios nativos bajo la dirección de los franciscanos—, y el de los gobernadores españoles, dura trescientos años. Llegan así los días paraguayos, tranquilos y felices, a la coyuntura de la Independencia. La historia de esa Independencia, ya lo hemos señalado, el noble Paraguay la escribió al revés. Considerado el Paraguay como una provincia, como un territorio del Virreinato del Plata, la Junta revolucionaria de Buenos Aires envió aquellos días a Asunción un representante—el paraguayo Espínola—para que se adhiriera al Acta de Independencia. Y los paraguayos no se adhirieron. Se negaron firme y orgullosamente. El mismo gobernador, Velasco, coronel español, fué más débil, padeció más dudas que el Cabildo de Asunción y que los capitanes de las tropas indígenas. El Paraguay rompió con el Buenos Aires sublevado. Y cuando Belgrano se puso al frente de un ejército argentino para someter la rebeldía paraguaya—que era lo contrario de la rebeldía—, el Paraguay levantó tropas contra la Argentina independiente. Esas tropas lucharon, libraron tres batallas singulares—en el paso del río Paraná, en Paraguairí y en Tacuarí—, tres combates extraordinarios, únicos, entre las cien batallas inevitables de la Independencia hispanoamericana: tres batallas contra la Independencia y por España. Rechazaron a los independientes que venían a someterles y no se sometieron. Nunca se sometieron. Aún están allí sin someterse. Todavía están allí, duros, serenos, fieles, indomables, soberbios; llamando «costas» a las orillas de sus ríos y «bahías» a sus ensanches; el país más pequeño de toda Suramérica, y, hoy por hoy, el más pobre; tremendamente solos, solitarios. Es decir, solos, no, porque con ellos—nuestro mejor espejo—estuvo fatalmente, tiene que estar y estará siempre, esta vieja España.

Es inútil pensar si el Paraguay, de ser otra su situación geográfica, hubiera seguido otros destinos. Su aislamiento, en el centro de la ancha, interminable tierra americana; su incomunicación

absoluta, total, con la España de entonces —que nunca contestaba las cartas de allá—, hizo lo que los paraguayos no querían hacer. Gaspar Rodríguez Francia echa sobre sus hombros la responsabilidad de gobernar tras la ruptura con la Confederación del Plata. «El Supremo» le llama la Historia. Cierra el país a los vecinos, aísla férreamente a su pueblo. Quiere crear, fundar, sembrar para siempre la idea de «nación» en los paraguayos. Durante treinta años ésta es su batalla. A fin de hacer, precisamente, lo contrario de lo que hacen por entonces los demás Gobiernos del sur de Hispanoamérica, para «personalizar», «caracterizar» a su país, gobierna a la manera de los antiguos reyes absolutos españoles de los primeros días del Imperio. Esto, y también un tanto la fría severidad de su carácter y su dura energía, que recuerdan bastante a Felipe II, presta a Rodríguez Francia un perfil extraño, inhumano y cruel, en un siglo, como el XIX, que canta a voz en grito y sin mucha armonía tonadas diferentes. Pero él se mantiene contra todos, solitario también, y afirma en esos años de su mando la existencia, la realidad indestructible, la nacionalidad del país paraguayo. Cuando muere —y sólo entonces cede el mando—, el Paraguay es ya una nación indiscutible. Si no hubiera vivido, acaso no existiera la patria paraguaya.

Importa señalar que esa nación, fundada por Rodríguez Francia, es solamente india y española en el 1844, época de su muerte. Ni una sombra siquiera de influencia exterior ha venido allí dentro, a miles de kilómetros del mundo del romanticismo, en las dulces praderas y los inmensos bosques interiores de América, a mezclarse con las viejas esencias. Cuando tras él gobierna Carlos Antonio López largos años, a pesar de sus gustos, de sus libros venidos de París, de su liberalismo relativo, no consigue cambiar el alma paraguaya. Allí hay, ya para siempre, un pueblo formidable, mixto de «guaraní» y de español —nuestros conquistadores no lucharon nunca con el indio nativo paraguayo; se aliaron con él contra otras tribus—; un pueblo singular, poseedor de la personalidad más destacada de todo el sur de América; pueblo que pide plaza, y la conquista, en la mejor Historia. El pueblo que anun-

cia ya las gloriosas, sangrientas, increíbles y trágicas auroras al galope del Mariscal López. Del Mariscal López, que llevaba en el pecho, en uno sólo, los dos corazones paraguayos. Los dos corazones paraguayos sangrando.

Hay una casa en Asunción, en la esquina de las calles de Estados Unidos y Coronel Bogado, a la que deberían ustedes venir conmigo de tertulia esta misma noche. De tertulia al jardín, bajo los árboles. Ahora ha empezado allí el otoño, y los pájaros todavía trasnochán. No es, naturalmente, que vayan al cine, ni a los bailes del Casino o al Centenario, ni siquiera a mirar, a la luz de la luna, por detrás de los cristales de las viejas ventanas —cosa que yo haría si pudiese—, las dos salas románticas del Museo Godoy, desordenadamente abarrotadas de cuadros hermosos e ingenuos; pero juegan en torno de la catedral, saltan en los tejados y los balcones, cruzan las esquinas, cantan por todos lados en la ciudad florida, llena de ramas, y los viejos vuelan plácidamente por la orilla del río, arriba y abajo —lo mismo que paseaban antes las buenas gentes en nuestras «alamedas» de provincia—, por encima del agua que viene de Bolivia y el Brasil, del agua que va camino del Uruguay y la Argentina. Con esta dulce vacación del sueño que se imponen los pájaros, el aire libre del anochecer, en Asunción, no puede explicarse con palabras. Baste decir que, en cuanto cae el sol, como al amanecer, las gentes, para poder oírse sobre la inexpresable algarabía del canto de los pájaros, tienen que hablar a gritos por las calles.

Si fuéramos ahora a esa casa de Asunción, el dueño de ella, que es un señor cuyos blasones parecen a primera vista andaluces o extremeños —un viejo español de por allá, Viriato Díaz Pérez, cuya estupenda historia contaré otro día, le llama «el Marquesito»—, nos conduciría de primera intención a su despacho. Es una habitación grande, alta de techo, con los muebles oscuros y sobrios, libros, retratos y una grata sensación de calma. No recuerda, ciertamente, por su placidez, los cuartos de banderas de los cuarteles, pero guardaría para ustedes una sorpresa emocionante. El dueño de la casa nos pasaría a ese despacho para enseñarnos —él, que es, a la vez,

descendiente de Rodríguez Francia, el Dictador, y liberal— dos banderitas izadas en dos pequeños mástiles : la española y la roja y negra de los falangistas de España. Cuando me las mostró a mí, con su clara sonrisa, que le cierra los ojos de estanciero acostumbrado al sol, pensé, aunque no se lo dije, porque ahora la política es un asunto delicado en todas partes, que me estaba queriendo hacer entender el buen liberalismo del Paraguay excluido del Gobierno Y Dios me libre de ser mal pensado.

Después de ser feliz mirando las banderas, a la sombra de la del Paraguay, que luce el encarnado, el blanco y el azul más bonitos del mundo, iríamos al jardín y nos sentaríamos allí, en un buen corro grande, bajo las estrellas. Acaso fuera una desgracia para ustedes hacerlo, porque, aunque vivieran después noventa años, se acordarían siempre, y dudo que les dejara ser felices la nostalgia. Aquella casa es inolvidable. Acude a ella todo el mundo, y todo el mundo pregunta con el mismo cariño cosas de España. Es la casa de Eduardo Peña y Concepción Ugarte —ambos con apellidos alemanes, como el propio Peña hace notar—, paraguayos los dos, y de sus hijos, y sus hijas, y sus nietos, que son muchos, como debe ser. Si a Eduardo le llama Viriato Díaz Pérez, «el Marquesito», a Concepción la tituló siempre el gran don Pepe Gallostra, que fué allí Ministro nuestro tres o cuatro años y mató una docena de caballos galopando praderas inocentes, «la Mariscal».

Haciendo la tertulia del jardín, dulce y sencillamente, comenzarían ustedes a entender aquel país y aquellos hombres, que, conforme ya he dicho, son la América más pura que queda en las Américas. La tierra paraguaya, aunque en los mapas no se vea muy claro, tiene la forma de dos corazones imperfectos —no hay ninguno perfecto en este mundo—, cercados y apretados el uno contra el otro por sus dos grandes ríos fronterizos, el verde Pilcomayo y el azul Paraná, y cosidos uno a otro por la ancha vena de agua, que yo diría melancólica, de uno de los príncipes fluviales del Sur, el Paraguay, que bautiza a aquella hermosa tierra y que también parece que la crucifica. La cruz es Asunción, donde el Pilcomayo y el Paraguay se encuentran. Pero ésa es la cruz de la geografía. Hay

otras dos cruces en el río gigante : la del encuentro, al Norte, con la noble campiña paraguaya ; la de la despedida, al Sur, al separarse de ella. Es decir, Cerro Corá, arriba, junto a la Bahía Negra, y Humaitá, abajo, un poco por encima de Corrientes. Toda la aventura del Mariscal López, que es trágica epopeya paraguaya, cabe entre esos dos nombres. Pero escrita al revés, el principio al final y el final al principio, puesto que Humaitá fué el comienzo glorioso y Cerro Corá el fin, la derrota y la muerte. La gloria humana, la gloria terrestre, es siempre un milagro contra el orden y el método de la vida y el tiempo, y el río Paraguay cumple la vieja ley. Hay que medirle y entenderle conforme ha vivido : con su historia y su secreto cuesta arriba, contra la corriente. Es un río, ya se ve, que empieza donde acaba y acaba donde empieza. Esa inmensa e incesante alameda de agua que une los dos corazones paraguayos, esa banda de dioses que cruza por su pecho, parece la polea sin fin del ser del Paraguay, rodando siempre. Ya he dicho una vez que a mí me recuerda aquel emblema circular, grabado sobre la puerta de la celda de un sabio sacerdote, en la mejor novela de nuestro malgrado Samuel Ros, también nostálgico de América. Allí se leía : *El fin es el principio*. Pero como estaba escrito a la redonda, se leía también : *El principio, el fin es*. En el caso del río Paraguay habría que leer, mirando al agua, en posición de firmes : El principio y el fin son heroísmo.

Hay mucho que hablar del Paraguay entre nosotros. De la misma manera que sus tierras, este pueblo católico, patriota, duro, sufrido, fiel, hospitalario y valiente como ningún otro en toda América, tiene dos corazones en el alma : el indio y el hispánico, el «guaraní» y el nuestro. Fuera de esto, no tiene nada más. Pero es preciso que pensemos despacio en lo que representa llevar dentro, solitariamente, orgullosamente, dos corazones de tal naturaleza.

Mirad. Lo que quiso construir el Mariscal López—que llevaba en el suyo los dos corazones paraguayos sangrando—fué una gran locura. Quiso volver a edificar en Suramérica el Imperio hispánico, con la cabeza puesta, no en España, ni nadie lo pensaba, sino en la primera cabeza virreinal : en la vieja Asunción. Era un extraño

sueño imperialista, al que se añadieron mezclas insolubles: digamos que tenía el alma india, la nostalgia española, y rostro, ropa, música, prusianos; sí, prusianos, inesperadamente, inexplicablemente copiados por el joven Mariscal, cuando aún no era Presidente, en el París del Segundo Imperio. El París que en 1870, el mismo año que el Paraguay de Francisco López, cae, precisamente, aplastado por Prusia.

Este era el gran sueño, al que los acontecimientos tornaron demencia. El Mariscal López sostenía la necesidad, aquellos días, de una unidad imperial de habla española que oponer al inmenso Brasil de los emperadores portugueses, al poderoso Brasil de los Braganzas. Toda la Suramérica española, en estricto sentido geográfico, es decir, Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia, hubieran sido una si su grandioso y enloquecido sueño no se hubiera deshecho. La hábil diplomacia brasileña—que continúa siendo la primera de todas en América—tuvo que defenderse, y se defendió bien. Uruguay y Argentina se aliaron al Brasil en la famosa guerra de la Triple Alianza. Durante cinco años el Mariscal López y el pueblo paraguayo luchan heroicamente, increíblemente, contra las tres naciones aliadas. El Paraguay es un país pequeño, aislado, con sólo poco más de un millón de habitantes; pero resiste prodigiosamente, ataca, vence muchas batallas; parece, en ocasiones, que va a ganar la guerra. Cuando López cae y todo acaba—es el 98 paraguayo, y asombra comprobar que un escritor yanqui se extraña todavía de que en el Paraguay aún se hable de la guerra aquella, que acabó en el 70—, el mundo entero llama al Paraguay «Prusia de Suramérica». De un pueblo de 1.300.000 habitantes quedan muy pocos más de 200.000; quedan, concretamente, 86.000 niños, 106.000 mujeres y ;28.000 hombres, incluidos los mutilados y los prisioneros de guerra! Es decir, que han caído 19 de cada 20 soldados combatientes, 95 de cada 100; que han quedado con vida 50 hombres por cada regimiento. La Historia es asombrosa; parecerá mentira, pero es del todo exacta. Hacen los vencedores la estadística, y se sobrecojen. El loco Mariscal del Paraguay, con su heroísmo, con su enarde-

cimiento, con su energía indomable, con la belleza trágica de su valor terrible, ha vuelto loco también a su pueblo.

Aquella locura, hasta nuestros días, es la mejor ejecutoria del pueblo paraguayo. Barrett dice que el Paraguay es el pueblo de las profecías. Dice que adelantó en cincuenta años la primera guerra europea. Pero, con los pies enterrados en la tragedia y en la sangre, y la cabeza, con el alma, en las nubes, el Paraguay anticipó más páginas de historia. Los aliados resultaron victoriosos, y la paz que dictaron es la paz de Versalles. Y ahí está el reverso de la medalla heroica del noble Paraguay. Como siempre que el heroísmo pierde las batallas, la tragedia irrumpe. Es el dolor, el hambre, la ruina nacional, las fracciones políticas, y luego, lo peor: el desencanto. A los ochenta años de la guerra, el Paraguay es pobre, habiendo sido rico; contempla a sus vecinos con envidia y temerosamente, y ni siquiera ha podido rehacer su población humana. No cuenta hoy con el millón trescientos mil habitantes de los días iniciales de la Triple Alianza. Es más pequeño que era en 1865. Y ni esto es lo más triste. Parece como si a Francisco López, sufriendo, castigando, guerreando, galopando y muriendo con los dos corazones paraguayos en el pecho, se le hubieran roto las ataduras dentro. Tras la sombra de López—una sombra de pólvora y gemidos y sangre—y el tremendo desastre que proyecta, nunca más han caminado juntos, salvo, tal vez, pasajera y momentáneamente, en la guerra del Chaco—que es, de todos modos, una guerra muy diferente—, los dos corazones paraguayos.

Es al contrario precisamente, para desgracia del Paraguay. Al acabar la guerra de la Triple Alianza, y cuando el enviado extraordinario del Emperador del Brasil, Parañós, creador de la rama de los Vizcondes de Río Branco, afloja un tanto el yugo de los invasores, aparecen en la vida paraguaya, agonizante y que intenta resucitar, dos partidos políticos, los cuales, ya por siempre, estarán en lucha: el partido de los *azules* y el partido de los *colorados*. Yo los he visto, casi ayer mismo, pasear sus emblemas por las calles y por los caminos del Paraguay. Aseguro que verlos es para un español un espectáculo emocionante.



Llevan los *colorados* la boina roja en la cabeza, y son los nacionalistas y tradicionalistas ultraconservadores del Paraguay, es decir, los «carlistas» paraguayos. Su rey, o, mejor dicho, su Presidente, o mejor dicho aún, su Emperador, sería el Mariscal López si viviera. Lucen los *azules* el pañuelo celeste en el cuello, y son los liberales, los universitarios, los hombres de profesiones civiles, es decir, los «isabelinos» paraguayos. Su república sería la del Derecho con mayúscula, la de la paz y buena vecindad, cuyo imperio también haría un hermoso Imperio en Hispanoamérica... Para unos ojos españoles, para un corazón español, imaginad cuál es el sentimiento contemplando a los *azules* y los *colorados*. Son, sencillamente, los «carlistas» y los «isabelinos» de las guerras civiles. Unas guerras en las que, al fin, no se batallaba por un simple problema sucesorio, por unas faldas regias o unas barbas augustas, sino por algo más profundo y mucho más difícil: por atar los días del pasado a los días del presente y el futuro. Para cuya atadura—fundamental secreto de la vida de todas las naciones—acaso lo más útil sea extirpar del pasado todo cuanto está muerto. Puesto que no es posible despojar al presente y al futuro de cuanto está vivo y vivirá. Sin mengua de sus almas añorantes, los hombres han nacido para la esperanza.

El viajero por el Paraguay, el viajero que ande por allí con amor, no como otros ciegos turistas, pensará siempre que en los *azules* y los *colorados* están vivos, y por desdicha distantes, los dos viejos corazones paraguayos que con López vivieron unidos la tragedia gloriosa, y con España, durante trescientos años, la tranquila paz. Mas esta elemental clasificación nada resuelve. Porque si deseáramos aplicar a cada uno de los dos partidos su porción legítima de los dos corazones paraguayos, el indio y el español, no podríamos hacerlo con justicia, salvo que los partiéramos, que equivaldría a matarlos. Parece, de primera intención, que el *colorado* es el corazón indio, por rural, por nacionalista, y que el *azul*, el liberal, nacido de las Universidades creadas por España, es el nuestro. La verdad es, sin embargo, que los dos corazones que he querido cantar en esta charla reposan por igual en los anhelos de los dos partidos,

*colorados* y *azules*, nacidos ambos de su 98, que, lo repito, es la guerra de la Triple Alianza. Son como dos duelistas enfrentados—estampa bien romántica, por cierto, y ambos partidos son partidos románticos—dispuestos a lavar con la sangre una ofensa que tal vez no ha existido originariamente. Y ese viajero enamorado de la tierra que pisa, del aire que respira, de las nobles amistades que gana, los contempla con dolor y con miedo, porque sabe, cuando los ve batiéndose, que el que hiera se hiere, que aquel que mate al otro se matará a sí mismo.

Desde el año 70 hasta casi el presente se turnan esos dos únicos partidos paraguayos en el gobierno de su pueblo. Su turno, sin embargo, es pura y simple lucha, muchas veces armada, con revoluciones, pronunciamientos, muertes, persecuciones y destierros. Es decir, cada turno, una batalla. Desde el 70 hasta el presente. La guerra del Chaco, casi ayer, con su nuevo heroísmo y su victoria, parece que va a unirles. No les une tampoco. Un joven militar, comandante entonces y creo que hoy coronel, Rafael Franco, vuelve de ella con ambiciones y teorías nuevas. Acaso sueña unir al Paraguay; mas se equivoca queriendo prescindir de los *azules* y los *colorados*, con error semejante, ya que sin ambos el Paraguay no existe. En un mes de febrero inventa el «febrerismo» y conquista el Poder. Los mismos militares que le habían elevado le derriban año y medio después. Tras nuevos cambios, luchas, esperanzas y odios, los liberales hacen Presidente a Estigarribia, el vencedor del Chaco. Mariscal-Presidente, como en los buenos tiempos, sin la vieja tragedia y sobre un alegre laurel de victoria. Quieren los liberales, los *azules*, sin duda, acabar con la vieja lucha partidista, que está matando al Paraguay; intentan hermanar a unos y otros; sacrifican porciones de sus «almas partidas»—como decía José Antonio de las nuestras—en busca de una noble comunidad política creadora. No otro alcance tiene, por ejemplo, que cedan en el punto, tan vidrioso y a la vez tan ingenuo, de la «supremacía del poder civil», para los liberales tan fundamental; ni que promulguen la Constitución de 1940, muy poco liberal en el sentido histórico del liberalismo. Tal vez Estigarribia hubiera podido unir al Paraguay, es de-

cir, salvarle para siempre. Pero Estigarribia muere a los pocos meses de ser elegido. Y sube entonces al Poder, encargado de presidir las nuevas elecciones por estricto mandato constitucional, el General Higinio Moriñigo, Ministro de la Guerra del Gabinete del Mariscal muerto. Es entonces el año de 1940. Hoy, en 1947, las elecciones no han sido celebradas todavía, y tornamos a ver al Paraguay en lucha. Y esta vez esa lucha es ya guerra civil.

Recibir cartas es algo muy hermoso, y muchas veces pienso que si en la otra vida se recibieran cartas, casi no importaría nada morir. A mi casa, a mi mesa, a mi corazón, llegan estos días cartas del Paraguay lejano, y Dios las bendiga. Pero no me explican esas cartas nada de la guerra. Sólo sé que ahora en el dulce y querido Paraguay ha estallado la guerra civil. Nos hemos cruzado tantas veces por los caminos con la boina roja de los *colorados* y el pañuelo *azul* de los liberales, que nos cuesta trabajo creerlo. Eran la misma boina roja de nuestros tradicionalistas y el mismo emblema celeste de los partidarios de la reina, ya lo hemos dicho. Es decir, que eran los viejos estandartes de dos caballeros idénticos, de la misma noble familia; el uno, acaso, un poco más atrevido que el otro; como dos hermanos, el menos viejo de los cuales ha viajado algo por el mundo y se ha traído a casa una docena de libros y unas cuantas corbatas poco sobrias. Total, nada. Con eso puede hacerse una guerra, y más de una a veces, en el XIX. Pero no se hace en 1947. Porque ahora los mariscales soviéticos están esperando.

Yo recuerdo a los liberales y los conservadores, a los *azules* y los *colorados*, oyendo las tres misas de la Nochebuena bajo las estrellas y la luna—porque allí, ya sabéis, la Nochebuena llega en el verano—, en San Bernardino, cerca de Asunción, delante del lago, no hace aún cuatro meses. Los recuerdo. Los viejos *colorados* del Paraguay, que sueñan con una patria grande. Los viejos *azules*, que sueñan lo mismo. Y leo en los periódicos que los comunistas—que son una docena, o poco más, en la hermosa y noble tierra paraguaya—están detrás de las trincheras donde ahora luchan los hermanos moviendo los hilos. Y leo que con ellos, con esos comunistas, están los comunistas bolivianos, y los uruguayos, y los brasileños—una

Triple Alianza mucho peor que la otra—, y todo lo demás, en fin, que el bolchevismo esconde y saca a relucir cuando conviene en la querida América.

Entender América—y empiezo por llamarla mal llamándola América, como allá hacen también mal cuando nos llaman a nosotros Europa, pues cada pueblo, cada nación, allí como aquí, somos diferentes—es algo muy difícil. Tal vez la América de habla española sea siempre un misterio insoluble para el hombre nacido en España. En horas de mucha juventud, y claro está que sin responsabilidad alguna, quiero decir sin el menor sentido de responsabilidad, ofrecimos un poema «a la otra cara de la Luna que se ve desde América». Puede ser, sin embargo, que tan ingenua y arbitraria imagen sea más verdad de lo que parece. Allá, en el Nuevo Continente, todo es lo mismo, pero del otro lado. Lo cierto es que ahora, cuando aquí es de noche, es poco más de mediodía en el Brasil, en Argentina, en Chile, Perú o Méjico. Lo cierto es que cuando aquí es primavera es otoño en toda Suramérica. Y así es en todo. Para entender América—que es, por otra parte, nuestro propio espejo—tendríamos que salirnos de nosotros mismos para colocarnos, precisamente como en los espejos, delante de nosotros. Si alzamos delante de la luna del lavabo la mano derecha, en la luna se mira a un caballero que levanta la mano izquierda. Es así siempre. Es, al fin, lo mismo que en la vida entre padres e hijos. Uno se sale de sí mismo para tener un hijo. Pero si no se sale de sí mismo, no le tiene; se muere.

No hay materialismo como el americano; pero tampoco hay idealismo, poesía, como la suya. Poesía es niñez. Chesterton dice: «Algún bello ideal corre a través de América; mas se diría que corre en sentido oblicuo.» «Es tierra ruda y hasta grosera en aquello que Europa es delicada. Pero es delicada, en cambio, en aquello que nosotros solemos ser groseros.» Stevenson describe este secreto cuando pinta las disparatadas, bruscas, delicadezas de Jim Kintertón. Desde el Canadá a la Patagonia calienta las tierras y los hombres el fuego singular de un nuevo sentimiento. Tal vez es el mismo sentimiento antiguo, pero en pechos nuevos. Anchos ríos fa-

bulosos, montañas inmensas, selvas interminables, bahías infinitas, animales salvajes, universos de aves, y los hombres de América: injerto de santos y de aventureros, que llevan todavía las pistolas de Buffalo Bill al cinto—dos pistolas como dos mariposas—y bajo la camisa el alma solitaria de Crusoe. Lo que habría hecho Robinson con un loro, con una violeta, con un mendigo negro, lo sabemos; pero ¿qué habría hecho con un rey o con una república?... Mirad, amigos: en América la hierba, en las praderas, le llega al hombre hasta los hombros.

De la guerra civil del Paraguay, por consiguiente, sólo sabemos una cosa: que los hermanos se encuentran enfrentados en las tristes trincheras abiertas en la carne de la noble tierra común, y que la fría mirada comunista, sin duda, busca con alegría, en uno u otro campo, el punto de mira de los fusiles en litigio, de los fusiles irremediables, puesto que sabe bien que ambos apuntan al alto corazón del Paraguay. Y sabemos también que los *azules* y los *colorados* no sólo son hermanos entre sí, sino hermanos nuestros. Como hermanos los hemos conocido y los hemos amado a unos y otros—y unos y otros, unidos, acaban de fundar no hace dos meses, después de nuestro viaje, el Instituto Cultural Hispanoparaguayo, que preside el jefe del partido liberal, Zubizarreta, dato que convendría guardar en la memoria—, y como hermanos sentimos desde aquí el dolor de su lucha. Habrá ahora hasta familias, hasta matrimonios—lo sabemos muy bien—, situados frente a frente... Duele pensar en la separación de los dos corazones paraguayos.

Es muy difícil entender América. Es muy fácil amarla. Ni los *azules* ni los *colorados* querían esta guerra que destroza de nuevo al Paraguay. La temían, más bien, lo mismo los unos que los otros, y hemos sido testigos muchas veces de sus nobles esfuerzos para evitar que se produjera. Es verdad que la guerra, hace cuatro meses, estaba ya en el aire. Mas no en el aire de los liberales, ni, claro es, de los *colorados*, que gobernaban. Por eso hemos pensado, cuando se produjo, que acabaría pronto, falta de verdadera y extensa asistencia. Pero cuando suena la primera descarga y la sangre corre, toda la tierra se empapa, todos los ecos llevan el estampido hasta

los últimos confines... Sí, es muy difícil entender del todo al noble Paraguay; pero es inevitable amarle del todo. Amándole del todo, pedimos cada noche a Dios que la guerra civil del Paraguay termine pronto y que empiece pronto la justicia y la paz. Que los dos corazones paraguayos se encuentren, se conozcan, se amen y se confundan. La tradición y la libertad —o, si lo preferís, dicho de otra manera: el amor a los padres y el amor a los hijos— no son cosas antagónicas, sino, por el contrario, etapas acordes, sucesivas y armoniosas del sagrado servicio que es vivir, pasar por la vida, con orgullo de stirpe y ambición de progenie, dejando alguna huella. Muchas veces pienso que las Constituciones de los pueblos, de todos los pueblos, no deberían constar sino de un solo artículo: «Es labor propia y única del Estado la de dar viento y alas al corazón del hombre.» Ahora bien: el corazón del hombre está lleno de ayer y de mañana.

Un corazón así, un solo corazón, libre y alegre, que lleve dentro, unidos, confundidos, el corazón indio y el corazón español, queremos para el querido Paraguay, tan próximo y, sin embargo, tan distante; tan lejano y tan cerca. Como le hemos querido y le queremos para nosotros mismos, para nuestra España, que también ha sufrido del corazón mil veces. Dios quiera que se mezclen en el alma íntegra de todos sus hombres y mujeres los dos viejos y nobles corazones del Paraguay, que he intentado, con tanta torpeza, cantar entre vosotros.

Y, para terminar con el más dulce, más amable paisaje de mis nostalgias de Asunción, permitidme que vuelva a recordar a Don Paquito. Conté su pobre y admirable historia, un día, a unos cuantos amigos paraguayos. Cuando terminé el cuento —Don Paquito, dormido, enamorado, en medio del mar, en el fondo del agua—, vi en unos bellos ojos una mirada llena de tristeza. Eran los ojos, mis queridos amigos, de una hermosa mujer. Una de esas mujeres paraguayas, es decir, del Paraíso, honestas, claras, fuertes, sanas, alegres; soberbias amazonas, excelentes madres, dulces compañeras; bravas y suaves flores de una tierra de égloga... Aquellos ojos parecían decirme: «Demasiado tarde...» Sí; si no se hubiera muerto

Don Paquito, yo escribiría ahora de otro modo su historia. Si no se hubiera muerto, le llevaría yo a la noble Asunción del Paraguay, donde las casas de los españoles continúan abiertas. Allí sería feliz. Viviría tranquilo, sin «saudades». Estando en Asunción estaría, a la vez, en América y en España.

Sí, es verdad. Demasiado tarde.

ROMÁN ESCOHOTADO.

## RETORNO *al* TEMA DEL HOMBRE

Por PEDRO ROCAMORA

**C**OMO en el transcurso de una trayectoria fugaz, puede decirse que desde la aparición adánica del hombre hasta la presencia humana de Cristo sobre la tierra, la Humanidad ha caminado entre dos polos opuestos. Adán, el hombre que se pierde por el pecado, y Cristo, el Dios que se hace hombre para salvar a los que Adán perdiera. Hay entre estos dos momentos de la Historia una ingente teoría de imperios, de monarquías, de pueblos que inventan su cultura; de ciudades que, convertidas en Estados, improvisan, sin ellas saberlo, el origen de la política. Hay nombres de césares y de filósofos que conmueven la Humanidad con hazañas de asombrosa dimensión histórica; pero en todo ese lapso de tiempo, el hombre verdadero, el que se inmortaliza después de una vida de silencio y de soledad, el que en vez de ser vanidoso escalador del espacio camino del cielo a fuerza de pirámides, es artífice de su propia eternidad a fuerza de ahondar sobre los abismos de su conciencia; el hombre no aparece como tal hasta que surge en el mundo esta nota de ejemplaridad humana, que llega al límite máximo de su realización con la presencia real en el mundo de Cristo humanizado.



Y hay, desde entonces hasta nuestros días, desde aquella aparición del hombre que ha descubierto su alma hasta esta coyuntura de hoy, en que el hombre quiere evadirse de la suya, hay, digo, veinte singladuras dramáticas, cada una de ellas de porte secular, en las que la Humanidad, rota la estrella de los vientos, sin brújula para su itinerario, incendiados por la tripulación los mapas y las cartas de rutas que marcaban el derrotero hacia el puerto seguro, ha vivido a la deriva de las corrientes más abismales y llevada por el vaivén trágico y desconsolador de los vientos más contradictorios.

Veinte singladuras en las que todo era espejismo y alucinación, en las que cualquier puerto imposible se soñaba próximo; veinte estadios hace tiempo recorridos por una humanidad que se había puesto una venda en los ojos para no descubrir nunca cuál era la verdadera meta final.

En el terreno filosófico, el humanismo marca el primer jalón por la inquietud del problema del hombre. Es, al principio, la Italia del siglo XIV quien, para pretender humanizar su pensamiento, no encuentra otro camino que el de la vieja Roma o el de la antigua Atenas, con un retorno a las culturas clásicas, en las que, paradójicamente, el hombre no había ocupado precisamente su puesto de honor. Y es más tarde, en los siglos XV y XVI, Alemania la que, renacentista también por la influencia que le llegaba del otro lado de los Alpes, había traducido a la mentalidad germánica el movimiento humanista de la Italia del Renacimiento, trazando con ello los caminos iniciales por donde había de dar sus primeros pasos el movimiento ideológico de la Reforma protestante.

La Reforma es en Europa una desviada herencia del humanismo renacentista, y ella justifica todas las desviaciones del pensamiento —recordad *El Elogio de la Locura*, de Erasmo— que sobre la misión del hombre han surgido posteriormente como derivadas del espíritu del Renacimiento. ¿Qué es Rousseau en el fondo de su conciencia, sino un falso humanista luterano? Y ¿qué es Kant, sino la traducción a la filosofía alemana del espíritu de la Reforma? Y en esta línea, que significa el lema «Square Naturam», es decir, seguir

a la Naturaleza y confundir el bien con el placer, como hicieron Valla, Alberti, Poggio y el Aretino, sino una crisis moral producida en el campo del pensamiento por la influencia renacentista.

El humanismo intentó humanizar la cultura, y para ello realizó un retorno intelectual hacia las antiguas culturas clásicas. Pero el problema del hombre no lo planteó cara a cara, valientemente, el humanismo. Han tenido que pasar los años y los siglos para que se haya intentado una explicación al destino del mundo, visto a través del prisma del hombre. Ha sido preciso llegar al siglo XX para que se intentase la explicación materialista de la vida del mundo como una grandiosa, terrible y sorprendente aventura del hombre. Antes el pensamiento universal había buscado, a partir del siglo XIX, un camino por el que explicarse el fundamento y la razón que alienta y mueve a la Humanidad. Cada mente inventó su propio sistema, y el llamado siglo de las luces nos dió la paradoja de confundirnos —tras una babélica desorientación— en la más sombría de las tinieblas.

Primero la Historia, después la Economía, por último la Cultura, han sido las rúbricas supremas con las que la pobre inteligencia humana golpeaba con aldabonazos de mendigo hambriento en la puerta cerrada e infranqueable de la verdad.

Y ni Meinecke, Oswald Spengler o Carlos Marx, se dieron cuenta que tras la gran interpretación épica del destino de la Humanidad había en el escenario del mundo, cuando se ha descornado el último telón, el verdadero y único protagonista de la Historia: el hombre; no el héroe que gana las batallas, el conductor que salva los pueblos, o el místico que enciende, enfervoriza los corazones de la muchedumbre, sino el hombre a secas; aquel que hace la historia de verdad porque nunca la Historia hablara de él; el que aparece como esfumado en la penumbra durante las más trascendentales coyunturas del universo; el que no tiene biografía porque no es un personaje, pero sí puede tener una novela, porque su vida puede ser dramática aunque sea vulgar; el hombre, en fin, que no ha nacido para mandar, sino para obedecer; que conoce la gloria del vivir anónimo y que, en la amargura de su vida intrascendente, sabe que den-

tro de él hay un alma, por la que puede sentirse nada menos que criatura y obra de un Dios.

La Filosofía ha sido la única ciencia que con más desorbitado tesón ha intentado plantearse el problema de la vida. Desde los comienzos del siglo XVII, en que Descartes concibe al hombre como una máquina pensante, hasta nuestros días, una serie de hombres y de doctrinas configuran aquella gran Torre de Babel que fué la filosofía en cuanto se separó de la concepción escolástica del mundo. Volver los ojos sobre la filosofía cartesiana es, en estos momentos, contemplar un antiguo retrato de tonos desvaídos en el que aparezcan unas viejas figuras ataviadas con una ridícula vestimenta imposible de concebir en esta hora contemporánea. Porque ¿no es realmente trágico, o incluso, si se quiere, cómico, contemplar la arbitraria y fantástica solución que Descartes da a la relación entre el alma y el cuerpo, que, según él, se logra nada menos que a través de la glándula pineal? ¿Y no es igualmente doloroso ver a Malebranche, Spinoza y Leibnitz perdiendo su tiempo tratando de descifrar el pintoresco acertijo de Descartes? La influencia de éste con su concepción maquinista del Universo y su repercusión en la idea del hombre, se dejó sentir rápidamente en los dominios de la inteligencia. Así, un convencido materialista como La Metrie pudo escribir un libro que se atrevió a titular con estas palabras: *L'homme machine*. Es decir, el hombre máquina, el hombre sin espíritu. Véase cómo de la idea platónica del cuerpo humano concebido casi líricamente como «cárcel del alma», se llega a esta tesis de La Metrie, en la que el sentido espiritual de la vida del hombre yace por los suelos como corona de monarca destronado.

Por otra parte, al concebir al hombre como un ser excesivamente natural, se prepara el camino a la tesis determinista que niega la autonomía moral del individuo. Es el filósofo inglés Thomas Hobbes a quien se debe la paternidad de esta ideología, que culmina posteriormente en la filosofía de Feuerbach, hasta llegar a nuestros días como eje fundamental del «monismo materialista», divulgado recientemente por Büchner y por Haeckel.

Mas ninguna de estas doctrinas salva o dignifica el concepto del

hombre. Nietzsche afirma que el hombre de «vida descendente» construye la civilización como un artificio para compensar su decadencia. Para esta doctrina, el hombre no es otra cosa que «un desertor de la vida». La ciencia, la técnica, el desarrollo del maquinismo, son una muestra del fracaso humano. Expresan, ante todo, la debilidad del hombre, que necesita de estos resortes para obtener lo que le es preciso para su vida. Para el autor de *Así habla Zaratustra*, el hombre es un animal enfermo, porque ni siquiera sabe, de manera inequívoca e inmediata, qué ha de hacer o hacia dónde se ha de dirigir.

Tal es la doctrina de tono más pesimista y sombría que ha podido formularse jamás sobre el sino del hombre. Acaso lo cierto sea que al hombre moderno parece haberse escapado la alegría que esperaba a través de este cúmulo de doctrinas y de esa multiplicación de medios materiales que le da la vida contemporánea, y acaso, en medio de todo, lo que sienta el hombre del siglo XX no sea otra cosa que una amarga sensación de vacío interior. Tal vez el sentimiento de la «nada», descrito por Kierkegaard, como símbolo de la civilización de nuestros días.

Si se quisiera resumir en un esquema todo el vasto panorama de doctrinas elaborado sobre el tema del hombre, podría formularse, de acuerdo con Max Scheler, un reajuste de tesis contradictorias, en el que todas ellas terminarían por dibujar la gran curva cíclica, de exaltación al principio, negativa y decadente más tarde, y de recuperación después de las doctrinas filosóficas sobre este problema.

Hay, en primer término, el arranque que podríamos decir cenital de esta tesis: la idea cristiana del hombre, la doctrina del alma inmortal que San Agustín definiera en *La Ciudad de Dios*. Existe también la idea griega del hombre como «Logos», que se convierte luego en la noción del «Homo sapiens». A esta idea responden los pensamientos de Aristóteles, de Kant y de Hegel. Ya, hasta aquí, firmemente dibujada la curva descendente de la doctrina. Un paso más y nos encontramos con las tesis que definen al individuo en función de sus instintos: el «hombre del amor», el «hombre del poder» y el «hombre del dinero». Desde Schopenhauer y Freud, pa-

sando por Adler y Maquiavelo, hasta llegar a Carlos Marx, el pensamiento humano ha estudiado al hombre desde un ángulo de su pasión, de su interés o de su instinto, pero nunca con esa concepción total, armónica, que está ahora llamada a aparecer sobre la tierra como una exaltación de los valores originales del hombre y como una reivindicación de su íntima vida espiritual.

Esta afirmación podría llevarnos a reconocer la existencia de un nuevo humanismo, que, renacido sobre las ruinas de una sociedad materializada por un proceso babilónico, doctrinal y tras una guerra satánica, quiere poner su fe nuevamente en el retorno hacia un nuevo sentido de lo humano, no ya con un movimiento de regreso a las viejas culturas mediterráneas, sino con una nueva y admirable planificación del mundo y de la historia, partiendo del concepto concreto, tangible, real y exacto en su dimensión espiritual y corpórea de esto que nosotros entendemos por «hombre».

Es el siglo XX, la generación actual, la que está en grado de madurez suficiente para poder hacer esta afirmación: el hombre es la clave de la Historia, la razón del Mundo, la explicación final del Universo.

Importa, sin embargo, centrar esta proclamación en sus límites precisos. De ella, los siglos XVIII y XIX nos dan su interpretación más peligrosa y desmedida. El retorno al hombre como eje de la Historia nos pone en riesgo de caer en el individualismo rusioniano. Es éste una especie de humanismo político desorbitado. No es ya el hombre un ser que piensa, que sufre o que goza. Es, por el contrario, para la política, un ciudadano, y para el derecho privado, un simple sujeto de relaciones jurídicas. Todo lo humano del individuo desaparece. Cuando éste actúa lo hace políticamente. Hasta el Estado es entonces una pura invención humana. Su origen nada tiene que ver con la comunidad de la sangre, la raza, el idioma, la creencia religiosa, la familia o las agrupaciones familiares. El Estado nace del contrato, y como éste lo han hecho los hombres, son ellos los que pueden deshacerlo; es decir, deshacer al propio Estado. Es el instante en que al ciudadano se le dice que es libre. Y es también, precisamente, cuando, dormido sobre el laurel de esa li-

bertad, el hombre puede morir impunemente de hambre. De este modo surge el sufragio como derecho universal de opinar olímpicamente sobre lo que se ignora. El individuo se transforma en ciudadano y deja de contar como hombre. Es, todo lo más, una unidad de puro valor estadístico, que será tomada en cuenta en el recuento de las votaciones. Sólo entonces, en esa hora, en ese minuto decisivo del sufragio, el individuo vale para algo. Pero su vigencia es episódica, eclipsable, fugaz.

Tal es la exaltación política del hombre, nacida al calor de la doctrina rusoniana. Pero hay también el lado opuesto, negativo, de la desvalorización del individuo ante la colectividad. Es la soberanía de las masas de que hablaba Ortega. El individuo se ha disuelto en el Estado, que, como un poderoso Levihatán, se traga al hombre, sus derechos, su libertad y casi su alma. El péndulo llega aquí, por el extremo opuesto al individualismo rusoniano, a su límite máximo. El hombre contra el Estado o el Estado contra el hombre. He aquí la eterna canción de los pueblos y de la Historia.

¿Qué perspectiva se dibuja en este complejo y entretendido mundo de ideas y ambiciones como expresión de la misión del hombre en este siglo y en esta hora de la segunda postguerra universal?

Asistimos hoy en Europa a un momento fugitivo, casi inaprehensible de la historia del mundo, que cruza ante nosotros escapadamente, como discurren ante la mirada atónita del campesino las aguas irreversibles de una torrentera.

Europa, que se juzga vértice del mundo, no ha pensado que toda su gloria pudiera ser como un leve episodio, difuminado y perdido en la sucesión arrolladora de los siglos. Y cuando alguien, como Spengler, se ha atrevido a afirmarlo así, la condenación y el anatema científico no se han hecho, ciertamente, esperar.

¿Está el hombre del siglo xx, el hombre de Europa, en un ámbito definitivo, sobre un paisaje espiritual incommovible, en un límite imperecedero sobre el que pueda laborarse con fe o donde el futuro dé al individuo la confianza indispensable para lanzarse a una empresa humana de ilusiones, de trabajos y de esperanzas?

Tal es la interrogante de nuestro tiempo. La gran incógnita que se ofrece cara a cara, limpiamente, ante el futuro de una generación.

Hay un sentimiento de crisis y, a la vez, el acuciamiento de un afán de unidad espiritual. La confianza en la superioridad innata de la civilización occidental y en su derecho de dominar al mundo, está a punto de perderse definitivamente. Con razón dice proféticamente Christopher Dawson (1) que hoy nos hacemos cargo de las reclamaciones de los pueblos y culturas sometidas, y sentimos la necesidad tanto de una protección frente a las fuerzas rebeldes del mundo oriental cuanto de un contacto más estrecho con sus tradiciones espirituales. Cómo satisfacer esas necesidades, e incluso saber si es hacedero hacerlas frente, es cosa que al presente únicamente cabe resolver por conjeturas. Pero no debe olvidarse que la unidad de nuestra civilización no se apoya solamente sobre bases seculares y sobre los adelantos materiales de los cuatro últimos siglos. Hay en el mundo europeo tradiciones más profundas, y debemos ahondar debajo del humanismo y de los triunfos superficiales de la civilización moderna si queremos descubrir las fuerzas cardinales, al par sociales y espirituales, que contribuyeron a forjar Europa.

Esta es la voz de alerta. Tras ese temor, vagamente formulado, hay esta dramática realidad. La de que Europa se nos va, se escapa de nuestras manos. No Europa como unidad geográfica, sino como expresión de una realidad civilizadora que pudo un día saltar por encima de nuevos mares a continentes inesperados, sin contar acaso que debía haber preparado, con reservas excepcionales, su espiritual viaje de regreso.

Con minúsculo caudal de ambiciones y de ideales, decía Ortega en el año 1910 que España era una posibilidad europea. Sólo mirando desde Europa—decía—es posible España. Pero ahora lo cierto es que sólo mirando desde España es posible el mundo. Porque para España el mundo, o se piensa a la española, o no es nada. Lo mismo que el honor, la hidalguía y la caballerosidad son virtudes

---

(1) CRISTOPHER DAWSON: *Los orígenes de Europa*.—Ediciones Pegaso. Madrid, 1945. Pág. 316.

que un español sólo puede imaginar españolamente. Y esto no por orgullo de pueblo elegido, sino con responsabilidad secular de experiencia ganada; de dolor y experiencia ganados a costa de sangre, como la madre conquista la gloria de la maternidad con el precio del sufrimiento. España tiene derecho a ser y a pensar así.

Por eso hoy, en esta hora de crisis universal, el hombre español debe—con más dramática responsabilidad que nunca—plantearse el problema de su destino.

El meridiano de la cultura ha corrido en el transcurso de veinte centurias de Oriente a Occidente. Las posibilidades de la técnica han hecho para el hombre pequeña la Tierra, y la idea del espacio geográfico ha sido superada por el desarrollo de la máquina y el imperio de la velocidad.

La profundidad de la crisis contemporánea afecta a la misión del hombre señorial. Sobre este paisaje milenario de Europa ha imperado, durante siglos cargados de historia, una casta humana que dió a la vida de sus pueblos el espíritu de señorío que el compás del tiempo aseguraba. Más aún: de esa áurea paz de las pasadas centurias, el espíritu del hombre podía volar remontándose a empresas admirables y fantásticas que entonces pudieran pensarse producto de su alma soñadora. El hombre de Occidente parecía destinado a conquistar y aprovechar nuevos territorios en el globo. Como dice Weber, estaba acostumbrado a encontrar su sitio en cualquier lugar, en cualquier parte nueva del mundo antes desconocida, a manera de un caminante o peregrino que cada día descubre un horizonte insospechado. El osar y atreverse a estas empresas resultaba para él tarea natural a su arrolladora condición humana. La empresa o la aventura podían entonces hallarse en el plano de la ambición personal o en el de la consagración de la vida en favor de la comunidad, que es como decir la culminación del heroísmo.

Pero el hombre del siglo xx, después de haberse apoderado de la tierra, choca en este mundo, que antes fué señorial y que ahora es teatro de egoísmos; choca—digo—consigo mismo, como si viese rechazado, arrojado hacia atrás sobre su propia historia en un mundo que ya aparece, por reducido y acotado, como incapaz para



las antiguas empresas o aventuras; en un mundo en el que ya no puede sentirse caminante hacia soñadas lejanías, y en el que su ingenua naturaleza expansiva y soñadora de los tiempos pasados se encuentra en esta hora de hoy con la angustia de su propio aniquilamiento.

Quizá ésta y no otra sea la explicación de esta guerra dramática que el mundo acaba de terminar y de ese espíritu de rebeldía interior que alienta en la conciencia suburbana de las naciones.

Hay que devolver, por eso, a los pueblos su viejo espíritu de aventura. Los hombres necesitan caminos abiertos a su afán de dominación. No encontrar derroteros inexplorados por donde pueda perderse la insaciable visión del alma es como cortar las alas del águila. Sólo así es explicable la incorporación del individuo a ese estadio de amargura y de insaciabilidad que hace del mundo contemporáneo un escenario de descontento y de inquietud, donde parece que nada tiene finalidad o destino.

Frente a ese espectáculo hay que despertar el heroísmo de clase y poner otra vez en actividad las funciones señoriales del hombre antiguo, para ofrecer combate a ese transmundo de la angustia, la nada o el vacío, que ensombrece la hora actual y pone al hombre al borde del pesimismo o la desilusión.

La falta de menesteres esenciales, la carencia absoluta de un quehacer trascendente para el hombre, puede significar el comienzo de una decrepitud moral, frente a la que este siglo tendrá que alzarse valerosamente.

Surge así como problema insoslayable en la panorámica, cruda y realista de la Historia, la inseguridad del destino de este dolorido y heroico Occidente europeo. El camino de la cultura proyectado, acaso temerariamente, por España hacia otro lado del Atlántico, sigue su curso inexorable, y ya de norte a sur del Continente americano se traza la línea del gran meridiano que desplaza hacia un auténtico «Occidente mundial» a la casta humana que hace y preside la Historia.

Sólo a dos países, coronados de gloria histórica en el escenario de la antigua Europa, corresponde el honor de mantener en pie

una misión espiritual, proyectada hacia ese mundo occidental, que destaca, con impulso y pujanza inusitados, al otro lado del Atlántico. Gran Bretaña conserva legítima la paternidad de los primeros tripulantes del *May Flower*. Y España, hoy más que nunca, más vigilante de su sino que nunca, sabe que ella es la gran reserva dejada en retaguardia por los que, a bordo de las tres carabelas, se lanzaron a la empresa heroica de la colonización. Hasta el recuento de las razas de color, en auge cada día, no puede asustarnos. Antes, acaso el destino del hombre español se dibujase, en su afán expansivo, como una línea trazada desde esta trinchera celtibérica, paralelamente a la redonda superficie de la tierra. Hoy, las fuerzas vitales de nuestra Patria habrán de utilizarse en un sentido de elevación o en un sentido de profundidad, en lugar de proyectarlas en un sentido de latitud, por el orbe terráqueo. Y a esa nueva orientación de altura de estas fuerzas vitales hay que darle el sentido de superación o de trascendencia espiritual de la vida que exige el momento presente. Se trata de un ensanchamiento de las posibilidades de inteligencia, de convivencia y de comprensión entre los hombres. Es una nueva aventura, pero no hacia el otro lado del mar. Es la aventura hacia lo absoluto, en la que el hombre trata de conquistar una nueva forma que dé valor y sentido a su vida vacía. La libertad y la espontaneidad del individuo pueden ser el cauce de esos estímulos vitales.

El hombre del siglo xx, de la generación que ha contemplado la lección histórica de esta guerra mundial, no es el hombre cuya incógnita apenas entrevé Alexis Carrel, ni tampoco el de la moderna antropología filosófica de Linton. Es, acaso, más bien, el heredero directo de aquel tipo tradicional, señorial y heroico, que hizo posible la España del siglo xvi, y que hoy sería, con frase de García Morente, el arquetipo del caballero cristiano.

La angustia del mundo está planteada, y en ella, el hombre de nuestro siglo ha de jugar su papel. No quiere ello decir que se ha de exigir a todos su participación en la lucha directa como soldados de una trinchera para hacer frente al enemigo común.

Sin embargo, tras de los acontecimientos reales, actúan fuerzas invisibles, factores ideales, que sólo con las armas del pensamiento se pueden combatir. La inteligencia humana busca, afanosamente, el contacto con la realidad y su puesto en la lucha para servir a la vida del hombre y la civilización. Ella comprende la urgencia de constituir un frente ideológico que se oponga a todos aquellos errores que minan las bases mismas de la existencia humana. La tesis que yace en el fondo de estas palabras es que los acontecimientos exteriores de la vida no hacen sino reflejar la idea que el hombre tiene de sí mismo, la conciencia o la ceguera, ante su verdadero destino. La Historia será grande o mezquina, según sea la estimación que tenga el hombre de sus propios actos. No es el hombre un mero producto de la Historia, arrastrado como un cuerpo en la corriente de su devenir. La Historia es una creación humana, donde el hombre refleja su fuerza o su debilidad, su heroísmo o su pequeñez, su grandeza o su terrible miseria. El hombre, y nadie más, es el responsable de la Historia. Piénselo así, con angustia de su responsabilidad, el hombre español, a quien un día se le pedirá cuentas de haber servido a la ruina, o a la gloria, de su Patria.

PEDRO ROCAMORA.

# LA POESIA DE DYLAN THOMAS

Por ROY CAMPBELL

El poeta galés Dylan Thomas es una de las principales figuras de la poesía moderna inglesa. El autor de este artículo es también un poeta famoso, tanto por sus propias obras como por sus traducciones de García Lorca.

**D**YLAN Thomas es el mayor «mago de la palabra» de todos los poetas contemporáneos que escriben en inglés. Es natural pensar en Rimbaud como el paralelo más próximo, como el poeta que electrifica las palabras y que, combinándolas con maestría, les intensifica tanto su significado como su sonoridad por medio de una intuición casi primitiva, aunque de base científica. En una época de dudas y de experimentación furtiva, Dylan Thomas consigue una finalidad absoluta de lenguaje que desconcierta al análisis. No solamente escribe con una seguridad consciente que casi hipnotiza, sino que es crítico de peso, y cuando lee en voz alta es tan impresionante, que fascina la audiencia con su cálida palabra.

Y esto no se debe a arrogancia, ya que Thomas no es arrogante, y, por el contrario, está siempre dispuesto a reírse de sí mismo; se debe a una forma particular de entusiasmo que resulta infeccioso, que él desea y consigue compartir con todo el mundo.

He mencionado este don de la lectura porque, en realidad, es inseparable del otro don de Dylan Thomas: el de *escribir* poesía. Piensa en términos de la palabra hablada, pero dispone también

del sentido de la palabra y de la estrofa escritas. Esta combinación sirve para darle a sus expresiones una rotundidad satisfactoria en extremo, siendo casi posible pesar sus palabras en la mano. Aun cuando no podemos explicar el proceso por el que desarrolla esta solidez de volumen y peso, sí podemos señalar algunos de los factores psicológicos que han contribuido a darle seguridad en sí mismo, sin la cual nadie podría, ni soñar siquiera, intentar armonizar tales antagonismos de sonido y significado en un todo en equilibrio.

Para comprender esta seguridad de Dylan Thomas en sí mismo en una época de diletantismo, es preciso saber algo de la historia de los galeses o antiguos británicos, primeros pobladores de Inglaterra. Eran una raza de bardos y héroes, a quienes las sucesivas invasiones de los romanos, los sajones y los daneses empujaron hasta las montañas del Oeste, donde han conservado hasta los tiempos modernos su lenguaje, heroísmo y muchas de sus costumbres druídicas. En el ejército británico hay un regimiento, el South Wales Borderers, que se ha cubierto de gloria en cuantas acciones ha tomado parte, y cuyos soldados provienen, precisamente, del distrito de Dylan Thomas, esto es, del distrito minero del Sur de Gales, donde las características raciales han sobrevivido a la más intensa industrialización.

Los poetas y trovadores desempeñaron un importantísimo papel en la historia del pueblo galés desde las épocas más remotas hasta las de sus más recientes luchas por la libertad. Tanto es así, que en tiempos relativamente modernos, el Rey Eduardo I de Inglaterra (1272-1307) tuvo que poner precio a la cabeza de los trovadores galeses durante la época de la subyugación de Gales a Inglaterra, lo cual, aunque elocuente tributo a la influencia de los poetas galeses en el renacimiento de las virtudes heroicas de la raza, dió como resultado la persecución ensañada de los bardos de Gales.

Sin embargo, no solamente han preservado hasta nuestros días su veneración por las artes, la poesía y la música, sino que aún marcadamente por los creadores de las mismas; se les considera como miembros de un sacerdocio consagrado. y, por consiguiente,

míran la vocación artística o poética con dignidad y orgullo. En la actualidad, los galeses celebran concursos bárdicos en su propio y antiguo idioma, no como una supervivencia histórica, sino como acontecimiento normal del pueblo. Puede ser que la poesía del pueblo haya mostrado la tendencia a hacerse provinciana y quizá demasiado académica; pero el poeta galés tiene confianza en sí mismo; al contrario del caso general en sus colegas ingleses contemporáneos.

Por eso, cuando Dylan Thomas comenzó a escribir en inglés en lugar de en su idioma nativo, no encontró el handicap de sentirse cohibido (circunstancia que aún tanto entorpece a los poetas ingleses), sino que, al contrario, comenzó su carrera poética firmemente convencido de que habría de desempeñar una alta y sagrada misión, con lo cual, no solamente conquistó las audiencias inglesas con su confianza, sino que pudo aventurarse a alturas que otros no hubieran intentado, bien por falta de confianza o por temor al ridículo.

Otra de las grandes ventajas de que goza Dylan Thomas es que pertenece al pueblo. Su padre era maestro de escuela en un pueblecito minero, por cuya razón Dylan siempre estuvo en contacto con la clase trabajadora, esto es, con la que trabaja más arduamente, con la que sufre más y con la que canta más y ríe con más ganas, con la clase que vive la más intensa de las vidas, en pocas palabras. No tiene ni el acento meloso ni la apariencia espuria, que podrían actuar como barrera entre él y los más humildes seres humanos: puede beber, reír y sentir con ellos.

Uno de los mejores poemas del siglo xx es su elegía *A la muerte de Ana Jones*, una vieja sirvienta. Pocas veces se ha conseguido, con anterioridad, juntar la tragedia, los rasgos conmovedores y el humorismo de forma tan concentrada y complementándose mutuamente en lugar de quitándose mérito.

Sin embargo, el mejor trabajo de Dylan Thomas es el libro llamado *Deaths and Entrances* («Muertes y Arrebatos»). Como toda la poesía verdaderamente buena, este libro es intraducible, y tiene que leerse en inglés. Cada línea parece contar con una fuerza volcá-

nica y explosiva, al mismo tiempo que las imágenes que crea parecen reflejarse unas a las otras de tal forma, que parece como si se multiplicaran hasta el infinito, aunque sin perder claridad por ello. Por esto, es posible leer sus poemas muchas veces y experimentar nuevas sensaciones cada vez que se leen; tal es la riqueza de su belleza y vitalidad.

Pero mientras que Rimbaud, con quien comparé al principio a Dylan Thomas, puede llegar a ser pura maraña a causa de su propia teoría de «desarreglar» los sentidos, Thomas no tiene nada de exótico ni perverso en su carácter. En fuerza y evolución se asemeja a una de esas forestas europeas, llenas de savia y energía, pero con caminos que han abierto en ellas incontables generaciones de seres humanos, todos los cuales conducen a un destino real, a partir de una salida verdadera, más bien que a una foresta atravesada por los caminos que se abren las bestias salvajes. El profundo sentimiento cristiano de los galeses es parcialmente responsable de esto, y el sentido de equilibrio de Thomas mismo, responsable del resto. Como ser humano, puede sufrir, como la mayoría de nosotros, las debilidades del hombre; pero dondequiera que sea su conciencia creativa la que nos conduzca, siempre será en dirección recta hacia la Caridad, de la cual la Fe y la Esperanza son meramente virtudes tributarias.





L A O B R A

D E L

E S P I R I T U



# EL DOCTOR CORDEIRO RAMOS, *en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas*

**E**N el Salón de Actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas se celebró en los primeros días de mayo la conferencia del profesor doctor Gustavo Cordeiro Ramos, Presidente del Instituto para Alta Cultura, de Portugal, que disertó sobre el tema «Relaciones culturales lusoespañolas».

Presidió el acto el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, a quien acompañaban en el estrado el excelentísimo señor Embajador de Portugal, doctor Carneiro Pacheco; don José García Siñériz, Vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y el doctor don José María Albareda, Secretario general del mismo.

Comenzó el acto con unas palabras del Ministro de Educación Nacional, que a continuación recogemos:

## **PALABRAS DEL MINISTRO DE EDUCACION**

«Una vez más el Consejo Superior de Investigaciones Científicas me depara la singular ocasión de poder expresar con todo fervor la emoción del que ama entrañablemente al país hermano, el ho-

menaje al mismo en la persona del ilustre Presidente para Alta Cultura.

En el día de hoy, y como Presidente del Consejo, voy a imponer al doctor Gustavo Cordeiro Ramos la Medalla de Honor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Medalla de Honor que, siguiendo la joven tradición del Consejo, se ha discernido con absoluta justicia. Cordeiro Ramos es hoy una personalidad relevante dentro de la cultura, y en él destacan cualidades cívicas del hombre que se entrega a la cultura en todos sus actos; es el profesor Cordeiro Ramos hombre de auténtica vocación docente, que tuvo el arte de empezar como profesor en el Liceo de Evora, donde pasó después al servicio de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa. Pronto su gran inteligencia le dió en Portugal la altura que le correspondía por la profundidad de sus conocimientos, y así, la Academia de Ciencias le abrió sus puertas y no hubo ninguna institución portuguesa que a título de honor o de mérito no le abriera sus puertas, y pronto sus trabajos filosóficos y literarios fueron también llevando su nombre y su fama por todos los principales centros de Europa. La Universidad de Heidelberg, la de Bolonia; la Academia Pontificia, la de Munich y la de Zurich se disputan el honor de que él sea uno de sus principales miembros.

Al profesor Cordeiro Ramos le vemos trabajar en dos campos que están absolutamente dentro de su línea vocacional: la universitaria, la espiritual, la académica; pero faltaba un aspecto, en el que todo interés para la eficacia estaba en que pudieran elegir los destinos de la cultura portuguesa, y así el profesor Cordeiro Ramos es tres veces Ministro de Instrucción Pública y dedica su actividad a los temas culturales; es uno de los Ministros que saben dar una mayor preocupación por los temas espirituales. Llega posteriormente a la Presidencia del Instituto para Alta Cultura, organismo parejo al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Creo que la brevísima biografía hecha por mí del profesor Cordeiro Ramos justifica ante nuestra Presidencia cuán justa, importante y eficaz es su incorporación al Consejo; pero, además, hay

otro aspecto interesante en su vida, y es el de ser un profesor hispanista. El ha tenido también la noble inquietud de los problemas espirituales que inquietan a España; él sabe que nuestros dos pueblos deben cultivar con antiguo vigor la preocupación de su conocimiento recíproco, de una eficacia en nuestra común tarea, que se vuelca en los conocimientos universales de la cultura. Por eso viene a España reiteradas veces, y un día en la Facultad nos dió una magnífica conferencia. Hoy, ante vosotros, dirá algo que es tema profundísimo, elegido; hará por sí mismo la apología de lo que este trabajo significa.

Hoy, al imponeros la Medalla de Consejero de Honor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organismo en el que he puesto los grandes ideales de mi vida, yo os pido que llevéis al Jefe de vuestro Estado, al Jefe del Gobierno, al Ministro de Educación Nacional, el homenaje fervoroso de la España actual, que conoce el esfuerzo de la política portuguesa, que tiene como soporte fundamental el renacer de los valores espirituales, que trata que nadie le arrebate lo que pertenece a la tradición cultural de un mundo que, si quiere salvarse, tendrá que volverse hacia él, en el que se unen los dos pueblos hermanos.»

Acto seguido, el señor Ibáñez Martín impuso al profesor Cordeiro Ramos la Medalla de Consejero de Honor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas entre los fervorosos aplausos de la concurrencia.

#### *CONFERENCIA DEL DOCTOR CORDEIRO RAMOS*

SEÑOR MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL; SEÑOR EMBAJADOR;  
DOCTOS CONSEJEROS; SEÑORES:

Una vez más me encuentro, y con un motivo gratisimo a mi espíritu, en estas hospitalarias tierras, en Madrid, bella y noble ciudad, que en tiempos pasados mereció ya, y con grandes y hermosas razones, ser llamada Metrópoli del Universo; en Madrid, donde los

portugueses son siempre acogidos con simpatía y afecto, con aire fraterno de hombres unidos por los indisolubles lazos de la sangre y de la fe, con conciencia plena de la noble y común misión que hemos realizado en pro de la Humanidad en el correr de los siglos, en que nos distinguimos por el heroísmo y por el genio que la Historia no puede negar. Hechos todos ellos que imprimen una fisonomía propia, indestructible, o, mejor aún, dicho con palabras de Ortega y Gasset, el gran filósofo contemporáneo, con una misma arquitectura y plano psicológico.

Podemos ambos, españoles y portugueses, rememorar con orgullo que en la época de los descubrimientos y conquistas fuimos, a juicio de autores imparciales, los formadores del espíritu europeo en su forma característica, heredero de las tradiciones grecorromanas, hispanoárabes, modelado por los principios de la ética cristiana.

Autónomas e independientes, las dos gloriosas Patrias caminaron por vías paralelas.

En su dualidad política, fecunda para la una y la otra, la civilización peninsular se afirmó por una acción homogénea.

Después se fué olvidando esa confraternidad hispanolusitana, que ya se manifestaba en el siglo XIII, cuando el galaicoportugués, por su flexibilidad, se convirtió en el instrumento admirable del lirismo trovadoresco, en el idioma gracioso en que el sabio Rey Alfonso, oráculo de los de España y de toda Europa, como le llama el historiógrafo alcobacense Fray Francisco Brandão, compuso sus cantigas y serranillas. También era en portugués, en tiempos de Enrique III—observa Argote de Molina—, como *«todas las coplas se hacían comúnmente»*, dándose más tarde el fenómeno inverso, cuando muchos de nuestros mejores ingenios utilizaban con la misma pericia la lengua castellana y el habla nacional, ilustrando de tal suerte con igual esplendor las dos literaturas, con lo que chocaba el patriotismo de Antonio Ferreira en la famosa carta a Pedro de Andrade Caminha solicitando que deje de escribir en castellano :

«*Esses teus doces versos, com que ergueste  
Teu claro nome tanto, e que inda erguer  
Mais se verá, a estranha gente os deste.  
Porque o que com que podias nobreecer  
Tua terra e tua língua, lho roubaste  
Por ires outra língua enriquecer.*»

No hería esto la sensibilidad de los poetas del *Cancionero Geral*, de García de Resende, de entre los cuales destacaré al amigo de Gomes Manrique que también sabía escribir en portugués (1), Alvaro de Brito, que en dos de sus composiciones, una en español y otra en portugués, dirigió sus encomios a los Reyes Fernando e Isabel la Católica (2); ni la de Gil Vicente, o la de Camoens el «Divino», como le llama Lope de Vega, el épico de *Los Lusíadas*, de superior valía a la *Eneida* y a la *Iliada* (3), al decir del mismo Lope; «Tesoro del Luso», en la definición lapidaria de Cervantes; ni a la de tantos más que sufrieron la influencia directa de la literatura española, como don Francisco Manuel de Melo, para citar solamente al más ilustre, cuya intimidad con el «dulcísimo Quebedo» (4), uno de los interlocutores de los *Apologos Dialogais*—los dos mayores ingenios de la Península, a juicio de Menéndez y Pelayo (5)—, vale por símbolo de franca amistad y de fructífera colaboración cultural, en buena hora rejuvenecida (6).

Y no podemos olvidar cuando la mejor juventud portuguesa corría presurosa a las famosas en el mundo todas Universidades de Salamanca y Alcalá, en cuyas cátedras dieron su enseñanza algunos de nuestros más insignes maestros, como así otros tantos españoles ilustres dieron prestigio a las Universidades portuguesas de Coímbra y Evora, también famosas en la Europa de entonces.

Dejamos caer en olvido las múltiples manifestaciones de la afinidad de temperamento de los dos pueblos, del alma común peninsular, aun cuando en uno predominaba el aspecto lírico y en el otro la faceta dramática, y sobre las cuales ahora deseo enfocar el interés y el cariño que los temas portugueses despertaron en los más famosos escritores castellanos.

Y así, Góngora, al expresar en su *Canción heroica*, que acompaña a la traducción de *Los Lusíadas* al castellano por Luis Gómez Tapia, su admiración por el poema camoneano, «con su ritmo anagógico, amoroso cántico y espíritu poético», rindiendo entusiástico homenaje «a la fuerza indómita del Pacheco diestrísimo, al Albuquerque magnánimo y solícito capitán integérrimo, a la venganza honrada, a la valerosa espada de Almeida talando a los árabes sus muros y edificios :

.....  
«Cuanta pechos heroicos  
Te dan fama, clarifica,  
¡Oh, Lusitania!, por la tierra cálida;  
Tanta versos estoicos  
Te dan gloria mirífica  
Celebrando tu nombre y fuerza válida...» (7).

En Fernando de Herrera, al llorar en doloridos versos las ruinas de la desventurada Lusitania, el aniquilamiento en un solo día de tanto heroico valor, la caída estruendosa de cual otro «famoso cedro del Líbano, a ninguno igualado en excelsa alteza», cuya lira, en la expresión de José Marchena en el prólogo a sus *Lecciones de Filosofía moral*, «lamentando la muerte prematura del Rey Don Sebastián, los pendones de Lusitania envueltos y derribados, sus legiones desbaratadas, caído y desmoronado su antiguo poder, resonaba en tono tan menos doliente que el del arpa que acompañó a los lamentos de Judá, que, sentado triste a orillas del Rey de Babilonia, recuerda las queridas ondas del patrio Jordán, huérfano de sus hijos; el templo de Jehová, yermo de víctimas, de pueblo y sacerdotes; el alcázar de Sión, sin guardas; Jerusalén, viuda de sus moradores» (8).

En Cervantes—tan buen conocedor y admirador de Camoens y de Gil Vicente como Góngora, Lope de Vega, Calderón de la Barca y Lope de Rueda (9)—, el cual, en el *Viaje al Parnaso*, menciona a Lusitania como fuente de inspiración de los poetas, y entre éstos no olvida a Rodrigues Lobo, a Fernando Correia de Lacerda (10),



y también exaltando en otro pasaje al doctor Francisco Sánchez (11), «de honestidad y de valor vestido», también éste nombrado por Lope en la Silva VII del *Laurel de Apolo*, cantando versos divinos en la sagrada lira del Rey Profeta en la cumbre santa del celestial Parnaso (12).

Una vez más Cervantes, refiriéndose a los portugueses en una de las *Novelas Ejemplares*, en *La Tía Fingida*, comenta graciosamente: «El amor vive en ellos envuelto en lacería», y en los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, que «era casi costumbre morirse de amores los portugueses», donde figura el episodio del

.....  
*Caballero Portugués,  
Que A No Ser Portugués Aún Fuera Vivo.  
No Murió A Las Manos  
De Ningún Castellano,  
Sino A Las De Amor, Que Todo Lo Puede...* (13);

conforme reza su epitafio, escrito «con el habitual primor de los epitafios portugueses»; el relato tan conmovedor, lleno de intensidad dramática, en que se mueve el soplo de la tragedia del enamorado Manuel de Sousa Coutinho y de la hermosa Leonor, su novia, «bella como la casta Diana de los bosques», que renuncia, en el momento mismo de los esponsales, en la iglesia de la Madre de Dios, al amor terreno para desposar a Jesucristo, Dios y Hombre verdadero (14). (Seguramente es esta alusión, muy velada a la separación, para profesar del futuro Fray Luis de Sousa, que, con Cervantes, estuvo en Argel, cautivo de los moros, y de su mujer, doña Magdalena de Villena.)

Exalta también el Príncipe de los Ingenios a Lisboa «con sus ricos templos, donde Dios es adorado y servido con la pompa de las ceremonias católicas y la caridad cristiana alcanza su auge; las enfermedades son combatidas en numerosos hospitales, y los que no salvan la vida ganan el cielo por la eficacia de infinitas indulgencias; sus moradores son afables, liberales y galanteadores; las mujeres, hermosas; el amor y la honestidad se dan la mano y pasean

juntos; la cortesía no permite que se llegue a la arrogancia, y la bravura no consiente que se acerque la cobardía; Lisboa, la mayor ciudad de la Europa y de mayor trato, pues aquí se descargan todas las riquezas del Oriente, para repartirse por el Universo, con su puerto cuajado de navíos, verdaderas florestas ambulantes; tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo» (15), presentando, como prototipo de la hospitalidad y grandeza de ánimo, a una señora portuguesa que recogió en su casa a un español, a quien dió asilo, sin saber que él acababa de herir de muerte a su hijo, don Duarte, en riña, en una de las calles de Lisboa, y le proporciona la fuga, de antemano prometida, pues la palabra debe prevalecer sobre la venganza (16); y en el prólogo del *Quijote*, a propósito del río Tajo, de venturosas y cristalinas aguas, como se expresa en algún pasaje, rey de los reyes, venerable Tajo, en el loor de Lope, dice que «... muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tienen las arenas de oro».

En Lope de Vega, discípulo de Joao Baptista Lavanha, natural de Lisboa, cosmógrafo mayor y cronista mayor del Reino (17); amigo del doctor Manuel de Galhegos, socio de la Academia de los Generosos, autor de la *Gigantomachia* (1628), muy apreciada por el poeta español (18); de la intimidad de Faria e Sousa, al que glorifica con sus calificativos más encomiásticos: «Dulce pluma y docta mano...—De las letras, sol;—Demóstenes español,—Y Séneca lusitano» (19); a quien dedica la comedia *El marido más firme*; al festejar en *El Brasil restituído* la conquista del Brasil a los holandeses, el 26 de abril de 1625, distribuyendo por igual alabanzas a portugueses y castellanos, «... dos fuertes naciones que la emulación de sus glorias hace parecer contrarias»:

*Porque fuera Lusitania  
Unica, a no haber Castilla,  
Por las letras y las armas,  
Y si Portugal no hubiera,  
Castilla, por Fénix rara,  
Se celebrara en el mundo* (21).

Al enaltecer el modo sentimental, el «dulce amor portugués, tan tierno», a que alude en *La portuguesa y dicha del forastero*, donde, anótese de paso, la protagonista, Celia, en uno de sus decires, se expresa en lengua portuguesa (22), lo cual, por cierto, no constituye caso aislado, pues también introduce canciones portuguesas en el auto *El misacantano* y en el entremés *La hechicera*, en el que la bruja Sempronia, con sus artes, hace creer a Gálvez que había sido transportado a Lisboa, «gran ciudad famosa», a donde había huído su amante con un alferez (23). [Con cierta razón los castellanos nos dirigían los epítetos, más chistosos que injuriosos, de «llorones» derretidos y azucarados (24)]

Al cantar entusiásticamente las bellezas de Lisboa, octava maravilla, plena de alegría, grandeza y riqueza, «ciudad que en España tan justamente se loa», calificándola, en la Silva III del *Laurel de Apolo*, «de la más ilustre de las tierras ibéricas, alma del mundo y vida de los hombres, a la cual el mar trae todo lo que pide y desea, cuyas gentes belicosas pasaron más allá de la Taprobana con impulso divino y fuerza humana, sujetando con su mano poderosa a los etíopes, rudos y bronceados..., no habiendo estorbo que detenga sus naves y sus pechos, más defendidos con el honor que con las armas»; donde evoca en tono plañidero el «teatro infausto» del naufragio de los Sepúlvedas, de Manuel de Sousa y de la hermosísima Leonor, «abrazada con dos niños bellos»; desgracia tamaña que hasta el «mar, arrepentido, llora la lastimable tragedia», y sirvió de tema al famoso poema de Jerónimo Corte-Real sobre el triste suceso, sin duda el más calamitoso e impresionante de nuestra historia trágico-marítima, tan abundante en episodios dramáticos, haciendo desfilar en galería a numerosas personalidades, tales el Arzobispo don Rodrigo da Cunha, que casi se había equiparado en méritos a Fray A. Arrais y don Jerónimo Osorio, el «claro» Luis, Nuno de Mendoça (25), Corte-Real, Jorge de Montemor, Faria e Sousa, Vicente Nogueira, conoedor de «varias lenguas y de ciencias en que la docta erudición consiste» (26); Bernarda Ferreira de Lacerda, la «décima musa lusitana», a quien dirige la égloga *Filis* (27); y otras más borrosas y hoy olvidadas: Francisco de Macedo, de múltiples

dotes, teólogo, filósofo y poeta, con su «retórica dulce y amorosa...», lira latina, culta y grave»; Manuel de Galhegos, el «Lusitano Orfeo», «... que alcanzaran con versos elegantes—Estrellas por laureles tus gigantes»; Cordeiro (28), Antonio Lopes (29), doctor Silveira (30), Antonio Carneiro, «cándido y suave en cisne convertido, dulce y grave» (31); don Fernando da Cunha, el cual siguió a Carlos V en muchas de sus campañas (Silva IV del *Laurel*), encareciendo en el poema *Fiestas de Denia*, en honor de Felipe III, «dos hermosos ojos portugueses de aquella celestial Doña María, honra del apellido Meneses, extremada de hermosura y cortesía» (32).

Y en la *Arcadia* también nombra, con ostensible relieve entre las figuras que deben tener lugar en el templo de la fama, *Inmortalitati Sacrum*, al excelente portugués Camoens, Nuno de Mendoça, el gallardo, el grande, como le llama también Cervantes en el *Viaje del Parnaso*; don Antonio de Ataide (33), Sa de Miranda, igualmente referido en el *Laurel*; Diego Bernardes (34), y en otro paraje de la misma obra, al idealizar en sus túmulos mármóreos la larga teoría de las celebridades más distinguidas de Grecia, Roma y España, en el correr de los tiempos, señala a Anfriso —junto al portugués Viriato, que, «con aquel bastón de roble y las pieles de manchados tigres, con cuya cabeza, hasta la frente, tiene cubierta la suya», tanto se parece a Hércules, que tan gran cuidado dió a Roma y a sus pretores Marco Ventidio y Gneo Planco—; Don Sebastián, en vida rey, en muerte mártir, aprovechando la ocasión para dirigirnos «alabanzas» de las más lisonjeras para nuestro amor propio:

«Aquel de valiente aspecto, mirada bizarra y apacible rostro, es el famoso Don Sebastián, Rey de los portugueses, ilustres por las letras, héroes por las armas, grandes conquistadores de la India y defensores de la fe de Cristo en África» (35).

Que en el soneto *A la muerte de un caballero portugués*, recomendable, como tantas otras de sus producciones, según don Cayetano Rosell, por la «esmerada dicción, locución magnífica y robusta, feliz gradación y profundidad del pensamiento», rinde caluroso homenaje a la memoria del autor de la *Ulissea*, el docto Ga-

briel, que ilustró a Lisboa por el griego edificada, con su pluma divina :

*Mas, ¡ay!, que cuando más enriqueciste  
La patria, que su artífice te llama  
Por la segunda vida que le diste,*

*Ciprés funesto tu laurel enrama,  
Si bien ganaste en lo que más perdiste,  
Pues cuando mueres tú, nace tu fama (36).*

Y en la tragicomedia *El arca de Peralvillo y fama póstuma portuguesa* hace el elogio de Martim Vaz Vilas Boas (37), citando también en la *Filomena*, según todas las probabilidades, la *Eufrosina*, de Ferreira de Vasconcelos, igualmente alabada por Quevedo (38); que en toda su obra dramática deja traslucir su simpatía y veneración por las figuras preeminentes de la sociedad portuguesa :

Don Jaime, el desafortunado e inconsecuente Duque de Braganza, conquistador de Azamor, protagonista de la comedia *El más galán portugués*; el Duque Don Teodosio, a quien dedica el poema, publicado en 1621, con la descripción del parque del Pazo de Vila Viçosa, glorificándolo también en la epístola VIII de la *Filomena* como «príncipe de magnánima esperanza y de los reyes lusitanos gloria»; Don Juan II, cuyas virtudes encarece en el *Príncipe perfecto*, el monarca justiciero, caballeroso, lleno de amor filial, donairoso, de potente fuerza física y moral, avisado propulsor de los descubrimientos, escrito con miras pedagógicas, ejemplo de reyes, «espejo de toda perfección», para instrucción del Marqués de Alcañices, don Alvaro Enrique de Almanza, Montero Mayor de Felipe IV (39); el inquieto Duque de Viseo; Don Sebastián, «más famoso que Alejandro», del cual celebra el coraje entusiásticamente en *La tragedia del Rey Don Sebastián y bautismo del Príncipe de Marruecos*, por otra parte también referida en varios romances del Romancero español; doña Beatriz de Silva, la virtuosa dama de Isabel la Católica, fundadora del monasterio cisterciense de la Concepción de Toledo, más tarde convento de religiosas franciscanas, personaje central de

*El milagro por los celos y excelente portuguesa* (40), donde hace alusiones a la muerte de Doña Inés de Castro —«con pálida color, ardiendo en ira el bravo portugués, portugués en amor; en rigor, Pedro, rey en poder y en venganza, amante el rostro mira»; así se expresa en un soneto de las *Rimas humanas*, tema éste de más de una obra dramática española, como la comedia *Reinar después de morir*, de Luis Vélez de Guevara, también versado en el primitivo romance castellano, anterior al portugués, al entender de Menéndez y Pelayo (41)—; y hay referencias (¡quién lo habría de suponer!) hasta a la legendaria panadera de Aljubarrota, también mencionada en el auto *El misacantano*; en una palabra, la amistad de Lope por los portugueses, sin que pretenda invalidar la afirmación de Adolfo de Castro de que muchos de sus encomios a los poetas del *Laurel de Apolo* sean más irónicos que verdaderos (42), aun cuando se me figure que la exageración del elogio se pueda explicar más por el gusto afectado de la época, por la exuberancia del temperamento de Lope, igualmente impetuoso en la expresión de sus amistades y odios; por lo que hay de hiperbólico en todo cuanto respecta al «Monstruo de la Naturaleza», que por la insinceridad de sentimientos (44), se manifiesta siempre y hasta en circunstancias que parecían menos propicias, como cuando refiere en la *Vega del Parnaso*, en *El huerto deshecho*, su participación en la expedición a las Azores, en 1582, mandada por Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, y en la Invencible Armada :

.....

*Ni mi fortuna muda  
 Ver en tres lustros de mi edad primera,  
 Con la espada desnuda,  
 Al bravo portugués en la Tercera,  
 Ni después, en las naves españolas,  
 Del mar inglés los puertos y las olas* (45).

En «Tirso de Molina» lo encontramos al afirmar, sí, que, a tener patria, la cortesía sería portuguesa (46), describiendo con detalle y

precisión en *El Burlador de Sevilla* —lo que conduce a creer que conocía de cerca, directamente, la capital portuguesa— la ciudad de Lisboa, la mayor de España, con su puerto, donde se reúnen barcos, navíos y carabelas, guardados por las fortalezas de Cascais y San Juan, cuya grandeza en monasterios, iglesias, edificios, calles, solares, resume diez Romas, con los conventos de Belem y de Xabregas, la Misericordia, que tanto la honra; el Castillo, desde donde se ven, a distancia de seis leguas, sesenta lugares, y no mucho más allá del convento de Odivelas, mil ciento treinta fincas, con sus huertas y alamedas; la plaza soberbia, el Rossio, «grande, hermosa y bien dispuesta»; la Calle Nueva, donde el Oriente se ostenta en fausto y magnificencia; ciudad opulenta, con sus embarcaciones cargadas de las más variadas mercancías: pan, aceite, vino y frutos de variada especie, que cuenta con ciento treinta mil habitantes, el gran arsenal.

.....  
*Tiene su gran Tarazona*  
*Diversas naves, y entre ellas,*  
*Las naves de la conquista,*  
*Tan grandes, que de la tierra*  
*Miradas, juzgan los hombres*  
*que tocan en las estrellas... (47).*

En la comedia *Favorecer a todos y ganar a ninguno* también toca la piadosa leyenda de la Beata Beatriz triunfando milagrosamente sobre la pasión amorosa del Rey y los celos de la Reina; y en otra, *Averigüelo Vargas*, a la que debía seguir una segunda parte que no vió la luz, presenta la figura de Don Pedro, el Regente, como modelo de abnegación, desinterés y lealtad para con el «sobrino amado, imagen de la inocencia, segundo Abel, el joven Rey Alfonso V, repudiando el consejo de los nobles para tomar para sí la Corona, pues no sería avisado que el arte de gobernar por experiencia y uso, el arte de las artes, que fuese ejercido por un niño, la nao del Estado se entregase a tan pequeño príncipe (48).

Calderón, en *El Príncipe constante*, rinde el homenaje más ca-

luroso a la abnegación, llevada al sacrificio y al espíritu patriótico del pueblo portugués, simbolizado en la figura heroica y suave del Infante santo —*El lusitano Fernando*, divino Príncipe mártir, constante por la perseverancia de su fe—: «Sol que me alumbra, luz que me guía, laurel que me ilustra» (49).

Garcilaso de la Vega, historiador, moralista, poeta, el Inca Garcilaso, así llamado por ser bisnieto, por línea materna, del último rey del Perú —traductor de los *Diálogos do amor*, de Leao Hebreu, el conocido judío lisbonense—, dedica su obra *Florida del Inca o Historia del Adelantado Hernando de Soto*, publicada en Lisboa en 1606 (también en la misma ciudad vieron la luz en 1609 los *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas*), al Duque Don Teodosio, a quien se dirige, en los más respetuosos términos, recordando las heroicas virtudes y hazañas de sus predecesores y las proezas de armas del famoso reino de Portugal, el afán y trabajo de los guerreros y misioneros en la predicación de los Santos Evangelios entre los infieles (50), lo que, además, se justifica perfectamente, pues también en ese hecho memorable, la conquista de la Florida, tomó parte activa numeroso grupo de nobles alentejanos, especialmente de Elvar, por mero espíritu de aventura caballeresca y sin miras de lucro alguno, porque nunca podríamos aspirar a la posesión de ese territorio.

Como ya hemos dicho anteriormente, algunas de las más bellas composiciones de su homónimo, el excelente Garcilaso de la Vega, fallecido (1536) tres años antes de haber nacido aquél, fueron inspiradas por su pasión, no correspondida, por doña Isabel Freire, la dama portuguesa que acompañó a España a la Infanta Doña Isabel de Portugal cuando ésta se casó con el Emperador Carlos V.

En la muerte de la hermosa dama, también amada y cantada por Sa de Miranda con el nombre de Celia, se hace más bella, más honda, la inspiración de dos de las más sentidas producciones del poeta: la égloga *El dulce lamentar de dos pastores*, en el que figura con el nombre de Elisia, y el soneto *¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!* (51).



La canción *Habiéndose casado su dama*, en el manuscrito de Iriarte tiene este epígrafe: «A Doña Isabel Freyre porque se casó con un hombre fuera de su condición» (52).

\* \* \*

Serían inagotables, señores, los testimonios de la amistad hispanolusa y sus reflejos en la literatura, y si a éstos me limité, fué porque se me figuraron suficientemente demostrativos de la misma y, sobre todo, porque la pléyade de escritores de mérito, nunca superado, que acabo de indicar, en particular los del Siglo de Oro, ofrece el mentís más completo a la llamada leyenda negra, a la leyenda del oscurantismo hispánico, preparada para deslucir la acción civilizadora de España.

«Cuando en otros países se ahogaban todas las manifestaciones artísticas, en nombre de un cristianismo falseado —comenta el profesor suizo A. Ruegg—, en las calumniadas naciones del jesuitismo, de la Inquisición y de la censura, Rey, nobleza y pueblo se complacían en asistir a representaciones donde eran expuestos con libertad los asuntos más diversos y dispares: hechos heroicos, aventuras amorosas, escenas románticas de salteadores, de campesinos clamando justicia, etc. Con la misma independencia, Velázquez, Murillo, Zurbarán y Ribera fijan en sus lienzos los aspectos mundanos de la vida de su tiempo...» (53).

Sin embargo, quiero todavía, remontándome a épocas más lejanas, no olvidar el reflejo cultural de la victoria del Salado en 1348. La noble actitud de Alfonso V abandonando todo el botín concilió, por su heroísmo y desprendimiento, la admiración de los poetas castellanos, que en sus canciones glorifican al Monarca lusitano como prototipo de la valentía, la caballeridad y la justicia (54).

No omitiré tampoco, aunque sea de valor literario más limitado, la *Comedia Trofea*, de Bartolomé Torres Naharro, representada ante León X, y en la cual, a propósito de la Embajada de Tristao da Cunha, la Fama celebra los triunfos del Rey Don Manuel de Por-

tugal, que oscurece el nombre de Tolomeo, pues ganó más tierras que las descritas por el geógrafo famoso (55).

Quizá en la misma embajada pensase Lope al escribir *El Laurel de Apolo* y al relatar que entre los trofeos portugueses de los remotos mares de Oriente figuran «*hyertos rinocerontes, nunca vistos por Roma, que dominó las cuatro partes del orbe*» (56).

Sin hablar del Condestable Don Pedro de Portugal, el efímero Rey de Cataluña, que escribió en castellano y tan íntimamente ligado está a la historia de la literatura española, a quien el Marqués de Santillana dirigió el famoso *Proemio*, aludiré de paso a las bien conocidas y más de una vez citadas relaciones de su padre, el Duque de Coímbra, el Infante de las «Siete Partidas», mencionado por Góngora (57), con el poeta cordobés Juan de Mena, que, en respuesta a unos versos encomiásticos del Infante pidiéndole sus obras y proclamándole el mayor poeta de todos los tiempos, celebra los viajes de Don Pedro a alejadas tierras :

*Nunca fué después, ni ante,  
quien viese los atavíos  
e secretos de Levante,  
sus montes, islas e ríos,  
sus calores e sus fríos,  
como vos, Señor Infante* (58).

Recordaré además que es el portugués Pereira Bayáo (1734) el más antiguo biógrafo del Cid, «el famosísimo héroe, el invencible Ruy Díaz de Vivar», armado caballero en la Mezquita mayor de Coímbra por el Rey Fernando I. Entre los vasallos del héroe figura en el poema del *Mío Cid* Martín de Muñoz, «el que mandó a Monte Mayor», ciudad que gobernó como aguacil y más tarde nombrado por Alfonso VI Conde de Coímbra (59).

Señalaré, por último, que unos y otros, españoles y portugueses, podemos con iguales derechos, aunque por títulos diferentes, disputar el honor de llamar nuestros a Francisco Suárez, Luis de Molina y al piadoso, docto y elocuente provincial de la Orden de Predica-

dores en Portugal, considerado incluso por algunos como el verdadero creador de la castiza prosa castellana, Fray Luis de Granada, de la amistad del Cardenal Don Enrique y de la Reina Doña Catalina, autor, entre tantas obras de edificación religiosa, del *Compendio de Doctrina Christaa* (Lisboa, 1559), escrito en portugués, que sirvió de modelo al catecismo de la *Doutrina Crista* de Fray Bartolomé de los Mártires, a quien indicó para la sede bracarense, después de haberla rehusado insistentemente para él (60).

\* \* \*

Posteriormente, con grave perjuicio para la cultura, nuestras relaciones casi se interrumpieron: éramos dos naciones que se desconocían como si las apartase infranqueable barrera. Sin embargo, hemos abierto ya en ella brecha tan ancha, que podemos volver a encontrarnos, reanudando viejas amistades, nacidas de los más desinteresados ideales de la comunidad de raza, convencidos del papel que el Destino nos señaló en el concierto del orden y la justicia.

Como otrora en el Salado y en las Navas de Tolosa, en la expedición de Carlos V a Túnez, en la que participó el Infante Don Luis (61) con una gran representación de la aristocracia portuguesa—por lo demás, toda nuestra acción en el norte de Africa obedeció al mismo objetivo político-religioso—, animados de ideal colectivo, de conciencia europea, herederos de romanos y godos, adelantados de la cultura latino-cristiana, que, a juicio del ilustre académico italiano Giorgio Pasquali, ha de formar siempre uno de los lazos más resistentes de la unidad de los pueblos europeos, factor primordial de su equilibrio, combatimos codo con codo para liberar Europa de una cultura adventicia, como le llamó Pidal, extraña a la profunda edificación interior del Cristianismo, hoy, por incontrovertible imperativo histórico, corresponde a España y Portugal, celosos de su autonomía indestructible, pero formando una gran unidad moral y espiritual, revalorizar el opulento patrimonio común, inmunizándolo con el buen combate a los venenos que puedan comprometerlo en su vitalidad y sano vigor; asegurar las con-

diciones en riesgo de perderse, en las que y gracias a las cuales—lo dice Valéry, ese mago de la inteligencia, con toda autoridad—, «se ha creado y producido lo que más admiramos y lo que de más admirable se ha hecho» (62).

No perdieron, yo así lo creo, actualidad las palabras que Lope pone en boca del personaje «el Regocijo», del auto sacramental *El Misacantano*, para deshacer las rivalidades entre Portugal y España :

*Aquí no ha de haber exceso,  
sino hermandad y afición:  
Paz de todos se ha de hacer  
Esta Iglesia y comunión,  
Porque esta Misa ha de ser  
Una soberana unión* (63).

Se me ocurren en este momento las consideraciones, tan bellas y juiciosas, de sentido casi profético, de quien ya se escribió, parafraseando, quizá, la frase de Schlegel, de que si Camoens valía por una literatura, ella valía por una Academia, la gran, la inmortal Carolina Michaelis de Vasconcelos :

«La armonía hispánica debe ser el primer paso dado para la *humanización* de los espíritus, de las inteligencias y de los métodos, y sobre todo, de las finalidades a que debemos aspirar, y el regreso a las cualidades viriles de grandeza ancestral» (64).

Aspiración tan alta no se puede tener como un falso devaneo. En efecto, es ese carácter humano su título de inmarcesible gloria; mucho le debe el mundo en el campo de la acción, del pensamiento, de la imaginación creadora y aún más desde el punto de vista moral.

«Cuando la multiplicidad y la violencia de los contrastes alcanzan la tensión máxima —observa Keyserling, si la memoria no me falla, en *El Mundo del Porvenir* (Die neu entstehende Welt)—, desarrolla el tipo ideal del hombre moderno, inscrito ya como postulado de la conciencia universal.»

«Si en los aspectos intelectual y técnico este pensamiento tomó

forma ya, necesario se hace darle sustancia», y ésa —añadiré yo— sólo podrá buscarse en los principios, en las virtudes que iluminaron ininterrumpidamente el panorama de la milenaria cultura ibérica, el amor de Dios y el amor del prójimo (65).

De día en día, los sucesos de este mundo ensangrentado, sin equilibrio ni rumbo, donde se desarrolla el choque de culturas diferentes, gran lucha de la que toda la Humanidad, directa o indirectamente, participa, parecen venir a confirmar el aserto del filósofo de la *Escuela de la Sabiduría*, de Darmstadt, en sus *Meditaciones suramericanas*, de que a la época presente, con el predominio del espíritu mecánico, debe suceder una era ibérica, con la victoria del espíritu de la Humanidad, a no ser que Europa se suicide para siempre en la miseria y degradación por morírsele el coraje para realizar aquel «esfuerzo de penitencia y austeridad necesario para vencer al Destino», según la observación, tan clarividente de Edmundo Jaloux al ocupar, después de la guerra de 1914, el sillón académico del glorioso autor de *El discípulo*.

Sus pronósticos no difieren, en esencia, de los proclamados por Oliveira Martins al afirmar su fe inquebrantable en una «futura España más noble y más ilustre aún de lo que fué la del siglo XVI, ocupando el puesto que le compite en el «orden universal», en la futura organización de las naciones europeas :

«Cuando a través de todas las crisis, en medio de los ambientes más sistemáticamente adversos, observamos que el heroísmo peninsular supo vencer todo con su indomable energía, creemos que el papel de apóstoles de las futuras ideas está reservado a los que fueron apóstoles de la antigua idea católica. La independencia de los caracteres individuales y la nobleza del carácter colectivo dieron y han de dar a España, cuando sus tiempos áureos volvieren, ese aspecto monumental y soberano que la distingue en el mundo.»

«El extranjero puede amarnos u odiarnos; no puede sernos indiferente. España provocó entusiasmos o celos; jamás fué vista con desprecio o ironía» (66).

Permitidme, por último, evocar todavía, por su oportunidad, el llamamiento elocuente e instantáneo de dos de los más señalados y sin-

ceros propugnadores de la aproximación de los pueblos ibéricos, el llorado profesor Ricardo Jorge y el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, de Madrid, el ilustre Marqués de Selva Alegre, don Eloy Bullón :

«¡Trabajadores espirituales de todas las Españas, uníos y acercad las cabezas si queréis romper la negrura que os cerca y conjurar el peligro que os amenaza!» (67).

«... En aquella gran conflagración con que amaneció el siglo XIX, supimos, juntos, defender nuestra independencia. ¡Que esta gran convulsión que agita al mundo..., en el siglo XX nos sirva de saludable advertencia para fortalecernos, para corregir seculares equívocos, para reconstituirmos en todos los campos, a fin de que en el día... en que las naciones vuelvan con nuevo vigor a las fecundas tareas de la paz, podamos, invulnerables en nuestros derechos y llenos de fe en el porvenir, ir en vanguardia de los pueblos más adelantados, trabajando con ellos y más que todos ellos por los altos ideales de la Justicia, de la Ciencia y del Arte, del bienestar entre los hombres...» (68).

He aquí, doctos colegas, a mi entender, una de las tareas, y no la de menor importancia, que está desempeñando gallardamente el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España —título por sí solo de inmortal fama para un régimen, una nación y muy particularmente para su eminente Presidente y creador, el excelentísimo señor don José Ibáñez Martín—, cuyas realizaciones, sin competidor en los países más adelantados, constituyen un hito indestructible de la cultura contemporánea; son mensajeras de una civilización que da vida y no destruye, específicamente peninsular, pero también ecuménica, universal, porque es esencialmente humana; fuente perenne de sentimientos nobles y no de ideas mezquinas o acciones viles, de progreso y no de retroceso, centro de información clara, donde no tengan guarida las ideas pervertidas, los malos libros, pues esos, según la expresión aurifulgente del llorado P. Gonzaga Cabral, sólo amontonan ruinas e iniquidades, que, como mancha grasienta, se derraman en el papel con algunas gotas de tinta venenosa; muestrario de la pujante actividad espi-

ritual española, en la que, junto a los objetivos de orden intelectual y técnica, no se pierden de vista los fines morales, los ideales éticos, por cuanto que, solamente con ese fundamento estable, la cultura no degenerará en materialismo grosero, sin un raptó, un éxtasis, que permita al hombre alzarse sobre lo restringido, sobre lo finito, que lo libere de su atracción para lo bajo.

De lo contrario, la ciencia, en vez de proporcionar a la persona humana su bienestar material y moral, acaba por hacerla retroceder, rebajándola a la condición más vil; deja de ser instrumento de cultura para convertirse en su implacable agente destructor.

«La más poderosa organización técnica —advierde Eduardo Spranger— nada vale en sí: la fuerza motriz de la máquina es el alma humana» (69); por eso, del modo que fuere modelada así su acción podrá ser proficua o deletérea.

¿Cómo no ha de ser vivo mi júbilo, cómo no he de sentirme enternecido y profundamente agradecido por el honor insigne que este prestigioso Instituto se dignó conferirme, el mayor que me podría ser otorgado —lugar entre sus pares—, y me vincula a la obligación de intensificar, por medio del organismo que presido, la fraternidad espiritual de las dos Patrias, impuesta por motivos de orden histórico, geográfico y económico; a estrechar los eslabones permanentes de la colaboración hispanolusa, que nos permite marchar, codo con codo, por las sendas luminosas del espíritu, para la defensa ardiente de los valores esenciales a una vida digna de ser vivida?

Al recibir, conmovido, de las generosas manos de V. E., señor Ministro, las insignias de la noble institución por vos fundada y dirigida con ejemplar competencia y devoción, tan evocativa y rica de simbolismo con el hermoso granado que representa el místico «Árbol de la Ciencia», iluminado por la Fe, «nueva glosa filosófica del «Coeli enarrant gloriam Dei», cuyo conjunto impresiona como una catedral gótica de la inteligencia», según la interpretación lapidaria de las Carreras (70), concebida por el genio de Raimundo Lulio, lamento de veras no poseer esa facultad hechicera, ese don magnético del orador, como le llama Bourget, capaz de hacer vi-

brar a todos los que me escuchan, para poder dirigir, de modo correspondiente a la grandeza del acto, la expresión de mi respeto y admiración por tan excelsa compañía, «el órgano supremo de la alta cultura española, investido en la más alta jerarquía de la vida cultural de la nación :

*Vivat, crescat, floreat.*”

## N O T A S

(1) C. MICHAELIS DE VASCONCELOS: «Romances Velhos em Portugal», Coimbra, Imprensa da Universidade, 1934, 263 (nota 5).

(2) J. AMADOR DE LOS RÍOS: *Historia crítica de la Literatura española*, Madrid, 1865, tomo VII, pág. 87 (nota).

(3) «Laurel de Apolo», Silva III, in *Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, 1856, edición Rivadeneyra, vol. XXXVIII, pág. 197.

(4) EDGAR PRESTAGE: «D. Francisco Manuel de Mello», Coimbra, 1914, página 79.

(5) *Ib. ib.*, pág. 19.

(6) Anótese el juicio, siempre autorizado, de doña Carolina Michaelis de Vasconcelos, de que el empleo del castellano se debe, más que como obediencia a intentos de aproximación y unión, al progreso literario y artístico de España, resultante del contacto con los grandes centros de cultura italiana, al paso que en Portugal, después del esplendor literario galaicoportugués, se operó cierto retraimiento, concentración de energías en otro sentido, en el de la preparación para las conquistas del norte de Africa y para las empresas marítimas. In «op. cit.», pág. 262.

(7) *Bib. Aut. Esp.*, ed. cit., vol. XXXII, tomo I, pág. 456.

(8) «Op. cit.», págs. 255, 319.

(9) AUBREY BELL: «A Literatura Portuguesa» (*História e Crítica*), Coimbra, 1931, pág. 165.

(10) Poeta famoso entre sus paisanos y por sus versos y hechos en Africa (D. DOMINGO GARCÍA PÉREZ: *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*, Madrid, 1890, pág. 139); CERVANTES: *Obras*, Madrid, 1866, ed. Gaspar y Roig, pág. 518.

(11) «Op. cit.», pág. 513.

(12) El famoso filósofo y médico, nuestro compatriota, cuya nacionalidad sólo hoy está definitivamente averiguada, también era poeta. Es él el autor del *Carmen del cometa* (1578), en verso, donde pone en ridículo la superstición de que la aparición de los cometas presagiaba grandes sucesos. (In. A. MOREIRA DE SA: *Francisco Sanchez, filósofo e matemático*, Lisboa, 1947, vol. I, páginas 498-499.)



No es, sin embargo, a mi entender, al célebre profesor de Toulouse a quien Cervantes y Lope quieren aludir en sus encomios.

Otros escritores con el mismo nombre vivieron en la segunda mitad del siglo XVI y primer cuarto del siglo XVII, distinguiéndose por sus eruditos trabajos:

Francisco Sánchez, monje benedictino de origen portugués, que profesó en Montserrat en 1577, donde murió en 1604, autor de varias obras, entre las cuales figuran *Concordia in Proverbia Salomonis*, *Concordia in Cantica Canticorum*, *Concordia in Psalterium David*, etc. («Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana», Espasa-Calpe, vol. 53, pág. 1.199.)

Francisco Sánchez, conocido por «El Brocense», gramático español (1523-1601), profesor de griego y retórica en la Universidad de Salamanca, autor también de muchos escritos de cierto renombre, publicó, con comentarios, en 1574, una edición de las obras de Garcilaso.

Es al benedictino, sugiero yo, a quien bien puede ser que se dirijan los elogios del *Laurel de Apolo*, y no sé si los del *Viaje al Parnaso*. Al gramático, claramente alude Lope en la Silva III del *Laurel*, llamándole: «El retórico eminente, Mercurio de las ciencias, Sintaxis de sus muchas diferencias...»

(13) CERVANTES: *Obras*, ed. cit., libro III, cap. I, pág. 429.

(14) «Op. cit.», lib. I, cap. X, págs. 361-362.

(15) «Op. cit.», pág. 427.

(16) «Ib.», lib. III, cap. VI, págs. 442-443.

(17) D. CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA: «Nueva biografía», in *Obras de Lope de Vega*, ed. de la Real Academia Española, Madrid, 1890, tomo I, página 27.

(18) E. PRESTAGE: «Op. cit.», pág. 324; A. BELL: «Op. cit.», pág. 343.

(19) TEÓFILO BRAGA: *Os seiscentistas*, Porto, 1916, pág. 409.

(20) C. A. DE LA BARRERA: «Op. cit.», pág. 388.

(21) Apud. MENÉNDEZ Y PELAYO, in *Obras de Lope de Vega*, ed. citada, tomo XIII, pág. XXXI.

(22) *Bibl. Aut. Esp.*, ed. cit., vol. XXXIV, tomo II, pág. 166.

No es Lope el único autor español que inserta en sus obras palabras, frases y versos en portugués. Recordaré a Luis de Góngora en una de sus letrillas burlescas, en un diálogo jocoso entre los interlocutores: un portugués y un castellano; éste afirma que el Hijo de Dios no nació en Belem de Portugal, sino en Belén de Judea, a lo cual replica aquél:

*Deos naceo en Portugal,  
E da mula do portal  
Proceden los machos romos,  
Que tem os frades heromos  
No mosteiro de Belem.*

(«Op. cit.», vol. XXXII, tomo I, pág. 495.)

En el soneto cuatrilingüe del mismo (castellano, latín, toscano y portugués), el último verso de cada cuarteto y terceto está en portugués. («Ib.», pág. 431.)

(23) *Obras de Lope de Vega*, ed. cit., tomo II, págs. 249-253.

(24) In. C. MICHAELIS DE VASCONCELOS, prólogo a RICARDO JORGE: *A intercultura de Portugal e Espanha no passado e no futuro*, Porto, 1921, págs. XXIX-XXXI.

Cfr.: la referencia de Góngora en uno de sus romances (XLVII) al Macías enamorado de que se queja su montura, el rocinante portugués fatigado con las correrías de su dueño, importunando el Consejo y el Amor (*Bibl. Aut. Esp.*, volumen XXXII, tomo I, pág. 520).

(25) Primer Conde de Vale de Reis, protector de los hombres de letras y también poeta (D. DOMINGO PÉREZ: «Op. cit.», pág. 379).

(26) Vicente Nogueira fué un distinguido políglota, hablando casi todas las lenguas vivas de Europa; también conocía a fondo el latín, el griego, el caldeo y el árabe. In. D. DOMINGO PÉREZ: «Op. cit.», págs. 424-425.

(27) C. ALBERTO DE LA BARRERA, in *Obras de Lope de Vega*, ed. cit., tomo I, página 488.

(28) Extensa noticia bio-bibliográfica de JACINTO CORDEIRO, autor de varias

comedias famosas, llevadas a escena por autores españoles, nos la da D. GARCÍA PÉREZ en el citado *Catálogo*, págs. 122-137. Cfr.: TEÓFILO BRAGA: «Op. cit.», páginas 584-585.

(29) A este Antonio Lopes se refiere también Lope de Vega en la *Filomena* (Epístola VIII):

*De Antonio López, portugués, la vega  
De su nombre encarece un verde jaspe,  
Que en arte y resplandor los ojos ciega.*

(*Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXVIII, pág. 424.)

(30) MICUEL DA SILVEIRA, antiguo alumno de Coimbra y Salamanca, poeta de vasta erudición e historiador, que acompañó al Duque de Medina Sidonia a Nápoles (D. G. PÉREZ: «Op. cit.», págs. 517-518). Lope lo exalta en la *Filomena* (Epístola VIII):

*La envidia tantos áspides destroza  
A los pies de Silveira Lusitano,  
Cuantos laureles y coronas goza;*

y también en la «Justa poética en la beatificación de San Isidro». (*Bibl. Autores Españoles*, vol. XXXVIII, pág. 242.)

(31) «Laurel de Apolo», Silva VI, in *Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXVIII, página 210.

(32) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXVIII, pág. 466.

(33) D. Antonio de Ataíde es el famoso general de las Armadas del Reino, ilustre en las letras y en las armas, Gobernador de Portugal con el Conde de Vale de Reis, muy de la prianza de Felipe IV, que le concedió el título de Primer Conde de Castro Daire, lo que no obstó para que se asociase con entusiasmo al movimiento de restauración; Capitán-Mayor de una armada a la India en 1611, de donde regresó en 1612 y organizó o mandó organizar una colección de rutas en el primer cuarto de siglo del XVII. Escribió, según parece, la *Historia de D. Paulo de Lima*, manuscrito existente en la Biblioteca de Evora. (V. FONTOURA DE COSTA: *Marinharia dos Descobrimentos*, Lisboa, 1933, páginas 324-367; FRAZAO DE VASCONCELOS: *Pilotos das Navegações Portuguesas dos Seculos XVI e XVII*, Lisboa, MCMXLII, págs. 24-25; INOCENCIO FRANCISCO DA SILVA: *Diccionario Bibliográfico Português*. Lisboa, 1858, pág. 91.)

(34) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXVIII, pág. 130.

(35) «Op. cit.», págs. 86-87.

(36) «Ib.», págs. XV-396.

(37) C. ALBERTO DE LA BARRERA, in *Obras de Lope de Vega*, tomo I, pág. 510 (nota). Sobre M. Vaz Vilas Boa, v. D. GARCÍA PÉREZ: *Catálogo cit.*, pág. 563.

(38) AUBREY BELL: «Op. cit.», págs. 219-220.

(39) Apud. MENÉNDEZ Y PELAYO, in *Obras de Lope de Vega*, ed. citada, tomo X, págs. CXLII y sigs.

(40) «Ib. ib.», págs. XCVIII-CI.

(41) «Tratado de los romances viejos», in *Antología de poetas líricos castellanos*, 1926, pág. 284.

(42) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXII, tomo I, pág. XXXII.

(43) Apud. F. C. SÁINZ DE ROBLES: *El «otro» Lope de Vega*, Espasa-Calpe, página 147.

(44) Esta faceta de su carácter se destaca en la forma violenta con que supo rechazar los ataques y deshacerse de las injurias de que fué blanco por parte de Pedro de Torres Rámila. (V. el docto trabajo de JOAQUÍN DE ENTRAMBAS-AGUAS: «Una guerra literaria del Siglo de oro», in *Estudios sobre Lope de Vega*, tomo I, Madrid, 1946.)

(45) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXVIII, pág. 354.

(46) Cit. por MENÉNDEZ PIDAL en el discurso que pronunció en el banquete de homenaje del «Instituto para a Alta Cultura», en Lisboa, el 28 de mayo de 1943.

(47) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. V, pág. 576.

(48) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. V, págs. 674 y sigs.

(49) «Op. cit.», vol. VII, pág. 259.

(50) Apud. ALBERTO URETA: «El Inca Garcilaso de la Vega: Su vida y su obra», in. *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*, 1940-41, tomo VII, números 1 y 2, págs. 327-345.

(51) *Clásicos castellanos*, Espasa-Calpe. Madrid, 1935, vol. III, págs. XXXIV-XXXV, donde recogí las indicaciones «supra».

(52) Apud. *Bibl. Aut. Esp.*, vol. XXXII, tomo I, pág. 37 (nota 1).

(53) *Luiz de Camoens und Portugals Glanzzeit im Spiegel seines National gefühls*, Basel, 1925, págs. 93-94.

(54) TEÓFILO BRAGA: *Idade Media*, Porto, Chardron, 1909, págs. 253-254.

(55) DON L. F. DE MORATÍN: *Orígenes del Teatro español*, París, 1838, página 65 (tomo I del «Tesoro del Teatro español...»).

(56) *Bibl. Aut. Esp.*, ed. cit., vol. XXXVIII, pág. 197.

La famosa «Ganda», regalo del Rey de Cambaia a Don Manuel, y llegada a Lisboa el 20 de mayo de 1515, constituía una de las ofertas más valiosas enviadas por el Monarca a León X en el año siguiente al de la Embajada. La nave en que iba embarcada naufragó en el Golfo de Génova. El animal se rellenó de paja y fué enviado al Papa. Lo immortalizó en lápiz Durero: sobre un dibujo enviado desde Lisboa ejecutó el pintor otro dibujo más perfecto para el célebre grabado en madera «Rhinoceros» (1515). (V. A. FONTOURA DA COSTA: *Deambulações da Ganda de Modafar, Rei de Cambaia, de 1514 a 1516*, Lisboa, 1937, en donde tomé estas curiosas indicaciones.)

(57) *Bibl. Aut. Esp.*, ed. cit., vol. XXXII, tomo I, pág. 530.

(58) AMADOR DE LOS RÍOS: «Op.» y vol. cit., pág. 72 (nota 2).

(59) *Poema del Mio Cid*, in. «Clásicos Castellanos», Madrid, 1940, páginas 18-146. D. GUILLÉN DE CASTRO: *Las mocedades del Cid*, in. ed. cit., página 4 (nota).

De la popularidad que el Cid gozó entre nosotros dan testimonio los numerosos romances que de él se ocupan, referidos por C. M. DE VASCONCELOS en los *Romances Velhos de Portugal*, Coimbra, 1934, págs. 33-63.

(60) *Bibl. Aut. Esp.*, vol. VI, tomo I, pág. XVIII. AUBREY BELL: «Op. cit.», página 322.

(61) En *Los amantes de Teruel* describe Tirso de Molina la expedición a Túnez y destaca que en ella tomó parte el Infante portugués:

*Don Luis de Portugal  
El Infante le acompaña,  
Gran Soldado Portugués...  
Cuñado de Carlos es...*

(*Bibl. Aut. Esp.*, vol. V, pág. 697.)

(62) *La política del espíritu*, Buenos Aires, ed. Losada, pág. 101.

(63) *Obras de Lope de Vega*, ed. cit., tomo II, pág. 259. Cfr.: KARL VOSSLER: *Algunos caracteres de la cultura española*, Espasa-Calpe, pág. 161.

(64) In. RICARDO JORGE: «Op. cit.», pág. XXXIV.

(65) En una época en que los distingos sociales estaban bien delimitados —aún hoy se ostentan racismos declarados o encubiertos—, Lope de Vega no desdeña, en el Canto IV de la *Dragontea*, colocar al negro, al mulato, siempre que sea honrado, en el mismo pie de igualdad del noble por lo que respecta al aprecio y consideración públicos:

«... Algunos de su color, honrados, no difieren de hidalgos bien nacidos y enseñados más que en haberles dado el sol más fuerte en el camino de la muerte.» In. KARL VOSSLER: *Lope de Vega y su tiempo*, Madrid, pág. 160 (nota).

(66) *História da Civilização Ibérica*, Lisboa, 1918; Parceria António Maria Pereira, pág. 359.

(67) RICARDO JORGE: «Op. cit.», pág. 53.

(68) ELOY BULLÓN: *Las relaciones de España con Portugal. Estudios Geográficos*, año V, núm. 16, pág. 493.

(69) *Geistige Energiequellen in Krieg*, in *Europäische Revue*, XIX, Jahr, Heft, 9-10, pág. 297.

(70) TOMÁS CARRERAS Y ARTAU, JOAQUÍN C. Y ARTAU: *Historia de la Filosofía Española*, Madrid, 1939, tomo I, pág. 406.

# LA EXPOSICION NACIONAL DE ARTES DECORATIVAS

ES EL PRIMER CERTAMEN QUE CON SENTIDO  
METODIZADO SE CELEBRA EN ESPAÑA

Consta de tres secciones: Artes del Hogar, Artes  
del Libro y Arte Sacro y constituye el exponente  
del resurgir de la Artesanía

**E**N el Palacio de Exposiciones del Retiro ha abierto sus puertas la Primera Exposición Nacional de Artes Decorativas e Industriales, primero de los certámenes de esta índole que con sentido metodizado se celebra en España. La Exposición constituye un magnífico exponente de la importancia que las Artes decorativas están alcanzando en nuestra Patria.

El Certamen se divide en tres Secciones: Arte del Hogar, Artes del Libro y Arte Sacro.

En la Sala de Honor del Palacio aparece el soberbio «paso» de Nuestra Señora de la Esperanza, de la popular Hermandad sevillana de la Macarena, tal como sale en la madrugada del Viernes Santo, a excepción de la imagen queridísima. Decoran la sala tablas de Sert y valiosos tapices, y en las galerías, un estupendo órgano, que interpreta escogidas composiciones sacras. El «paso» presenta encendida toda su candelería, y las soberbias jarras de plata lucen

ramos de claveles blancos, que hacen resaltar la belleza de los bordados y la magnificencia de la plata labrada.

En la Sección de Artes del Hogar, importantísimas casas de Madrid, Barcelona y Valencia presentan sus producciones. Soberbias habitaciones, amuebladas con lujo y exquisito gusto con objetos de gran valor y depurada técnica. Un departamento presenta la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid.

Llama poderosamente la atención el departamento de la Subsecretaría de Educación Popular, en el que el teatro Español exhibe maquetas reducidas de los escenarios de sus obras más famosas representadas y maniqués con los trajes de los personajes.

La Sección de Orfebrería es interesantísima. En la vitrina dedicada a Sevilla se exhiben la corona, canastillas, jarras y toca de la Virgen de la Hermandad de la Amargura, así como los casquetes de la cruz, potencias del Señor y jarras del «paso» de la Virgen de la Hermandad del Gran Poder, todo ello de gran valor y depurado gusto artístico. Tan valiosos objetos han sido traídos expresamente de Sevilla para la Exposición y son propiedad de las renombradas Cofradías sevillanas.

Preside la Sala de Orfebrería una magnífica tabla de Morell. Otras tablas de Sert decoran un soberbio comedor, que da paso a dos salitas, donde figuran maquetas, dibujos y bordados de la Virgen de Montserrat.

La Sección de Arte Sacro ofrece un boceto de altar, magníficos bordados en seda, como los estandartes de las procesiones de Lorca, y los soberbios bordados en oro sobre terciopelo de la Hermandad sevillana de San Juan de la Palma. El manto que luce la veneranda imagen de Nuestra Señora de la Amargura en la tarde del Domingo de Ramos aparece extendido sobre una pared para que pueda admirarse su dibujo y ejecución. Figura, asimismo, el magnífico Simpecado, cuyo dibujo es obra del notable dibujante don Antonio Cobos Soto. En la misma Sala se exhibe también uno de los respiraderos laterales del «paso» del Señor de Pasión, de Sevilla, obra maestra de Cayetano González, ejecutada en plata cincelada. Figuran, además, dos de las magníficas bocinas

de la Hermandad de la Amargura, de plata cincelada y terciopelo bordado en oro con incrustaciones en marfil.

Los departamentos comerciales presentan acabadas muestras, entre ellas la creación de una consola Luis XV, de Lombardía Hermanos. Un rico salón exhibe la fundación que lleva el nombre de Generalísimo Franco, instituída para lograr el resurgimiento de las artes industriales en España, así como en un precioso pabellón de caza.

La Sala de Cerámica ofrece la soberbia chimenea, ejecutada por la Escuela Nacional de Cerámica, y que será ofrendada por el Ayuntamiento madrileño a Su Excelencia el Presidente de la República Argentina, así como valiosos objetos de cerámica madrileña, valenciana y sevillana.

En la Exposición existe también una salita de cine, donde se proyectarán películas con una máquina de paso de 16 milímetros, fabricada por vez primera en España por la casa Iceas.

El Certamen es, en suma, un índice documentado del resurgir de nuestra artesanía. La madera, el cristal, el hierro, los metales preciosos, el barro, los cueros, las lanas, han sido afanosamente trabajados por manos expertas para ofrecer los valiosos objetos que figuran en el Palacio del Retiro.

\* \* \*

La Exposición fué inaugurada el día 6 de Junio por S. E. el Jefe del Estado, con asistencia de los Ministros de Educación Nacional, Justicia e Industria y Comercio y personalidades y académicos.

## EIZAGUIRRE, PICÓ y ANZOÁTEGUI, COMENDADORES DE ISABEL LA CATÓLICA

**E**l Estado Español ha concedido la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica al catedrático chileno don Jaime Eizaguirre y a los profesores argentinos don Ignacio B. Anzoátegui y don César E. Picó, dándoles especial prueba de amistad y reconociéndoles los méritos que en ellos concurren como defensores de la verdad de España y fomentadores de la cultura hispánica.

El profesor e historiador don Jaime Eizaguirre nació en Santiago de Chile en 1909, en cuya Universidad católica estudió Derecho. Muy joven, dedicóse al cultivo de las disciplinas históricas, obteniendo la cátedra de Historia General del Derecho, a la que acumuló después las cátedras de Historia Social y Política de Chile, y posteriormente, la de Historia Colonial Americana, ésta en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad.

Con verdadera vocación investigadora y honrada objetividad científica, el profesor Eizaguirre ha puesto en claro muchos hechos históricos fundamentales para el exacto conocimiento de nuestra actitud en la empresa americana, desvaneciendo muchos de los errores deslizados por la malintencionada leyenda forjada alrededor de nuestra misión colonizadora. Así lo vemos en trabajos de tanto peso científico como *Ventura de Don Pedro de Valdivia* y el *Breve*

*esquema de una interpretación histórica de Chile*, que constituye la más completa biografía histórica de O'Higgins, el fundador de aquella República.

Desde su revista *Estudio*, con admirable tenacidad, ha defendido los valores permanentes de la civilización cristiana de Occidente, formando a su alrededor un valioso grupo juvenil con lo más destacado de la intelectualidad universitaria chilena.

Amante de España y amante de la Verdad, Jaime Eizaguirre, en plena juventud Secretario general de la Academia Chilena de la Historia, forma parte de esa generación que en el campo de la cultura ha conseguido para su país un puesto de vanguardia a la cabeza de los pueblos hispánicos.

---

Nacido en Buenos Aires, en cuya Universidad se doctoró en Medicina, don César E. Picó es de las figuras más destacadas de la intelectualidad de su país. De mentalidad polifacética, se dedicó a la investigación científica, especializándose en Inmunología, estudiando al mismo tiempo Filosofía, en cuyo campo, con especial ahínco, profundizó en lo relativo a los problemas metafísicos relacionados con la Gnoseología y los atinentes a la Antropología filosófica.

Gran amigo de España y defensor de los ideales de la Hispanidad en sus más puros principios, ha cocontribuido a formar, con sus ininterrumpidas lecciones orales durante veinticinco años, un destacado grupo de jóvenes estudiosos argentinos especializados en disciplinas intelectuales y morales.

Es autor de valiosos ensayos de carácter político, como los titulados *Hacia la Hispanidad*, *Maquiavelismo*, *Carta a Jacques Maritain*, etc.

Como periodista, su labor múltiple anda dispersa en gran número de revistas, como *Sol y Luna*, *Nueva Política*, *Criterio*, *Número*, *Nuestro Tiempo* y *Balcón*, de las cuales ha sido fundador, en colaboración con otros intelectuales de su país.



Sus trabajos científicos merecieron elogiosos comentarios en libros y revistas especializadas de Europa y América, singularmente en la gran enciclopedia alemana *Handbuch der pathogenen Mikroorganismen*, de Kolle Kraus y Uhlenhuth.

---

También argentino, nacido en La Plata en 1905, Ignacio B. Anzoátegui estudió en la Universidad de Buenos Aires, siendo profesor de Instrucción Cívica una vez terminados sus estudios en el Colegio Nacional «Manuel Belgrano», y de la misma materia y de Historia, en el Servicio Social, de la Municipalidad de Buenos Aires.

Actualmente desempeña el cargo de Juez de primera instancia, en lo Civil, de la capital federal, cargo que viene ocupando desde 1937.

Es, asimismo, miembro de la Comisión Honoraria de Bibliotecas Públicas Municipales de la ciudad de Buenos Aires.

Escritor consagrado, de fina sensibilidad y formación muy española y periodista de personalísimo estilo, es autor de gran número de publicaciones, entre las que destacan *Romance*, *Georgina*, *Gintagáfora*, *Nueve cuentos*, *Arzhen y yo*, *La niña y el ángel*, *Genio y figura de España* y *Tres ensayos españoles (Mendoza o el héroe, Góngora o el poeta, Calixto o el amante)*, escrito con delicioso estilo, en donde la concreción del método expositivo corre parejas con la solidez ideológica.

Como poeta, ha escrito un delicado libro de sonetos, titulado *Ventura y desventura del amor*.

---

El acto de la imposición de condecoraciones tuvo lugar en los salones del Instituto de Cultura Hispánica, con asistencia de los señores Picó y Eizaguirre, Embajador de la República Argentina, señor Radío; Subsecretario de Educación Nacional, señor Rubio, y otras destacadas personalidades americanas y españolas.

Don Joaquín Ruiz-Jiménez, Director del Instituto, pronunció un breve discurso, expresando el significado amistoso del sencillo acto que se celebraba, afirmando que no fueron solicitadas al Gobierno español esas condecoraciones para premiar méritos, que, sin duda, los poseen, en defensa de la verdad de España y del fomento de la cultura hispánica, estos ilustres hispanoamericanos, sino como «regalo de amistad», porque, hora es de decirlo —afirmó—, que la Hispanidad, más que un concepto lógico, más que una realidad económica, política, cultural incluso, debe ser entendida como una amistad.

El doctor Picó agradeció la distinción con sinceras frases, declarando que se podía jactar de una cosa: de amar a España y de haberla servido en la medida de sus flacas fuerzas, y terminó con el grito de «¡Arriba España y, con ella, sus hijas venturosas de allende la mar!»

Por último, hizo uso de la palabra don Jaime Eizaguirre, quien afirmó, emocionado, recordando las palabras de otro ilustre chileno, don Vicente Pérez Rosales, en su libro *Recuerdos del pasado*, que si la cabeza podía funcionar en otros lugares de Europa, el corazón tenía su trono en España. Hizo alusión a la profunda responsabilidad que contraía al recibir tan preciada condecoración y en frases llenas de gentil gratitud terminó jurando entregar el resto de su vida al servicio de la causa de España y América.

Finalizó el acto con el ruego del señor Ruiz-Jiménez al Embajador de la Argentina de que hiciera llegar a manos del señor Anzoátegui, residente allí, la condecoración otorgada.

J. R.

# PRIMERA ASAMBLEA NACIONAL DE FORMACION PROFESIONAL OBRERA

Abordó el estudio de importantes ponencias relacionadas con la capacitación profesional del obrero español

El Ponente general, **D. Angel Herrera**, pronunció en la sesión de clausura un trascendental discurso

**E**N los últimos días del mes de mayo se ha celebrado en Madrid la Primera Asamblea Nacional de Formación Profesional Obrera, convocada y organizada por la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica. Con su celebración ha proseguido el Ministerio de Educación la labor iniciada en 1945 al convocar otra Asamblea del profesorado oficial de los distintos centros dependientes de la Dirección mencionada. En aquella reunión el Departamento docente quiso escuchar la valiosa opinión de entidades y catedráticos, quienes recogieron todos los criterios dominantes en las acertadas conclusiones elevadas a la Superioridad, a fin de que ésta tuviera elementos suficientes de juicio para acordar las reformas necesarias en la organización y planes de estudio de los diferentes centros docentes.

Pero el Ministerio consideró que no eran suficientes aquellas sugerencias, y quiso conocer también las opiniones y criterios de todos aquellos organismos, oficiales o privados, interesados en la

formación profesional obrera, cuestión de tanta actualidad y trascendencia, y a la que el Estado está prestando ahora la atención necesaria. Por ello, no podía ser más oportuna y eficaz la celebración de la Asamblea, a la que se le dió carácter nacional, ya que se pretendía «requerir las sugerencias y colaboración, no sólo del profesorado de los centros dependientes del Departamento docente, sino también de todos los organismos oficiales, semioficiales y entidades privadas que se dedican o por cualquier concepto se hallan interesados en la educación obrera, a fin de conocer su criterio en orden a la confección de planes de enseñanza adecuados para que en su día puedan rendir el mayor fruto a la producción española».

Iniciáronse los trabajos preparatorios con celo y entusiasmo, y fijóse el temario con una ponencia general sobre la «Necesidad de un Plan nacional de Formación Profesional Obrera» y ponencias especiales sobre Formación Industrial Obrera. Dividióse el trabajo en tres comisiones. La primera, de Coordinación y Financiación, estudió los siguientes temas: «Necesidades de personal obrero especializado por oficios y orden de urgencia de éstos», «Coordinación de las entidades que realizan o están interesadas en la formación profesional obrera. Estructura nacional, provincial y local», «Financiación de estas enseñanzas en general, y en particular para los oficios reconocidos como de mayor urgencia». La comisión segunda, de Educación e Instrucción, tuvo a su cargo cinco ponencias: «Aprendices: grados, programas mínimos, pruebas de aptitud.—Oficiales: grados, programas mínimos, pruebas de aptitud.—Maestros: programas mínimos, pruebas de aptitud.—Profesorado: Escuelas tipo: Medios de enseñanza.—Educación religiosa, moral, patriótica, intelectual, física, etc.» La comisión tercera, de Inspección y Protección, estudió las ponencias siguientes: «El aprendizaje y su obligatoriedad. Contrato y Seguro. Fuero del Aprendiz.—Diplomas y certificados de aptitud. Ventajas de los mismos. Inspección de las enseñanzas.—Acceso a estudios superiores. Becas y Auxilios.—Reeducación profesional.»

Actuaron como Ponente general el Excmo. y Rvdmo. señor

don Angel Herrera Oria, Obispo preconizado de Málaga, y de presidentes de las comisiones, D. Guillermo Krahe Herrero, Ingeniero Industrial y Presidente del Patronato de Formación Profesional de Madrid; D. Teófilo Martín Escobar, Doctor en Ciencias y Director de la Escuela Elemental de Trabajo de Gijón, y D. Francisco Luis Riviere Manén, Ingeniero Industrial, Presidente del Patronato de Formación Profesional de Barcelona.

### *LA SESION DE APERTURA*

La Asamblea inició sus trabajos con una misa del Espíritu Santo y a continuación reuniéronse los asambleístas en el antiguo Palacio del Senado, presididos por el Arzobispo de Valencia y los Directores generales de Enseñanza Profesional y Técnica y de Industria y Material de Guerra. Hablaron D. Manuel Velasco, Secretario de la Asamblea, y el Director general Sr. Ferreiro, que enalteció y ponderó la importancia y trascendencia de la Asamblea

El doctor Olaechea agradeció el nombramiento de presidente honorario de la Asamblea y señaló la preocupación de la Iglesia por la cultura popular.

Durante los días 26, 27 y 28, los numerosos asambleístas entregáronse de lleno al estudio de las diversas ponencias, a las que se presentaron interesantes sugerencias. Los trabajos alternáronse con las visitas a los Centros de Formación Profesional existentes en Madrid, como las Escuelas Profesionales Salesianas y la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», de la Dehesa de la Villa.

El número de congresistas inscritos en la Asamblea fué elevadísimo.

### *CONFERENCIA DE DON ANGEL HERRERA*

En la mañana del día 29 de mayo diéronse por conclusos los trabajos de la Asamblea. La sesión última revistió inusitado esplendor y fué presidida por el Arzobispo de Valencia, doctor Ola-

echea, y el Director general de Enseñanza Profesional y Técnica, señor Ferreiro, a quienes acompañaban otras personalidades.

El Secretario de la Asamblea, Sr. Velasco de Pando, leyó las conclusiones aprobadas, que serán elevadas al Ministro de Educación Nacional.

Después, el Ponente general, D. Angel Herrera, pronunció unas palabras de gran profundidad humana y cristiana que causaron gran impresión en los asambleístas. Habló, en primer término, de la necesidad de formar minorías en los obreros, creando profesionalmente una a modo de aristocracia. Encareció, después, el sentido de la dignidad humana, que es lo que urge salvar frente a la invasión materialista, y citó a este propósito doctrinas y palabras de los Papas. Exaltó la necesidad de una formación adecuada religiosa en el obrero y evocó, a este propósito y como reflejo de la gran labor que puede hacerse, un caso por él vivido en Santander. Allí, una treintena de obreros, espontáneamente, recibe todos los domingos, durante varias horas, enseñanza de carácter religioso. Uno de ellos, que tuvo mando en una división roja durante nuestra guerra, dijo al conferenciante que estaba viviendo unas horas de honda crisis. No era católico, y anhelante de verdad, le habían surgido en el espíritu dudas y dificultades, sobre las que quería consejo y luz. Don Angel Herrera le leyó palabra a palabra algunas páginas de la Encíclica «Quadragesima Anno». La impresión de aquellos hombres fué extraordinaria. «Padre, esto es maravilloso», dijeron. «Nunca se nos habló así. ¿Por qué no se nos dijo con esta misma claridad lo que usted nos ha leído y comentado ahora?» Agregó que se cometería un crimen contra Dios y contra la Patria si se niega a estos hombres los medios para capacitarse.

Expuso a continuación la necesidad también de una formación patriótica en el obrero, una formación en la que la Patria sea exaltada en su doble y cabal sentido: de tradición y de esperanza. No hay que hablarle sólo de las viejas grandezas de la Patria, sino de que ésta va también a hacer realidades los ideales de justicia que el trabajador lleva en su alma. Hay que llegar en tal

sentido hasta la creación de la Universidad Obrera. Para la realización de este gran plan son necesarias todas las colaboraciones. Y entre éstas es fundamental la de la Iglesia, que sabe que esta clase de la sociedad lleva en sí el porvenir de los pueblos.

El Ponente general agradeció las ayudas prestadas a la Asamblea y reiteró la necesidad de que todos colaboren en este sentido a formar la Patria que todos esperamos, que esperan nuestros obreros y que está esperando el mundo.

El Director general de Enseñanza Profesional y Técnica agradeció a todos el trabajo prestado a la Asamblea, que es sólo una puesta en marcha de las futuras e importantes tareas que aguardan.

El Arzobispo de Valencia pronunció unas frases para cerrar el acto, en las que recordó aquella frase de San Juan Bosco: «Siempre más y siempre mejor.»

## GLOSA A LA FERIA DEL LIBRO

**M**ERCED a la paz ganada por Franco, el Estado español ha podido ir desarrollando una política en la que lo cultural ha sido atendido como objetivo de fundamental importancia. En la vasta zona del mundo del espíritu, la ferviente solicitud estatal se ha dirigido con un mismo ilusionado esfuerzo hacia las universidades, hacia los laboratorios, hacia los museos, hacia las bibliotecas. Dentro de esta amplia política, el amor al libro y a cuanto éste significa como portador y semilla de valores formativos ha sido cuidado celosamente. Con ello afirma España el signo eminentemente espiritual de su acción y de sus fines. Se quiere que llegue a todos el beneficio de orden cultural que el conocimiento de los libros lleva consigo. «Cada español defenderá a su Patria con un libro en la mano», escribió un día Joaquín Costa. Poner los libros al alcance del mayor número posible de españoles equivale a convertir a éstos en defensores ardientes de la verdad de la Patria.

El Estado, a través del Ministerio de Educación Nacional, ha desarrollado en los años últimos una amplia y tenaz política del libro. Un clima de paz y de orden ha favorecido esta acción, que no hubiese podido llevar el mismo ritmo en un ambiente de discordia y de inquietud. Mientras al otro lado de las fronteras la guerra



desgarraba al mundo, y mientras a la lucha seguía después una hora de hambre, de anarquía y de incertidumbre, España iba afirmando vigorosamente su anhelo y su obra de paz. Y dentro de ésta, su encendido amor al libro. «Para nuestra Patria—dijo un día el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín—la defensa del libro es cuestión de ser o no ser. Los millones de pesetas que pueden acrecer o menguar la economía nacional tienen carácter secundario, nunca decisivo, en comparación del gran problema espiritual que representa la expansión de nuestros libros en toda el área del habla hispana y de todo el mundo a donde haya llegado el nombre de Cervantes.»

Llameaban todavía las hogueras de la Cruzada liberadora, y ya el Estado, entre el esfuerzo y la preocupación de la lucha, atendía eficazmente el tesoro de los libros españoles. Merced al funcionamiento del Servicio de Recuperación Bibliográfica pudieron salvarse numerosos libros de valía—como el *Poema del Cid* y muchas obras de las bibliotecas Nacional, del Escorial y de Palacio—que estaban ya fuera de nuestras fronteras. Cuando apenas ha acabado la guerra, se crean la Dirección General de Archivos y Bibliotecas y la Junta Central de Archivos, Bibliotecas y Museos de España, estructurándose así los instrumentos básicos y legislativos necesarios para que la política del libro se ramificase con éxito por todo el territorio nacional y aun se proyectase fuera de éste. Esta política acentúa e intensifica muy pronto su paso y comienza a dar frutos de eficacia y esperanza. Se crean bibliotecas, se mejoran las ya existentes, se organizan exposiciones bibliográficas, se fundan centros e institutos, se tutelan organismos necesitados de ayuda...

Esta poderosa acción de amor al libro se manifiesta en multitud de iniciativas y creaciones. Así, en Toledo, cuyo Seminario había perdido totalmente su biblioteca en la guerra, es fundada la Biblioteca de San Ildefonso, destinada con preferencia a los profesores y alumnos de aquel centro de formación religiosa. Otro día el Ministerio contribuye decisivamente a la creación de catorce bibliotecas en importantes centros mineros asturianos. Lo que estos centros de lectura han venido a significar social y espiritualmente se refleja en

los siguientes datos : varias de aquellas bibliotecas pasaron de 3.744 lectores en 1942 a 21.000 en 1945, y sólo la de Mieres, en siete meses de funcionamiento, ha tenido 6.320 lectores. Se ha creado, igualmente, el Servicio de «Lecturas para el Marino» : bibliotecas a bordo de los barcos y bibliotecas en los puertos, en calidad de depósito, con la misión de que sus libros sustituyan a los ya leídos en los buques.

Bibliotecas para los centros mineros y fabriles, bibliotecas para los barcos... Y también para las prisiones y los hospitales. En 1940, la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, de acuerdo con el Ministerio de Justicia, se encargó de organizar e instalar bibliotecas en las prisiones, contribuyendo a cumplir de ese modo el espíritu cristiano que ha venido informando toda la política penitenciaria del nuevo Estado. A primeros de aquel año se hacía la entrega oficial de las tres primeras bibliotecas. Iba cada una con su correspondiente caja-armario, sus catálogos de materias y topográfico, sus papeletas de pedido de prestado y de desideratas, sus libros registro, sus instrucciones para la conveniente organización del servicio... A mediados de aquel año se habían entregado ya dieciocho bibliotecas. El servicio, después, fué traspasado al Patronato de Redención de Penas por el Trabajo. Dentro de esta misma línea se ha iniciado también, de acuerdo con las Diputaciones, la creación de Servicios de Lectura en los hospitales provinciales. El mundo noble y bello de los libros hará así más llevadero el dolor.

Organismo de fundamental importancia dentro de la política bibliográfica que el Ministerio patrocina y desarrolla es la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros. Su presupuesto, que en 1939 era de 960.000 pesetas, ha pasado a ser hoy de 1.950.000. De 1940 a 1945 se han creado por la Junta 63 bibliotecas, con un total de cerca de 40.000 volúmenes. Otras están en período de instalación, y cada una de ellas será dotada con un lote inicial de 1.500 volúmenes. Durante aquel tiempo han sido atendidas casi 600 bibliotecas. Y sólo en el año 1945 se adquirieron, con destino a las numerosas bibliotecas a que la Junta sirve, más de 85.000 volúmenes. Entre las bibliotecas públicas y municipales creadas a través de la

Junta en estos años últimos se destacan la Biblioteca Popular López de Hoyos, en Madrid; la de San José, en Zaragoza; la Popular del Barrio del Carmen, en Murcia; las de Cartagena, El Ferrol del Caudillo, Vigo, Yecla, Andújar, Benicarló, Las Palmas, Puerto de la Luz, La Marañososa, Melilla, Ceuta, Torrelavega y Lebrija. Mención especial merecen la Biblioteca General del Protectorado, en Tetuán—creada por la Alta Comisaría y en relación con el Ministerio de Educación—, magnífico instrumento de trabajo al servicio del Centro de Estudios Marroquíes; la Biblioteca Pública de Tánger, que cuenta con excelentes fondos bibliográficos y tiene cada vez un mayor número de lectores españoles, musulmanes, hebreos y de otras razas y naciones, y la Biblioteca Pública de Santa Isabel, en la Guinea española.

La misión de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros es muy amplia y no se limita a la primera dotación para crear una biblioteca. En marcha ésta, la Junta concede después lotes de incremento, y además atiende las peticiones que otros centros culturales hacen. Muchos miles de volúmenes han sido enviados a lo largo de estos años últimos a las Escuelas Especiales, Academias militares, Cuarteles, Prisiones provinciales, Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo, Asociaciones de la Prensa, Universidad Pontificia de Comillas, Colegios Mayores, Casa de España en Lisboa, Bibliotecas escolares de los suburbios madrileños... Objetivo también importante de la Junta—limitado hoy por las anormales circunstancias de la vida del mundo—es el intercambio de publicaciones con el extranjero. Una gran cantidad de libros ha sido enviada a los otros países en los años últimos; cantidad cuyo ritmo se irá intensificando a medida que las actuales condiciones del mundo vayan entrando en cauces de definitiva normalidad.

\* \* \*

La simple mención de la obra bibliográfica desarrollada por el nuevo Estado ocuparía un extenso espacio, y obliga a que sólo de modo esquemático y en sus perfiles salientes hayamos de reflejarla

en estas páginas. Está ordenada e iniciada la formación del Catálogo del Tesoro Bibliográfico y Documental de España—labor que será de una considerable importancia para el desarrollo de la investigación—, y su primer tomo, de próxima publicación, comprenderá una reseña completa de los incunables que existen en las bibliotecas españolas. Se ha creado y reglamentado el préstamo de libros en las bibliotecas oficiales. Se ha creado la Biblioteca Universitaria de La Laguna. Se ha dispuesto la organización de bibliotecas escolares en las Escuelas de Artes y Oficios.

Pero el libro tiene, además, un espíritu de expansión y de influencia al que es necesario atender. Al ir nuestros libros al extranjero es el propio espíritu español el que se proyecta más allá de nuestras fronteras. Por eso el Gobierno—destinando a esta finalidad 40 millones de pesetas—ha dispuesto la creación en el extranjero de Bibliotecas, Institutos y Centros culturales de carácter nacional.

Centro clásico de nuestra cultura bibliográfica es la Biblioteca Nacional, el más importante de los establecimientos españoles de esta clase. Desde el primer momento ha merecido la más encendida atención del Estado, y apenas acabada la guerra—rescatados íntegramente en Ginebra los lotes de libros allí llevados por los marxistas—se iniciaron obras de instalación y de mejora muy importantes. Sus fondos aumentan de modo constante; se organizan exposiciones y concursos bibliográficos; se hacen publicaciones de interés; se perfeccionan los servicios... Este espíritu, que ha mejorado de modo muy visible nuestra Biblioteca Nacional, se ha proyectado también sobre otras Bibliotecas españolas. Se han realizado, por ejemplo, obras de importancia en las Bibliotecas universitarias de Santiago, Salamanca, Zaragoza, Valladolid, Oviedo, Murcia. No sólo se han mejorado estas instalaciones, sino que en otras ciudades se ha iniciado vigorosamente la construcción de edificios nuevos, proyectados con arreglo a las reglas y exigencias más modernas de la Biblioteconomía. Así, se ha inaugurado en fecha reciente la Biblioteca Universitaria de Sevilla. Y serán terminados muy pronto los edificios de nueva planta destinados a bibliotecas públicas en Murcia, Málaga, Palma de Mallorca, Teruel, Mahón y Segovia. En

proyecto figuran otras muchas construcciones del mismo carácter. Obras de mejora vienen realizándose también, en gran escala, en la Biblioteca Menéndez y Pelayo, de Santander, importantísimo centro cultural y bibliográfico, que—cuando esté totalmente realizado el proyecto que se abriga—se habrá convertido en una de las primeras Bibliotecas del mundo, porque al espíritu de su insigne creador, alma de nuestro renacimiento cultural, unirá la perfección y la modernidad de sus servicios.

\* \* \*

La política del libro, seguida amorosamente por el Estado, tiene también otros aspectos. El Ministerio atiende en sus presupuestos lo mismo a las necesidades de las bibliotecas públicas del Estado que a las de los centros no estatales. Para los Archivos y Bibliotecas Eclesiásticas hay una importante consignación, merced a la cual se han podido mejorar aquellas instalaciones, se han restaurado libros de valía y se han publicado algunos interesantes catálogos, como, por ejemplo, el de los Códices de la Catedral valenciana. Se conceden también subvenciones a las bibliotecas de todos los seminarios eclesiásticos y a las de los monasterios de El Escorial, de Silos, de Guadalupe, de La Rábida, de Samos y de San Millán de la Cogolla; a las Bibliotecas Menéndez y Pelayo, de Santander, y Colombina, de Sevilla; a las del Colegio del Sacro Monte, de Granada; de la Basílica de San Isidoro, de León; del Colegio Mayor de Santo Tomás de Villanueva, del Colegio del Patriarca, en Valencia, y de otros muchos centros.

Para enriquecer, sobre todo, nuestra Biblioteca Nacional, se adquieren ejemplares sueltos y de valor. Y a veces se adquieren también bibliotecas enteras, como la que el marqués de Piedras Albas había reunido en su palacio de Avila. Más de 45.000 volúmenes forman esta gran colección, en la que se incluye el fondo más completo de publicaciones sobre Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con documentos de extraordinario valor sobre los dos grandes místicos. Cerca de quinientos incunables, muchos libros y folletos sobre la fiesta de toros, obras de bibliografía, manuscritos, libros de coro,

viejos grabados, completan esta Biblioteca. El fondo de obras en torno a Teresa de Jesús servirá de núcleo central para el establecimiento en Avila de un Instituto de Estudios Teresianos.

En la gran amplitud de toda esta política de amor al libro se destacan por su interés intrínseco y por su resonancia las exposiciones que se han celebrado en Madrid, en otras capitales y fuera de nuestra nación. En Zaragoza se celebró la Exposición Bíblica Nacional. En Tetuán, la Exposición del Libro Hispano-Marroquí, sobre la base de los códices árabes de las Bibliotecas Nacional y escurialense. En Barcelona, en coincidencia con el 450 aniversario del descubrimiento de América, se celebró una Exposición del Libro del Mar. Ese mismo año de 1942 se organizó en nuestra Biblioteca Nacional otra Exposición, dedicada a San Juan de la Cruz, con motivo del cuarto centenario de su nacimiento. Anteriormente se había verificado en el mismo Centro una interesantísima Exposición cívica, en la que se mostró al público el códice valioso de nuestro *Poema del Cid*. Y después se organizó, también en la Biblioteca Nacional, la Exposición Histórica del Libro Español.

El año último ha tenido considerable importancia en este aspecto. En él se organizaron y celebraron cuatro exposiciones de primerísimo interés: la de ediciones del *Quijote*, con más de ochocientos ejemplares distintos y en diferentes idiomas, y otras muchas obras y documentos cervantinos; la de Nebrija, en Sevilla; la del Libro Misional, en Madrid, y la de grabados y dibujos de Goya—con una completísima colección de libros sobre éste—, inaugurada en nuestra capital con motivo del segundo centenario del nacimiento del gran pintor.

Fuera de España se han organizado también exposiciones que han mostrado ante los públicos extranjeros la vitalidad de nuestra producción literaria y editorial. Exposiciones de este carácter se han celebrado en Lisboa, en Buenos Aires, en Montevideo. Y es propósito del Estado español intensificar estas manifestaciones culturales, por las que nuestros libros muestran ante el extranjero el vigoroso ritmo espiritual con que España trabaja.

Dentro del Consejo de Investigaciones Científicas—otra magnífica realidad, exponente del espíritu constructivo del Estado—existe un Instituto, el Nicolás Antonio, especialmente dedicado a las actividades bibliográficas, en su doble dirección histórica y actual. Publica el Instituto su *Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos*, y con carácter periódico, dos revistas: la *Revista de Bibliografía Nacional* y la *Biblioteca Hispana* (publicación que equivale, en realidad, a tres revistas bibliográficas, por las tres distintas secciones que abarca).

Preocupación del Ministerio ha sido, en otro aspecto de esta amplísima política del libro, la de favorecer a los autores a través de la Ley de Propiedad Intelectual, facilitándoles la inclusión de sus obras en el Registro y preparando por una Comisión de especialistas que funciona dentro del Ministerio el anteproyecto para una nueva Ley de aquel carácter que recoja las últimas modalidades de la compleja propiedad intelectual.

Vinculado también al Ministerio está el Instituto Nacional del Libro Español, que viene realizando una eficacísima labor de coordinación, y entre cuyas más felices realizaciones figura la de la Feria del Libro, que anualmente se celebra en Madrid—en 1946 se celebró en Barcelona—, y que constituye durante unos días una pública y brillante manifestación de la intensidad de nuestro movimiento editorial.

Al finalizar el año último las Cortes españolas han aprobado la Ley de Defensa del Libro español, instrumento que ha de ejercer una influencia extraordinaria en los futuros rumbos de la vida literaria y editorial española. No es arriesgado vaticinar a esta Ley, de amparo y aliento para nuestros libros, una decisiva importancia en el destino próximo de éstos. Una nueva etapa, un reflorecimiento de insospechados horizontes, aguardan, merced a aquella Ley de Defensa, a los libros españoles, eterno mensaje de la gloria y la espiritualidad de un pueblo.





VENTANA  
AL MUNDO



# LA ENSEÑANZA RELIGIOSA en la ARGENTINA

Por ALFONSO INIESTA

**R**ECIENTEMENTE difundió nuestra prensa la interesante y grata noticia de haber sido aprobada en la Argentina la Ley de Enseñanza Religiosa. Vuelve a ser obligatoria la enseñanza religiosa en la Escuela. Mientras en gran parte de Europa desaparece de nuevo el principio religioso como base educativa, un gran movimiento político lo restaura en un pueblo joven y fuerte, que ha sabido mantener con firmeza su posición frente a la avasalladora influencia del dólar.

No puede extrañarnos tal medida si recordamos la actitud del general Perón, favorable a ella y, además, la irrefutable actitud del pueblo argentino, que se había pronunciado antes en el mismo sentido.

Desde el primer instante, el general Perón atacó la enseñanza laica, según él «consecuencia del sistema liberal capitalista, que desde hace ciento cincuenta años conduce al mundo por caminos contrarios a la felicidad del pueblo». La Revolución del 4 de junio repudió la Escuela atea, «que educa a los niños argentinos en la ignorancia de Dios y de la religión del Estado, que por mandato de la Constitución nacional debe profesar el Presidente de la República».

Es de justicia recordar la acertada intervención de un católico práctico, el eminente novelista señor Zubiría, conocido mundialmente por «Hugo Wast», miembro de nuestra Academia de la Lengua, galardonado con premios literarios, de cuyas obras se han hecho cerca de 300 ediciones, 70 traducciones y tirada próxima a los dos millones de ejemplares, que como ministro en 31 de diciembre de 1943 implantó la enseñanza religiosa en las escuelas con carácter voluntario, pudiéndolo expresar padres y maestros al empezar el curso.

A partir de esta fecha se realiza todos los años un auténtico plebiscito, en el que las familias argentinas manifiestan su voluntad de manera irrefutable. ¡Y, sin embargo, el laicismo, prácticamente, era el que imperaba en los centros docentes del país!

Una nueva etapa se inicia con el movimiento peronista. Carecíamos de datos para comentarla. Hoy llega a nuestro poder el texto íntegro del discurso pronunciado el 6 de marzo próximo pasado en el Parlamento por el diputado nacional don Joaquín Díaz de Vivar, en representación de la mayoría. Su lectura es tan interesante que estimamos no puede quedar sin amplio comentario. Muchos son los aspectos que abarca, pero los vamos a resumir en tres :

- a) *Tributo de justicia y amor a España.*
- b) *Nuevo concepto de la tradición argentina.*
- c) *Aspiraciones de la familia argentina.*

Las alusiones a España en el discurso del señor Díaz de Vivar son frecuentes; en todos resplandece un sentido moderno de la historia y el amor que hace fe a sus apellidos de clara progenie castellana. Decimos sentido moderno de la historia, porque la «leyenda negra» no halla eco alguno en sus palabras; campea, como vamos a ver, un limpio concepto hispánico, lleno de sentidas afirmaciones y claros conceptos. Con serenidad, sin alardes retóricos, sin gestos, con sencillez eficaz, proclama una posición que debe enorgullecernos.

Apenas inicia su intervención el diputado argentino, justifica su

actitud al llevar la voz de la Revolución en debate de tanta trascendencia, y dice: «Yo respondo subconscientemente a una vieja voz atávica, a esa vieja y grande voz atávica del solar español, que nos dice su palabra vernácula, que nos señala el camino a seguir, que nos incita la fidelidad del instinto, que nos sumerge, en una palabra, en lo más profundo del ser nacional.»

¡Qué bien dicho y cómo deben emocionarnos estas palabras! Sentir la vieja voz del solar español es, para este argentino, sumergirse en lo más profundo del ser de su Patria.

La comunidad de los pueblos hispánicos se establece como raíces de un mismo tronco, que se nutrieron de idénticos ideales en el pasado y que tienen un común destino en el presente y en el porvenir de una civilización amenazada en sus puntos vitales.

Sigue el discurso: «El origen mediato de la Argentina es el mundo romano católico, y el inmediato, «el Imperio español». Así de claro y terminante. No desea el orador hacer historia, pero ha de afirmar «que la valoración ética de la hispanidad radica justamente en que España fué una *potencia política* puesta, ante todo, *al servicio de la verdad católica*». Esta afirmación la sanciona con un «¡Muy bien!» el Parlamento.

Mientras Inglaterra buscaba en sus descubrimientos aumentar comercio y poderío, España deseó ardientemente una sola cosa: educar a los pueblos en la verdad católica.

El sentido misional de la conquista española se subordina a fines puramente espiritaules y religiosos. Amplía el diputado este concepto, haciendo extensiva a Filipinas la cristiana labor evangelizadora de España. Recuerda el juicio lleno de perplejidades que una visita a estas islas sugirió al literato inglés Aldous Huxley, que se sintió «realmente conturbado, profundamente extrañado y casi conmovido. Le llamaba la atención que en pleno corazón del Asia hubiera podido florecer un pedazo de tierra europea».

La expresión *Europa* no explica el fenómeno que sorprende al visitante inglés; hay que buscar otra más profunda, y es que el *signo de la conquista española* «*fué precisamente la cruz*, que posibilitó en las más distantes latitudes uniformar, acordar e instru-

mentar el mismo tono europeo y cristiano allí donde transitaran victoriosas las armas españolas».

Aun hay más: no basta, con ser espléndido, el concepto anterior de la vida; hay que llevar a lejanos países la propia cultura íntegramente. España realiza esta misión como ningún otro pueblo de la tierra; los conquistadores enseñan a rezar y a leer; en el convento está la escuela, que adiestra las mentes de los indígenas, les inicia en una cultura gloriosa, en los oficios y en el cultivo de la tierra.

Esta etapa, en la que un continente cambia de creencias, de idioma y de costumbres, comprende trescientos años de ininterrumpida enseñanza religiosa en todos los centros docentes: escuelas de primeras letras, colegios de caciques, Colegios y Universidades.

La posición nobilísima del representante de la mayoría parlamentaria es terminante en sus manifestaciones y en su posición ideológica; ante todo —empieza por afirmar—, que los conquistadores españoles fueron animados, amén del aspecto misional, del propósito de *propagar la cultura española*. Cita escuelas que funcionaban ya en 1585 en Santiago del Estero; en 1605, en Corrientes; en Santa Fe, 1608, y antes de 1610, en Córdoba y Jujuy. Y lo más curioso, dice con el padre Guillermo Furlong, es que «en la parte más pobre y despoblada de Jujuy ya existía en lejana época una escuela que funcionaba con un número importante de alumnos».

La primera Universidad española data de 1551, y de 1536, la primera imprenta. Hasta 1615 no funciona la primera imprenta inglesa, y hasta 1636, la primera Universidad. ¡Ah!, pero Inglaterra imponía el modelo de sus leyes en el siglo XVIII y muchos intelectuales españoles también se sometieron a ellas servilmente.

¡Cómo elogiar a conquistadores y misioneros españoles si el mundo protestante, el galicano y la masonería los cubrían de oprobios! ¿Quién hubiera sido capaz de escribir estas palabras del padre Furlong: *La mayoría de los conquistadores y colonizadores fueron cultos y aun cultísimos?* «Mientras —prosigue— sometían a los indios y levantaban las que hoy son grandes ciudades americanas, descansaban con la lectura de Virgilio, de Erasmo y de Vives.»

Volvamos al señor Díaz de Vivar: «La España oscurantista había hecho funcionar en Hispanoamérica, en el siglo XVIII, 16 Universidades. Creo será una afirmación con todos los perfiles de un lugar común decir cuán profundamente católica era la enseñanza en el período de la conquista y en el siguiente período de la colonia.»

Se enlaza así fuertemente la misión evangelizadora de España a un largo período de la vida argentina, que recibe para siempre sello espiritual, luz y efusión de pueblo cristiano.

La leyenda de una Argentina laica, atea y liberal era falsa, y ahora queda deshecha, rechazada por propios hijos del país, que se sienten más argentinos cuanto más vibra la comunidad de origen hispánico.

Con certero juicio, que, si hoy es clara verdad entre las más ilustres figuras de la Hispanidad, hubiera escandalizado en otras épocas, y aún más si esas palabras se pronunciaban en el Parlamento, el señor Díaz de Vivar afirma que en el primer cuarto de siglo la comunidad de pueblos hispánicos «fue destruida». Argentina aparece como comunidad política independiente, pero se mantenía en lo sustantivo «como algo —pero qué digo como algo, como mucho, como todo— del mundo católico español».

Ni una sola interrupción contradijo las anteriores afirmaciones.

\* \* \*

La firmeza de los trazos expuestos, por lo que se refiere a juicios sobre el pasado histórico de España, es terminante, justa y llena, además, de afecto.

Diríamos que lo produce de manera natural el momento político argentino. Cuanto ahora sucede hubiera sido difícil se produjese en otras etapas políticas, sobre todo por lo que afecta a la concepción de la historia argentina y a la comprensión total de la nuestra. Oscurecían las mentes los prejuicios políticos.

Observamos ahora cómo las afirmaciones del más claro hispanismo emitida en plena Cámara por el diputado de la mayoría

peronista don Joaquín Díaz de Vivar no han producido reacción contraria de ninguna clase.

Otro hecho de la más alta importancia se ha producido que deseamos comentar hoy: *el nuevo concepto de la tradición argentina en su aspecto histórico.*

La Patria es, para el señor Díaz de Vivar, siguiendo a Ortega y Gasset, una «comunidad de destino»; la *unidad nacional argentina está basada en la fe religiosa*; la unidad de creencias es la única, como decía Menéndez y Pelayo, que puede dar fortaleza a las naciones. He aquí las afirmaciones que reputamos del más subido interés, y que revelan el cambio ideológico producido:

«Nosotros poseíamos esa unidad de creencia, y por eso estábamos preparados para ser un gran país. Potencialmente ya lo éramos, y acaso hubiéramos logrado realizar un destino triunfal *si no hubiésemos sido víctimas de un percance histórico de muy grandes proporciones*, dice el señor Díaz de Vivar.

Argentina, que surgía a la vida internacional en momentos difíciles para España, fué, como ésta, víctima de la «leyenda negra». «Con España, el catolicismo era el otro gran calumniado; se estableció la siguiente sinonimia: *hispanidad, catolicidad, oscurantismo. Y así comenzó, señores diputados, todo el proceso de descastización...* (¡«Muy bien, muy bien»!), una de cuyas elaboraciones más eminentes fué precisamente, en mi opinión, la Ley 1.420.»

En un ambiente de predominio liberal, de influencia funestísima francesa, se promulga el 8 de julio de 1884 la disposición que declara no obligatoria la enseñanza religiosa, que debía darse fuera de las horas de clase y sin inclusión en los programas escolares.

¿Responde esta medida legislativa a exigencias de la conciencia popular? ¿Está de acuerdo con la tradición y aspiraciones nacionales? De ninguna forma. En 1810 se proclama la independencia argentina, y desde 1812 hasta 1835 es innegable existe en toda la vida pública del país el deseo de defender a la religión católica como «religión del Estado». El orador estudia la posición doctrinal de figuras tan destacadas como Moreno, Rivadavia, Sarmiento, Belgrano, generales Urquiza y Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Este período



do comprende setenta y cuatro años de enseñanza religiosa, al que sigue otro de laicismo que abarca cincuenta y dos. La diferencia no puede ser más abrumadora en favor de la enseñanza religiosa.

¿Qué significación histórica tuvo la Ley 1.420? Para Díaz de Vivar fué una *ruptura violenta de la más pura tradición argentina*.

Hagamos notar que si en ciertos pasajes del largo discurso que venimos comentando —duró más de dos horas— se produjeron interrupciones vivas, pero siempre correctas, ninguna hubo en las alusiones reiteradas del orador a España, a su labor evangelizadora, etcétera, etc.

Certeramente Díaz de Vivar señala instituciones y corrientes ideológicas que dominaban el mundo: «La masonería era entonces, históricamente, la fuerza subyacente de la desintegración nacional. El mundo protestante era muy diestro y sabía utilizar el liberalismo laico, masón, descreído, a esa fuerza molusca, atea, escéptica y que terminó por tornarse emasculada», en castradora. Lo que se pretendía era impedir que los jóvenes pueblos de Hispanoamérica alcanzaran su plenitud de vida. Teodoro Roosevelt señala la imposibilidad de conquistar a los pueblos hispánicos *mientras sean católicos*.

La ley estableciendo prácticamente el laicismo en la escuela argentina iba contra una clara tradición nacional; «pero tenía ambiciosos alcances: tradujo antes que nada la necesidad de patentizar la *subestimación por la trilogía calumniada: Hispanidad, catolicismo y oscurantismo*». El gesto del Parlamento argentino «tradujo un verdadero *complejo de inferioridad*, y lo que es más grave es que fué un intento de *sustituir en forma vergonzante y casi sigilosa nuestros más auténticos valores de cultura*».

Se produce ante esta afirmación del orador una interrupción mesurada y correcta; otro diputado recuerda la influencia que en la Argentina tuvieron la primera República y los discursos de Castelar sobre el laicismo. Díaz de Vivar contesta: «No fué sólo la República Argentina ni los pueblos de Hispanoamérica los que padecieron ese proceso —de desintegración espiritual, de ruptura con la tradición—; es la propia madre Patria, y muy particularmente, porque los espíritus rectores de esa hora triste del mundo hispánico vivan

detrás de los Pirineos espiando ansiosos y tratando de imitar el mundo francés, para ellos entonces deslumbrante.» Los diputados reciben esta declaración con aplausos.

Si la tradición argentina es la que señala el orador, pocos esfuerzos tenemos que hacer para encontrar similitudes con la trayectoria política de nuestra Patria, señalada también por el orador.

El laicismo no representaba ningún sentimiento vivo en la conciencia del gran pueblo hispánico, ni fué exigencia de necesidades de ninguna clase —salvo las sectarias—, ni, como veremos, respondía a peticiones de los padres.

Recordemos unas palabras del ilustre padre Furlong, que hacen referencia al campo educativo: «La ruptura real de nuestra tradición educativa se verifica a fines del siglo pasado con la sectaria y antiargentina Ley 1.420, que no representa en forma alguna una continuidad, sino un positivo viraje en la línea histórica de la educación popular y en las directrices clarísimas y permanentes de todos nuestros grandes patricios.»

¿Verdad que la Historia se repite?

\* \* \*

En 1936 se llevó a cabo por la Municipalidad de Buenos Aires el cuarto censo general de habitantes. Algunos datos sobre las creencias religiosas nos interesan mucho. De 1.203.518 varones que había en la capital de la República, 934.360 se declaran católicos, o los declaran sus padres; representan el 77,60 por 100; de 1.211.624 mujeres hacen idéntica declaración 1.000.765; son el 82,60 por 100; los ateos, librepensadores y arreligiosos figuran en proporciones casi insignificantes frente a lo que representan las cifras anteriores.

Estos datos son bien recientes; vamos a la legislación: el Código fundamental argentino, en su artículo 97, establece que el presidente sea católico; prescribe debe mantenerse el culto católico, ordena se procure la conversión de los indios, reconoce el valor social del catolicismo y, si bien permite la práctica de credos religiosos, prefiere a todos el católico.

La tradición argentina, como veíamos en anteriores artículos, es católica; la enseñanza religiosa, durante el *período colonial*, se mantiene durante *tres siglos*, y a partir de la declaración de independencia dura *sesenta y cuatro años*; el laicismo significó decadencia, de importación de ideales extranjeros con propósitos sectarios, y su vida es de *cincuenta y dos años*. ¡Pues, a pesar de todo esto, la enseñanza no era católica!

Algo semejante ocurrió en Alemania después de la guerra anterior. Tomamos del libro de Andrés Ganen, *La batalla escolar en Alemania*, los siguientes datos: de 120.000 maestros prusianos, solamente 625 han utilizado el derecho de abstención previsto en el artículo 149 de la Constitución de Weimar. Sin embargo, en los Congresos de Stuttgart y Dantzig, el grupo de los maestros alemanes —150.000— se pronuncia por la Escuela laica, página 94.

«Salvo en algunas grandes ciudades —escribe Ganen—, la escuela laica no tiene, a la hora actual en Alemania, sino perspectivas muy reducidas de desenvolvimiento», página 95.

Por lo que se refiere a España, todos recordamos lo ocurrido. El laicismo fué contrario a la totalidad del país, hasta el punto de producirse protestas violentas al ser retirados los crucifijos de las escuelas. Con la misma ineficacia que en todas partes, porque la democracia consistía en no tener en cuenta los sentimientos de una mayoría absoluta, abrumadora.

A partir del 31 de diciembre de 1943, los niños argentinos podían recibir la enseñanza religiosa en las escuelas o ser dispensados de ella.

¿Qué resultados prácticos ha producido la disposición de «Hugo Wast»? La familia, ¿cómo ha reaccionado? Vamos a verlo. Por lo que se refiere al año 1944, sobre un total de 227.150 alumnos aceptaron la enseñanza católica 214.181, ó sea ¡el 94,43 por 100!; en el interior del país, de 511.745 se pronunciaron afirmativamente 506.060, lo que da un tanto por ciento superior ¡al 98!.

Estos datos no fueron rebatidos por ningún miembro de la oposición al ser expuestos por el señor Díaz de Vivar.

Los niños cuyos padres expresaron deseos de no recibir ense-

ñanza religiosa la tuvieron de Moral; su número representa un 2,59 por 100, por lo que se refiere a la capital federal, provincias y territorios dependientes del Consejo Nacional de Educación.

Alguna variación existe, por lo que afecta a Enseñanza Media. Sin embargo, los datos son también muy expresivos, puesto que de 153.159 alumnos pertenecientes a establecimientos oficiales e institutos incorporados, 143.188 solicitaron recibir enseñanza religiosa, o sea el 93,47 por 100, y 9.991, la enseñanza de Moral, o sea el 6,53 por 100.

Resulta de interés conocer la reacción de los maestros: de 12.116 fueron exceptuados de dar la enseñanza religiosa, a su petición, 213; el 1,75 por 100. En las provincias este tanto por ciento llega a ser del 2,09; pero en un total de 33.215 maestros nacionales, el tanto por ciento de exceptuados llega a ser de 1,84 por 100.

Mayor condenación del laicismo no puede darse. Ha podido por eso decir el general Perón en unas declaraciones, que la Ley de Enseñanza Religiosa, aprobada con posterioridad al debate que comentamos, «es la más democrática de todas las leyes, y su origen arranca del fondo mismo de nuestra historia».

La enseñanza religiosa se ha establecido en la República Argentina. El futuro de la cultura, los perfiles de la propia nacionalidad y su propio destino, como decía el señor Díaz de Vivar, entre las agonías y tormentos de un mundo desorientado, ha sabido encontrarlos la gran nación americana, volviendo a las rutas tradicionales que le llevaron misioneros y conquistadores. Al señalar hecho de tanta trascendencia para el continente americano y aun para el mundo entero, veamos con gozo esta posición espiritual, valiente y decidida, digna confirmación de las hermosas palabras que en 1946 el Presidente Perón dirigió a maestros y profesores asistentes al II Congreso Interamericano de Educación, al que concurrieron veinte Prelados de toda América: «En esta tierra, donde se está forjando una nueva Argentina, los que llevamos la bandera tenemos por guión la Cruz y como inspiración a Dios.»

Además de Franco, ¿cuántos jefes de Estado usan lenguaje se-

mejante? Salvemos la cristiana figura de Oliveira Salazar, el gran político portugués, y ¡qué pocos se encuentran!

Pueblos católicos del recio abolengo de la mártir Polonia, de Austria, de Eslovaquia, de Hungría, de Croacia, de Baviera; núcleos de Lituania, de Yugoslavia, de Bohemia, yacen, entre otros, atravesando una situación angustiosa; el mantenimiento de sus ideales, si en un ayer próximo fué en muchos de estos países difícil, es hoy angustioso. La situación en Francia e Italia tampoco abre el corazón a la esperanza. Los ejemplos de España, de Argentina, sí que pueden llevar al corazón del Papa la más generosa de las consolaciones y señalar al mundo el recto camino de la fe, de la generosidad y de la justicia social, alumbrada por el Evangelio.

## LA EDAD ESCOLAR EN GRAN BRETAÑA

Por HERBERT TRACEY

**L**A industria británica, en esta crisis de escasez de mano de obra, habría podido reclutar 160.000 obreros adolescentes durante los meses que restan del año actual, y de 300 a 400.000 en el próximo y sucesivos, sólo con que el Gobierno se hubiese decidido a aplazar la puesta en vigor de las disposiciones referentes a la elevación de la edad de permanencia en la escuela; por el contrario, ha luchado firmemente contra toda idea de aplazamiento, secundado por las Trade Unions y los reformadores de la enseñanza.

Conviene admitir, sin embargo, que la tentación ha sido grande; pero el Gobierno ha considerado que el aplazamiento desvirtuaría los beneficios inmediatos que se esperan de esta medida. En su estudio económico para 1947, el Gobierno insiste en la circunstancia de que los muchachos que debían abandonar ahora la escuela, es decir, los que cumplen catorce años, han sufrido en su educación las consecuencias de la guerra, y sus intereses, que son, a la larga, los de la nación, no deben sacrificarse.

Así, pues, desde el día 1.º de abril del año actual, los muchachos que han cumplido catorce años —160.000— permanecerán en la escuela un año más. La extensión de la edad escolar hasta los

quince años es una reforma que se sincroniza con un cambio revolucionario en el sistema docente británico. De acuerdo con la Ley sobre Educación, aprobada en 1944, todos los niños ingresarán en escuelas primarias del mismo tipo, constituídas democráticamente, de forma que los hijos de las personas acomodadas ocuparán el mismo nivel que los niños más necesitados. Al llegar a la edad de once años, se les someterá a ciertas pruebas y exámenes —no a los exámenes orales y escritos del antiguo estilo— para decidir si el resto de su educación escolar habrán de realizarlo en una escuela moderna, técnica o de humanidades. En una u otra de estas tres escuelas, la masa de estudiantes continuará instruyéndose hasta la edad de quince años. Los que posean aptitudes especiales, los que tengan talento, los capacitados para aspirar a la obtención de una beca, podrán pasar a la Universidad; pero muchos serán los estudiantes de ambos sexos que abandonarán sus estudios a los quince años para dedicarse al desempeño de un trabajo remunerativo.

Precisamente el hecho de que se disponga en la actualidad de menos muchachos para los trabajos manuales, exige que se haga un uso mejor de sus facultades, adoptándose todas las medidas necesarias para desarrollar las aptitudes latentes en el individuo y para evitar que ninguno de los adolescentes se dedique a trabajos «sin salida».

Con este fin se ha constituido un Consejo Nacional para empleo de los jóvenes adolescentes, que acaba de comenzar sus trabajos. Se compone de representantes, en igual número, de las autoridades locales, los patronos y los obreros, unidos a una representación de los maestros y de los comités juveniles, con algunos miembros independientes. El objetivo de este Consejo Nacional es servir de enlace entre la escuela y el taller.

Los elementos de que dispone este organismo proporcionarán a los escolares una guía para elegir el oficio a que les incline su vocación, y en el que sus facultades den mayor rendimiento. Además de llenar este cometido, el Consejo Nacional se ocupará de la colocación del muchacho que abandona la escuela, asegurándose de que no sea perjudicial para su salud o su genio, o carezca

de porvenir. Otro de los deberes del Consejo es mantener el contacto con los ex-escolares durante el período de su adolescencia, en cuya labor será secundado, desde luego, por los padres, los patronos, las Trade Unions, los maestros, los sacerdotes y otras organizaciones juveniles.

En la primera reunión celebrada por el Consejo Nacional, el propio Ministro de Trabajo insistió en la necesidad de una estrecha cooperación entre todos los elementos industriales para lograr los objetivos que aquél se propone con respecto al empleo de los adolescentes. La industria tiene la responsabilidad moral —declaró— de procurar que todos los muchachos y muchas dispongan de oportunidades para aprender el oficio que más les agrade, de acuerdo con sus facultades; que se les faciliten los medios para un aprendizaje adecuado y para que no se interrumpa su educación mientras trabajan.

Muchas industrias se han hecho eco de esta responsabilidad y han mejorado su sistema de aprendizaje y las condiciones de trabajo en las fábricas. Con la creación del Consejo citado, el Gobierno confía en que los representantes de las industrias dentro de dicho Consejo encontrarán los medios de que se realicen rápidos progresos en este sentido.



# LOS CENTROS DOCENTES ESPAÑOLES Y LOS ESTUDIANTES AMERICANOS

Por *ANGEL CORTES*

**H**ACE algún tiempo, en 1916, se estudió por el Gobierno un proyecto por el que se pretendía fundar en Galicia, Asturias y Santander Escuelas para Emigrantes. La idea ofrecía un gran interés, pero no alcanzó realidad. El propósito no era otro que preparar a los emigrantes nacionales para que sus actividades en América española no resultasen ineficaces desde el punto de vista comercial o agrícola. El plan de estudios habría de tener un carácter elemental, y, como es de suponer, estaba dirigido a «formar» —no a «fomentar»— al emigrante. La preocupación oficial no habría de ser otra que el emigrante conociese la Geografía física y económica de la República americana que eligiese para desenvolver sus actividades; los hechos más salientes de la historia del país; conocimiento un poco más que elemental de la Gramática española, y nociones de Técnica agrícola y Matemáticas.

La pretensión del que concibió la creación de dichas escuelas no era otra que muchos emigrantes españoles pudieran ofrecer en América, a la que acudían sin otro contenido que un buen deseo, desconociendo lo más elemental del país en el que tratasen de aposentarse para trabajar en las faenas agrícolas o mercantiles, y por

otra parte, que tuviesen para su lucha, al menos, una ligera preparación cultural.

Otra idea, que surgió cuando comenzó a funcionar la Ciudad Universitaria de París, y que por causas que ahora no importan nos arrebató cerca de medio millar de estudiantes hispanoamericanos, fué la de establecer en Madrid y Barcelona una Oficina de Información única y exclusivamente para estudiantes americanos con decisión para cursar sus estudios en España; idea que tampoco cristalizó, pese a su bondad e interés.

El deseo era ofrecer en forma práctica y gratuita amplia información acerca de los planes de estudio, encargándose de la tramitación de documentos e ilustración acerca de la situación geográfica y demás peculiaridades de los centros docentes españoles.

No creemos necesario encarecer la importancia de este servicio, ya que su influencia no habría de limitarse únicamente a factores exclusivamente docentes, sino que, abarcando horizontes más amplios, contribuiría a establecer firmemente una gran corriente de fraternidad y mejor comprensión entre aquellos países que hablan nuestro idioma y tienen nuestra sangre y esta España, madre y hermana, siempre interesada en afianzar lazos de amor con las naciones de origen ibérico.

Los dos propósitos indicados no perdieron tal carácter, y, como siempre, se abandonó por incuria y ausencia de auténtico sentimiento hispano la idea, dejando a la suerte a los compatriotas que partían para América con legítimas ambiciones de trabajo y recompensa pecuniaria, pero la mayoría sin al menos un barniz de cultura que les permitiese luchar con ventaja sobre otros emigrantes mejor preparados, tanto cultural como mercantilmente. E igual aconteció con los estudiantes hispanoamericanos, a los que hasta ahora se les ha obligado a una pintoresca peregrinación para conseguir la formalidad oficial de sus documentaciones académicas.

Por Decreto de 7 de octubre de 1939 el Ministerio de Educación Nacional abre todos los centros docentes de España a los estudiantes hispanoamericanos y les facilita de forma generosa toda clase de medios académicos para que puedan convalidar los estudios que

tuviesen verificados en los países de su origen, como les inicia en el comienzo de estudios o carreras que elijan. Para esto ha simplificado sinnúmero de trámites y sólo exige algunos elementales, pero necesarios para acreditar de manera bastante la veracidad de los expedientes de estudios.

Esto ya es mucho, cierto; pero falta su complemento, y es la creación de una Oficina de Orientación para estudiantes hispano-americanos, la que también podría estar encargada de la tramitación y formalización de los expedientes académicos de los estudiantes que tuviesen el propósito de cursar estudios en España. Dicha Oficina no sólo habría de estar en contacto con nuestras representaciones consulares, sino con todos los centros españoles instalados en la América española, enviando periódicamente informaciones respecto a convalidación de estudios, planes de enseñanza, valor y eficacia de los títulos académicos y, en fin, cuánto de interés ofrezca la legislación académica española.

Hasta ahora España tiene convenios o tratados con Guatemala, El Salvador, Bolivia, Honduras, Perú, Costa Rica, Panamá, Colombia y República Argentina.

Para que nuestros lectores de Hispanoamérica conozcan la bondadosa disposición del Gobierno español, transcribimos a continuación parte del texto de la disposición en la que pueden fundar sus solicitudes para poder convalidar estudios y cursar las enseñanzas en los centros españoles :

«Los ciudadanos españoles que deseen convalidar en España los estudios parciales o totales realizados y los títulos de cualquier grado de enseñanza obtenidos en establecimientos oficiales de país extranjero, en sustitución de los nacionales, lo solicitarán del Ministerio de Educación Nacional, especificando y documentando fehaciente y claramente sus pretensiones.

Si se trata de obtener validez para su título oficial, de cualquier clase y categoría, que tenga su equivalente en nuestro país, la concesión será hecha sobre la base de realizar los ejercicios del grado reválida exigidos normalmente en los estudios españoles respectivos, o en un examen de conjunto, que en cualquier otro caso deberá ser

acordado. La concesión hecha para un título supondrá siempre la validez de todos los estudios y títulos inferiores de carácter previo.

Si lo que se solicita es la conmutación de estudios parciales, la concesión tendrá siempre carácter excepcional y graciable.

En todos los casos habrán de preceder a la concesión los informes de la Administración consultiva. Y el acuerdo afirmativo del Ministerio llevará aparejada la condición de abonar en el establecimiento correspondiente cuantos derechos hubieran de haber sido satisfechos por los interesados en el caso del uso normal de los servicios españoles.

Los peticionarios podrán elegir libremente el Centro donde deseen continuar o ultimar las pruebas o tramitaciones respectivas, siempre que haya términos hábiles para ello. Y al Ministerio corresponde ejercer la gracia de declarar la exención individual de parte o de la totalidad de los derechos aludidos en el párrafo anterior.

Para los estudios realizados y títulos obtenidos en el Colegio español de la Universidad de Bolonia continuarán en vigor la Real Orden de 7 de mayo de 1877 y el artículo 2.º del Real Decreto de 22 de septiembre de 1925. Y respecto a los de la Universidad de Manila, se estará a lo dispuesto en el Decreto de 8 de septiembre de 1939.

Los ciudadanos extranjeros podrán iniciar estudios, realizar grados y obtener títulos en todos los centros docentes españoles, previo abono de los derechos correspondientes y sin necesidad de concesión especial. Estos estudios y diplomas no tendrán validez profesional en nuestra nación.

Para otorgar valor profesional a los grados españoles obtenidos por extranjeros, el Ministerio habrá de atenerse a lo que dispone la legislación general que regule el trabajo y el ejercicio profesional en España por ciudadanos extranjeros, y la concesión tendrá siempre carácter excepcional, revocable y temporal.

Los estudios parciales o totales realizados y los títulos obtenidos en el extranjero por personas de nacionalidad extranjera, podrán ser conmutados por sus equivalentes en nuestros centros, sin efec-

tos profesionales en España. En todo caso deberá ser oída la Administración consultiva, practicados los ejercicios de reválida o examen de conjunto para cuando se trate de estudios completos y abonados los derechos correspondientes a cada enseñanza, grado, servicio o diploma.

La concesión de validez hecha para un diploma o grado supone la de los inferiores y también el reconocimiento de la capacidad para pasar a estudios superiores, siempre bajo la condición de que no sean producidos efectos profesionales en nuestro país.

Pero el Ministerio de Educación Nacional podrá autorizar individualmente a los extranjeros que hubieren obtenido la convalidación de sus títulos el ejercicio profesional con arreglo a la legislación general indicada anteriormente y con el mismo carácter restrictivo.»



NOTAS  
DE LIBROS





# LOS LIBROS

**JUECES Y EQUIDAD**, Discurso leído el día 24 de marzo de 1947, en su recepción pública como miembro de número de la R. Academia de Jurisprudencia y Legislación, por el Excmo. Sr. D. MANUEL DE LA PLAZA. Un folleto en 4.º de 72 págs.—Madrid, 1947.

Exactamente se presenta el autor como un juez; juez ejemplar, sin duda, en su espléndida carrera administrativa y en la brillante preparación doctrinal de que hace gala en esta hermosa pieza.

El señor De la Plaza ve la equidad como valor que entra en juego por virtud de un acto humano, y es así norma inspiradora de una conducta. Mas no se limita a teorizar, ni siquiera a aportar su experiencia profesional, tan densa y aprovechable, sino que hace su «excursus» histórico. Advierte así la infiltración del viejo «*ius aequum*», y atiende el papel que puede y debe representar. A este objeto inserta en su trabajo aquella notable aportación sohmiana en torno a los negocios de buena fe, donde—sin duda—la equidad encuentra campo abonado.

Proyectando la conducta del juez y ofreciendo a la consideración del lector el terreno que diariamente tocan los que como el señor De la Plaza tienen una amplia documentación por el ejercicio jurisdiccional, se ofrece en juego la presencia de la jurisprudencia en torno a esa apetecida función de la equidad. Vienen así con nuestro Supremo el elemento doctrinal, con Geny y con Luño Peña.

Cierra el folleto el discurso de contestación, debido al señor Aunós, que sabe destacar muy justamente los momentos mejores

del «*curriculum vitae*» del recipiendario. De un hombre que ha sido tantos años juez por esos pueblos de España viene bien, en la hora de la recepción académica, esta invitación al papel del «*ius aequum*».

J. B.

UNOS Y OTROS, por MIGUEL PEREZ FERRERO.  
Editora Nacioncl. Madrid, 1947.

Llevamos grabados los lectores impenitentes en la memoria y en el corazón los recuerdos gozosos que los maestros y los maestrillos españoles y de otros lugares nos fueron dejando en el azaroso devenir de los días a través de sus obras. Sus novelas, sus biografías, sus versos, sus ensayos o sus frías y reales historias nos iban formando un criterio de su obra, pero a la vez despertando en nosotros una curiosidad cada vez más abierta, más viva e inquieta en torno a su persona.

Queremos, al acabar con rapidez el libro, saber cosas del novelista o del biógrafo. Queremos, cuando los versos o la historia se apagan ante nuestros ojos, tener delante, como en una pantalla cinematográfica, el existir de aquel que nos transportó con la gracia y la belleza de su pluma a tantos lugares, que nos evocó tantas bellas cosas. Cada lector desea de una manera íntima —y de aquí el éxito de los reportajes literarios de cómo se escribe un libro o las encuestas sobre los hombres de pluma— saber cosas de la vida de su escritor favorito.

Los datos minúsculos de la vida literaria tienen un parecido interés a aquellos otros de si a los grandes conquistadores les gustaba más enamorar rubias o morenas, y si los sabios eran o no distraídos, y, por lo tanto, se anudaban con esmero o se dejaban suelta la corbata. Datos intrascendentes, cosas sin importancia, pero que a la hora de sentarse a escribir historia grande hay que calibrar igual, como es preciso tener en cuenta la más seria crítica literaria o la más formal y castrense descripción de un tratadista militar sobre el curso de una batalla. Como es necesario no olvidar el más riguroso análisis de tal o cual método científico.

Por ese íntimo vivir literario hay muchas, infinitas gentes —re-  
pitámoslo— con tremenda curiosidad. Una curiosidad que van des-  
velando los apasionados de ese mundo, los que siendo miembros del

conclave de las Letras, se entregan a él por entero, para luego, más tarde, descubrírnoslo todo a los curiosos.

Serían muchos los nombres de aquellos escritores descubridores del mundo literario que podríamos traer a estas líneas. Es el grupo que se abre con el nombre preclaro de Ramón Gómez de la Serna, maestro en esas intimidades, y en el que hay que anotar en seguida, en uno de los primeros, primerísimos lugares, a Miguel Pérez Ferrero, quien, ahora, en un libro de cuidada factura y portada graciosa, debidas una y otra a la Editora Nacional y al notable dibujante señor Escasi, ha reunido un buen número de siluetas íntimas de hombres de pluma famosos de España y Francia preferentemente.

Hace ya muchos años que Miguel Pérez Ferrero, buen auscultador de los secretos literarios, nos dió un perfil perfecto en gracia, rico en datos de Ramón, del gran Ramón Gómez de la Serna. Más tarde, Ferrero nos daba su magnífico *Pío Baroja en su rincón*; ahora, hace unos meses, unos hermanos Machado, y hoy, por último, estos *Unos y otros*, que antes fueron, en corriente frase periodística, *Flores de un día* sobre las páginas de dos importantes rotativos madrileños de la mañana. De entonces a hoy la curiosidad literaria de Miguel no se ha enfriado, no se ha entibiado siquiera, sino que se ha hecho más viva, más aguda, a la par que su pluma ha ganado en calidades y acentos, en saber dar el más acabado tono psicológico al personaje y el perfil más fino a su figura física.

Sobre el gran retablo urbano —soberbio y hermoso— de Madrid, París y San Sebastián van desfilando, con su picardía o su gravedad, su alegría y su tristeza, figuras y figurones. Rápidos pasos ante el telón de gentes con fama.

Miguel Pérez Ferrero, hombre de muchas lecturas, muchas tertulias y muchos paseos por los bulevares madrileños, parisinos o donostiarros, fué describiendo esos perfiles, producto de las primeras, las segundas y, más que nada, de los terceros, en la prisa de las madrugadas, con fragor de máquinas bajo sus pies, entre voces que comentan la última noticia y aquellas que exigen imperiosamente original «porque hay que cerrar». Así fueron naciendo *Unos y otros*, graciosos, alegres y perfectos, para traernos sobre las páginas del periódico, entre noticias del mundo todo, un hábito de suavidad y de encanto.

Toda esa suavidad y ese encanto, junto con su nativa gracia e interés, no se han perdido ahora al integrarse en un volumen, y

éste se lee muy de corrido, aunque ya antes, en una lejana mañana, entre sorbos de café, hubiéramos sabido de Solana en París, de los deseos de José Pla o de las horas en la capital del Sena de la Argentinita, de aquella tarde en que la maestra del baile dió una lección de verdad en el estudio de madame..., y aquí Miguel Pérez Ferrero se ha dejado —y yo creo que ha hecho mal— un nombre en el tintero que la pequeña historia literaria reclamaba sobre las cuartillas.

Sería larga la cita de todos los *Unos y los otros*, sería tan larga como la de todos aquellos que hoy desfilan por estas páginas en esquejes biográficos, y en su día Ferrero debería llevar a un libro grande, como ya hizo, con acierto infinito, con Baroja y con los hermanos Antonio y Manuel Machado. Como ahora nos llega la noticia que va a hacer con el profesor Marañón y con el maestro Azorín.

JUAN SAMPELAYO.

VOCES EN EL DESIERTO, (1) por ERNESTO  
PSICHARI. - Ediciones y Publicaciones Españo-  
las, S. A. - Madrid, 1946. - 307 págs.

Este libro condensa los tres conceptos fundamentales que cifran las tres siguientes palabras: Amor, Política, Obediencia.

Intentamos desentrañar, de la difícil contextura de la obra, sus aspectos característicos. La disección va a ser artificiosa, delicada, para algunos, sin objeto. Pero es notorio que, por muy compacta que sea la unidad de todo libro, siempre se mantienen posturas diferentes. El propósito es dar a conocer lo que entendemos pretende Psichari con su trabajo. La labor previa ha requerido dos lecturas, ambas reposadas y distintas: la primera, desapacible, porque atormentaba nuestra alma; la segunda, suave como sedante, porque nos daba la luz. Así es el autor en todas sus obras. Le persigue el desconcierto de su alma, y hasta que halla la paz desasosiega sus escritos. La sencillez de su exposición encubre un intrincado problema psicológico: el del converso.

En noviembre de 1915, Paul Bourget decía lo siguiente de Psichari: «Las páginas en las cuales Ernesto Psichari cuenta el diálogo

(1) El título de la edición francesa es: *Les voix qui crient dans le désert*. Lleva un prólogo del General Mangin.

de su (protagonista) Maxence, o sea él mismo, con Dios en el desierto, recuerdan por su elocuencia y patetismo el célebre Misterio de Jesús. Se encuentran, a mi juicio, entre las más bellas de que puede enorgullecerse nuestra literatura mística» (1). Era en el prefacio a la sesenta y nueve edición de su última obra: *Le voyage du Cenutrition*. Exactamente pueden ser aplicadas sin reservas a sus *Voces en el Desierto*.

Creo que han hecho bien los editores españoles de esta última en omitir el prefacio que aparece en las ediciones francesas. Porque Psichari no necesita, ni le convienen, panegiristas. Sus obras son para meditadas solitariamente, casi como lectura espiritual. Ellas se ven refrendadas por una fidelidad a sus conceptos extrañamente confirmados. Ernesto Psichari es muerto el 22 de agosto de 1914 en el combate de Rossignol, en Bélgica, defendiendo sus piezas de artillería hasta última hora, fiel, aun en la muerte, a sus convicciones religiosas y patrióticas. Tenía treinta años; pero su vida fué larga en frutos de verdad y de vida. Sus años en Africa curten el espíritu y fortalecen el cuerpo para el amor. Más de una vez advertimos a lo largo de su obra esa admiración por tal sentimiento; así, cuando menciona la inscripción de la tumba de Coppolani: «Aquí yace Coppolani, el amigo de los musulmanes.» Esa, primordialmente, es la faceta que se advierte en su libro: el autor ama intensamente, con una entrega sin reservas, a la Gracia, pero en forma difícil: «hasta por la violencia», que no duda en aplicarse con dolorosa delectación.

Nos hemos referido al aspecto místico de su obra. Pero, además y al mismo tiempo, trasciende de ella un sentido político valorado por un patriotismo sano y perdurable. Psichari siente y presente la esencia y el destino del Imperio francés. Y con su verbo iluminado señala una postura e indica un camino para alcanzar con trazo recto la curva difícil y peligrosa de la meta imperial de su patria. Su relato, diario de un soldado, cifra la idea ortodoxa de colonizar. El musulmán es hermano a quien ama y con quien parte su pan. Psichari, como antes Coppolani, no tuvo enemigos en el Sáhara. Sólo el fanatismo, que desvirtúa los conceptos, pudo ser causa de la muerte de Coppolani, el más conspicuo oficial que Fran-

---

(1) «Les pages où Ernest Psichari raconte le dialogue de son Maxence de lui-même, avec Dieu dans le désert, rappellent par leur éloquence et leur pathétique le célèbre Mystère de Jésus. Elles sont, à mon jugement, parmi les plus belles dont puisse s'enorgueillir notre littérature mystique.»

cia llevó al Desierto. Con hombres así, con ideas como las suyas, informadas por un catolicismo con energías de converso, puede construir y mantenerse un imperio. Por eso decíamos antes que las ideas de Psichari eran buen indicio para la Metrópoli. Pero hay ideas que sólo hombres predestinados pueden hacer suyas encarnando dolorosamente su contenido. Y la quiebra de algunos imperios no es, hasta cierto punto, consecuencia de falta de ideas, sino de hombres. De sujetos amigos de la Verdad, que sólo es una, y predicada por el Amor, que es cordialidad y comprensión para el indígena, nuestro amigo.

Además, Psichari es un magnífico soldado. Repetidas veces hemos visto el fruto admirable de un filósofo injertado en la Milicia. No es ocasión ésta para traer a cuento discursos sobre las arms y las letras, pero sí debemos notar cómo el oficial que en 1909 partía para la Mauritania, recién salido de la Escuela de Artillería de Versalles, había alcanzado en 1902 la licenciatura en Filosofía. No se olvide tampoco que era nieto, por parte de su madre, de Ernesto Renan. Con tales antecedentes, nada extraño resulta la observancia casi monacal de la disciplina castrense. Esta obediencia supone para él, educado en la medida de los valores más abstractos, un renunciamiento meritorio de sus propias convicciones. Este es un aspecto poco estudiado en la producción literaria de Psichari. La meditación del contenido de sus páginas es altamente formativa, y nos atrevemos a recomendarla a quienes tienen el cuidado de la juventud. Ernesto Psichari es muy humano y, como tal, imperfecto; pero es tanto su amor a la Verdad, a la Patria y a los hombres, que éstos y aquéllas no pueden por menos de sentirse satisfechos porque alguna vez Dios envíe a la Tierra hombres del temple, la voluntad y el amor de Psichari.

JOSÉ-MANUEL ALONSO.

DESCUBRIMIENTOS EN CALIFORNIA, por ALVARO  
DEL PORTILLO. Escuela de Estudios Hispano-Americanos.  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas. - 540 págs.  
y 24 ilustraciones. - Madrid, 1947.

La Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, que tan alto servicio está prestando a la cultura universal, acaba de incluir entre sus publicaciones la monografía de Alvaro del Portillo, titu-

lada *Descubrimientos en California*, de positivo interés histórico, y en la que se refieren con toda suerte de pormenores los descubrimientos californianos, como indica su rótulo, durante siglo y medio, entre fines del XVI y del XVII, singularmente los pertenecientes a las expediciones de Sebastián Vizcaíno y a las del almirante don Pedro Porter Cassanate. «Las impulsadas por Hernán Cortés van diseñadas en cuanto es necesario —escribe el propio autor— para un entendimiento completo del problema y para una estimación más afinada de las navegaciones subsiguientes.» Y agrega a renglón seguido: «Todas ellas se estudian con el afán de contemplarlas en su propio ambiente ideológico y espiritual. Por eso no se ha dudado en seleccionar de las relaciones de viajes de los distintos exploradores españoles de las costas californianas aquellas incidencias, comentarios y apreciaciones que podían ser útiles para expresar con fuerza el ambiente en que se efectuaron sus empresas. O bien para aclarar cuestiones debatidas y no puramente teóricas —como la del nombre de California — que matizan las gestas de los españoles en la América septentrional.»

Lo más trascendente de *Descubrimientos en California*, con ser trascendente la obra en sí, es su intención —y su logro— de poner orden en la Historia. En realidad, éste debe ser el primordial papel de un investigador. Porque si bien es verdad que sobre América —sobre la América hispana— existe un profundo caudal de referencias, documentos y testimonios, no es menos exacto que, a la hora de ahora, no se ha fraguado una sistematización adecuada, por épocas y latitudes, sobre la gesta de nuestros descubrimientos y colonizaciones en aquellos territorios. Las más de las veces, el historiador se ha dejado ganar por la figura del navegante, lo ha hecho revivir con indudable severidad, pero... lo ha desprendido, en ocasiones, no siempre, claro es, de lo anterior y posterior a su gesta respectiva, y así, América, no es para el lector un todo espiritual y físico, sino a la manera de escaques de un inmeso tablero de ajedrez, sueltos y desperdigados.

Es cierto que Alvaro del Portillo cifra su trabajo de modo especial en el gran marino aragonés que hizo viaje a «la California» «por su definitivo descubrimiento» y «que para ello, a su costa, fabricaría navíos, conduciría gente, llenaría pertrechos, bastimentos y todo lo necesario»; pero no es menos cierto que nada escapa a la sagaz observación y al paciente estudio del autor de *Descubrimientos en California*, ya que, sin abandonar su propósito,

lo orienta cronológicamente y lo encadena, con sin igual sabiduría a los hechos precedentes o posteriores, desbrozando su camino de falsas o apasionadas aportaciones, para que, al cabo, su tesis feliz esplenda con la gracia y la firmeza de las verdades incommovibles. Porque el historiador, como en su día el navegante, se encuentra a su paso, como obstáculo, un cúmulo de incidentes, torcidas interpretaciones, vacíos y multiplicidad de relaciones, a veces contradictorias, por en medio de las cuales tiene que avanzar para sentar los postulados del hecho inconcuso.

En este punto, el arte de Alvaro del Portillo es, nadie sabe a cuenta de cuáles sacrificios, de una eficiencia encantadora. Sabe exponer, porque ha sabido elegir, y sabe usar de un lenguaje igualmente en la mejor economía de sus fórmulas comunicativas. O sea que ordena e ilumina su labor. En realidad, ése es el móvil esencial de la Historia: ordenar e iluminar la verdad para que, a sus claros reflejos pueda el hombre, actual o futuro, desentrañar orígenes, extraer enseñanzas, dilucidar consecuencias y, en suma, poder, siquiera sea imaginativamente, penetrar en los arcanos del mundo como en su propia casa.

En *Descubrimientos en California* está la primitiva historia californiana, rica de sabor, noble de sentido y armoniosa de empresa, hasta el punto de que el lector, iniciado o profano, sea el que fuere, la inicia y la culmina como si se hallara ante la más apasionante de las creaciones de la fantasía. Esta no es virtud exclusiva de los hechos que contiene, sino virtud —doble virtud en la obra— que le transmite por sus particulares dones el propio historiador. Virtud que reside, por supuesto, en las cualidades sensibles y literarias de un autor que, como Alvaro del Portillo, une, junto al rigor del documento, el amor a la belleza del poeta. Poeta e historiador, lo he dicho en otras oportunidades, han de caminar parejos si no se quiere que la verdad tenga la rigidez de un fichero y la poesía la divagatoria sugestión de una enteleguía. El libro que comentamos es fruto cabal de entrambas cualidades. Y abarca desde la geografía de los descubridores hasta la intervención de don Pedro Porter Cassanate, estudio de su figura, examen crítico de la documentación, datos biográficos y principales acontecimientos de armas y últimos datos y juicio general sobre el ilustre —y hasta ahora casi ignorado— almirante aragonés, rehabilitado y proyectado sobre el lienzo de la perennidad, que es honor de gloria, por el cul-



tísimo numen y el bello estilo narrativo del autor de *Descubrimientos en California*.

Huelga advertir que, por contera, esta obra magistral contiene, como apoyo o expansión de la actitud o de la fórmula que se esgrime, un acopio de testimonios fehacientes tan espigado, veraz y amplio, que contribuirá, asimismo, a que se tenga *Descubrimientos en California* no sólo como razón de Historia, sino como fuente de gozo y de conocimiento. De todas maneras, Alvaro del Portillo ha cumplido, artista y minucioso, evidente y formal, una misión de alcurnia. A la cual misión coopera, importa consignarlo, la primorosa presentación del libro.

SERGIO NERVA.

# DOCUMENTACION LEGISLATIVA

*DECRETO de 18 de abril de 1947 por el que se dictan los preceptos estatutarios para el Instituto de España.*

Con loable sentimiento patrio y clara visión del porvenir, los Monarcas del siglo XVIII crearon en Madrid tres Reales Academias o Juntas de varones eminentes, encargados de procurar el esplendor de la Lengua, la investigación de la Historia y el auge de las Bellas Artes nacionales. Y con semejante propósito se añadieron en el siglo pasado otras tres instituciones similares, cuyos fines son: el cultivo de las Ciencias puramente dichas, de las Sociedades y Filosóficas y de las Médicas, en sus diversas ramas.

Desde un principio cumplieron estas seis Academias su mandato de alto magisterio ejemplar para todos, y cumpliéndolo prosiguen, tras fecunda y provechosa labor, honra de la Patria. Mas, no obstante su común designio fundamental y la fraternidad establecida en los primeros Estatutos, fueron sus actividades largo tiempo aisladas y privativas de cada una, salvo pocas y transitorias ocasiones.

Buscando la mayor eficacia en las tareas académicas por medio de la colaboración complementaria y del noble estímulo de la convivencia científica, se creó y regló por Decretos de ocho de diciembre de mil novecientos treinta y siete y primero de enero de mil novecientos treinta y ocho, el Instituto de España, o conjunto de todas las Academias oficiales, constituídas en Corporación nacional a título de Senado de la cultura española.

Y si tal hermandad pareció entonces conveniente, más debe parecerlo ahora, después de aumentado a ocho el número de estos organismos con la reciente agregación de las Academias de Jurisprudencia y Legislación y de Farmacia, elevando a la plenitud de la dignidad académica instituciones añejas y bien acreditadas.

Además, debiendo el Instituto de España regirse por una Junta de Gobierno o Mesa directiva, a ésta ha de corresponder la misión de enlazar entre sí los trabajos de las Academias cuanto fuere necesario, relacionarlas mutuamente y servirles de intermedio en sus relaciones con el Estado en lo que afecte a todas o a varias de ellas.

Y aunque para el funcionamiento de dicho Instituto se han dictado en distintas fechas otras disposiciones complementarias de las dos fundamentales indicadas, procede ya refundirlas todas en un texto legal básico debidamente armonizado con el resto de la legislación vigente para la cultura superior del país.

En consecuencia, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

#### DISPONGO :

*Artículo primero.* El Instituto de España estará constituido por el conjunto de los Académicos numerarios pertenecientes a las Reales Academias oficiales establecidas en Madrid: Española, Historia, Bellas Artes de San Fernando, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Ciencias Morales y Políticas, Medicina, Jurisprudencia y Legislación y Farmacia, constituidos en Corporación nacional a título de máximo exponente de la cultura patria en el orden académico.

*Artículo segundo.* Será su objeto mantener y estrechar la fraternidad espiritual de las indicadas ocho Reales Academias españolas, auxiliándose y completándose entre sí para la mayor eficacia de sus tareas y actividades, formando la superior representación académica nacional en España y en el extranjero.

*Artículo tercero.* Los miembros del Instituto de España deberán prestar juramento ante su Mesa directiva.

*Artículo cuarto.* Serán funciones del Instituto de España las que le fueren encomendadas por el Estado, las que le atribuyan las Reales Academias y las que acuerde de su propia iniciativa.

Publicará los trabajos dados a conocer en sus sesiones, y, según sus medios, editará o subvencionará los que a su juicio sean mere-

cedores entre los presentados por los Académicos que lo soliciten.

Procurará crear premios, abrir concursos y organizar actos solemnes dentro de la más alta significación cultural y patriótica.

Y fomentará trabajos de carácter colectivo o en que participen varias Academias.

*Artículo quinto.*—En las obras que el Instituto publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Organismo lo será únicamente del interés de la publicación.

*Artículo sexto.* Usará el Instituto un monograma, alegoría o emblema especial como distintivo de sus publicaciones.

*Artículo séptimo.* Para realizar sus fines dispondrá el Instituto de España de las subvenciones que el Estado le conceda, de los productos de sus publicaciones, de que será propietario, y de los donativos y legados que reciba.

*Artículo octavo.* Anualmente el Instituto rendirá cuentas al Gobierno de las cantidades que de él percibiere.

*Artículo noveno.* El Instituto de España organizará, a lo menos, tres reuniones públicas y solemnes en cada año. La primera, en el mes de enero, como aniversario de su fundación; la segunda, el veintitrés de abril, para celebrar la Fiesta del Libro español, y la tercera, en el mes de octubre, como inauguración de la labor anual de las Academias.

Para la primera se propondrán asuntos adecuados a la cultura tradicional española y que puedan interesar a más de una Academia; en la segunda y tercera irán turnando todas ellas, según el orden de prelación protocolario.

Además podrán celebrarse las reuniones públicas extraordinarias que ordene el Gobierno o acuerde el mismo Instituto.

Unas y otras serán independientes de las sesiones especiales que cada Academia pueda celebrar.

*Artículo décimo.* Para todos los efectos de escalafón de sus respectivos Académicos, las Academias computarán como Juntas ordinarias cada una de las reuniones del Instituto de España.

*Artículo once.* Formarán la Mesa directiva del Instituto de España un Presidente, un Secretario y ocho Vocales con los oficios de Vicepresidente primero, Vicepresidente segundo, Vicesecretario, Censor, Canciller, Contador, Tesorero y Bibliotecario; todos Académicos numerarios y recibidos como tales en alguna de las Academias.

El Presidente y el Secretario serán nombrados por el Gobierno,

a propuesta del Ministro de Educación Nacional; los Vocales lo serán por las Reales Academias, uno por cada una, cuya representación tendrán en la Mesa del Instituto. Esta distribuirá entre ellos los oficios señalados, a reserva de la aprobación ministerial, sin cuyo requisito no podrán ejercitar sus funciones.

*Artículo doce.* El mandato del Presidente durará ocho años, y dos el de Tesorero; los Vocales se renovarán por mitad cada cuatro, y el Secretario será perpetuo.

Todos los cargos son reelegibles.

*Artículo trece.* Deberá considerarse la Mesa del Instituto de España como órgano de coordinación y enlace entre las Reales Academias y entre éstas y la Superioridad. Para ello se establecerá un régimen de comunicación constante, participándose mutuamente las Academias y el Instituto cuantas novedades y acuerdos puedan interesarles, y muy especialmente las altas y bajas del personal numerario.

*Artículo catorce.* La Mesa directiva del Instituto se reunirá una vez al mes en Junta ordinaria para el despacho de los asuntos en trámite y todas las demás veces que por el Presidente sea convocada. Tendrá, empero, facultades para declarar vacaciones desde junio a septiembre inclusive.

*Artículo quince.* El Presidente del Instituto de España podrá convocar consultivamente a los Directores y Presidentes de las Reales Academias, y el Secretario del Instituto, a los Secretarios de las mismas con igual objeto.

*Artículo dieciséis.* Los empleados administrativos y subalternos del Instituto de España tendrán carácter de funcionarios públicos, y no podrá separarse del servicio sin la formación de expediente con los trámites usuales.

*Artículo diecisiete.* Corresponde a la Mesa del Instituto la redacción del Reglamento para la aplicación de este articulado, elevándolo a la aprobación del Ministerio de Educación Nacional, sin la cual no será válido.

*Artículo dieciocho.* Quedan derogadas todas las disposiciones que se opongán al presente Decreto.

#### DISPOSICIÓN TRANSITORIA

Para cumplir lo dispuesto en el artículo doce, se entenderá que el Vicepresidente primero, el Vicesecretario, el Censor y el Contador, que sean elegidos en virtud de estas normas, conservarán,

por una vez, sus cargos en plazo reducido a la mitad de la duración propuesta.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a dieciocho de abril de mil novecientos cuarenta y siete.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,  
JOSE IBANEZ MARTIN

---

*DECRETO de 18 de abril de 1947 por el que se nombra Presidente del Instituto de España al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Leopoldo Eijo y Garay.*

De conformidad con lo dispuesto en los artículos once y doce de los Estatutos del Instituto de España, aprobados por Decreto de esta fecha;

Previa deliberación del Consejo de Ministros, y a propuesta del de Educación Nacional,

Nombro Presidente del Instituto de España al Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Leopoldo Eijo Garay, Patriarca de las Indias, Obispo de Madrid-Alcalá.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a dieciocho de abril de mil novecientos cuarenta y siete.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,  
JOSE IBANEZ MARTIN

---

*DECRETO de 18 de abril de 1947 por el que se nombra Secretario del Instituto de España a D. Armando Cotarelo Valledor.*

De conformidad con lo dispuesto en los artículos once y doce de los Estatutos del Instituto de España, aprobados por Decreto de esta fecha;

Previa deliberación del Consejo de Ministros, y a propuesta del de Educación Nacional,

Nombro Secretario perpetuo del Instituto de España al excelentísimo señor don Armando Cotarelo Valledor.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a dieciocho de abril de mil novecientos cuarenta y siete.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,  
JOSE IBÁÑEZ MARTIN

---

*DECRETO de 1.º de mayo de 1947 por el que se dictan normas para la creación de Patronatos de las Escuelas Especiales de Enseñanza Técnica.*

Las Escuelas Técnicas Superiores, dependientes del Ministerio de Educación Nacional, llevan a cabo de manera eficiente la función formativa en las especialidades que a cada una de ellas corresponde, pero sin que existan relaciones definidas de cooperación entre dichas Escuelas y otros organismos o entidades públicas y privadas, que, por razón de su cometido, tienen justificado interés en tales actividades pedagógicas.

A fin de procurar y alcanzar el mayor fomento y desarrollo de los mencionados Centros de enseñanza, resulta conveniente, pues, la creación de organismos rectores que, por dar cabida a caracterizados representantes del ejercicio profesional, puedan contribuir al exacto conocimiento de las necesidades del país y al estudio del progreso de la técnica en las distintas ramas formativas, así como la obtención de las ayudas y colaboraciones necesarias para el mejor desenvolvimiento de la labor docente.

Por ello, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

D I S P O N G O :

*Artículo primero.* Con el fin de coadyuvar al eficaz desarrollo y resultado de la enseñanza, se fijan por el presente Decreto las

normas de carácter general para el establecimiento de Patronatos docentes en las Escuelas Técnicas Superiores, que dependen del Ministerio de Educación Nacional.

*Artículo segundo.* Estos Patronatos serán presididos por el titular del citado Departamento e integrados por :

- a) Vocales representantes del Ministerio de Educación Nacional.
- b) Vocales representantes de las Direcciones Generales, servicios u organismos departamentales que utilizan profesionalmente a los que han cursado sus estudios en los respectivos Centros de enseñanza. Dichos Vocales serán nombrados a propuesta del Ministro correspondiente.
- c) El Director, el Secretario y un Profesor de la Escuela.
- d) Un representante del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- e) El Presidente de la Asociación Nacional de cada actividad técnica.
- f) Las personalidades científicas de mérito profesional relevante y de reconocido prestigio en la producción o en la aplicación de la técnica que, por la asistencia que puedan facilitar a la enseñanza, sean designados por el Ministerio de Educación Nacional.

*Artículo tercero.* Corresponde a cada Patronato :

- a) La alta inspección de las enseñanzas en el Centro docente de su competencia y, en su caso, en los que dependen de éste.
- b) La propuesta de reforma de los planes de estudio correspondientes a la especialidad formativa.
- c) La propuesta de creación de nuevas enseñanzas e instalación de Centros a ellas dedicados.
- d) La propuesta de realización de trabajos, conferencias o cursos breves de aplicación o divulgación de la respectiva técnica.
- e) El informe sobre selección del Profesorado y sobre aquellas otras cuestiones que les sean encomendadas por el Ministerio de la actividad o por el de Educación Nacional.
- f) La gestión de ayudas y colaboraciones cerca de las entidades interesadas en el perfeccionamiento técnico y profesional.

*Artículo cuarto.* Cada Patronato deberá reunirse, cuando menos, dos veces al año, sin perjuicio de hacerlo siempre que se estime conveniente para el cumplimiento de su cometido.

*Artículo quinto.* Por el Ministerio de Educación Nacional se dic-



tarán las normas necesarias para el desarrollo y ejecución de lo establecido en los artículos anteriores.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a primero de mayo de mil novecientos cuarenta y siete.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,  
JOSE IBÁÑEZ MARTIN

---

*DECRETO de 8 de mayo de 1947 por el que se nombra Director General de Archivos y Bibliotecas a D. Miguel Bordonau y Mas.*

A propuesta del Ministro de Educación Nacional, y previa deliberación del Consejo de Ministros,

Nombro Director general de Archivos y Bibliotecas a don Miguel Bordonau y Más.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a ocho de mayo de mil novecientos cuarenta y siete.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,  
JOSE IBÁÑEZ MARTIN

---





IMP. SAMARÁN  
MALLORCA, NÚM. 4